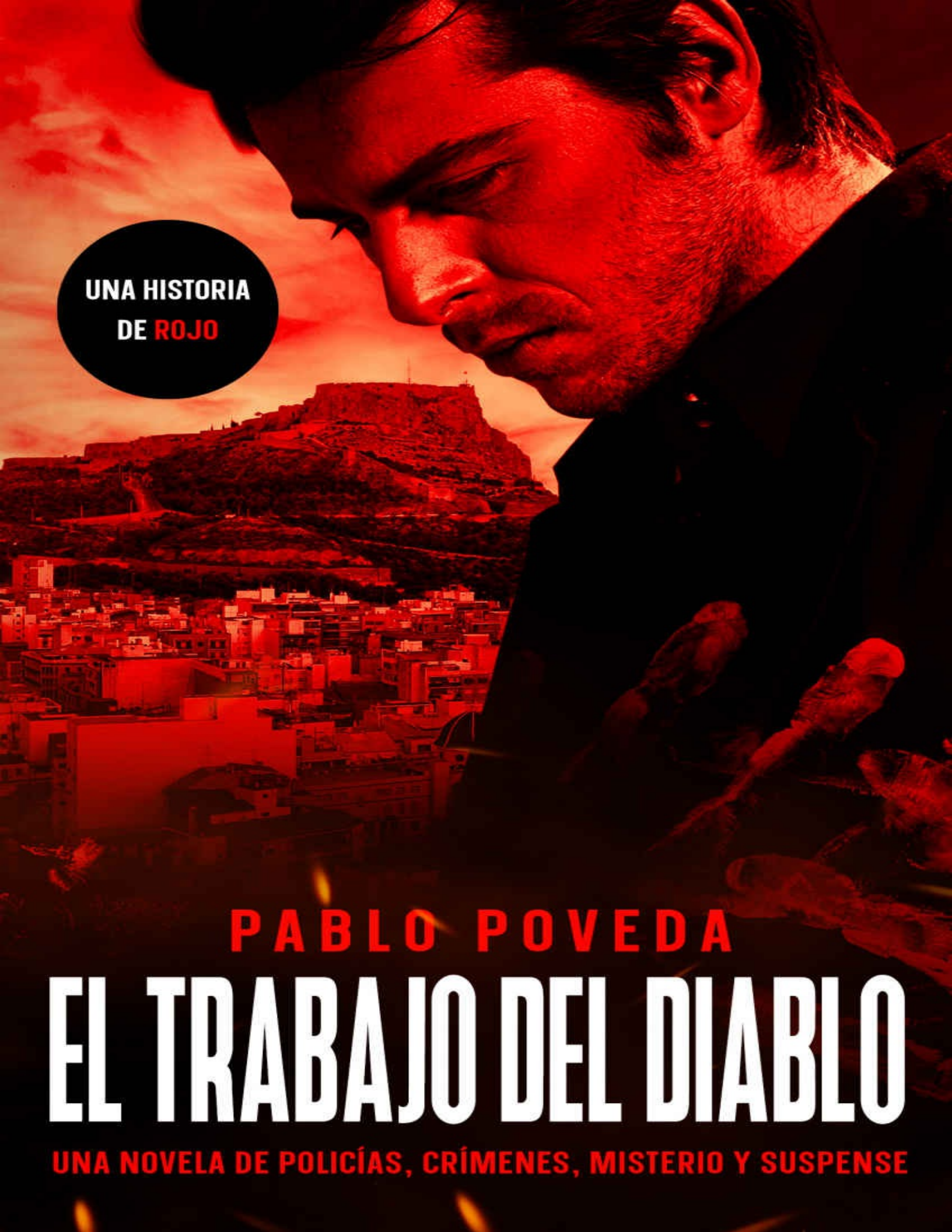


PABLO POVEDA

EL TRABAJO DEL DIABLO

UNA NOVELA DE POLICÍAS, CRÍMENES, MISTERIO Y SUSPENSE

El Trabajo del Diablo

Pablo Poveda

Copyright

Copyright © 2022 por Pablo Poveda
Portada: Getcovers
Corrección: Ana Vacarasu
ISBN: 9798391723035
Imprint: Independently published
Pablo Poveda Books
Todos los derechos reservados
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Tabla de Contenido

Título

Derechos de Autor

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

Libros

Sobre el autor

1

El Ford Focus del inspector se detuvo en seco al entrar en un sendero de tierra que conducía a unos bancales de almendros. Tras él, dos vehículos de la policía hacían lo mismo. Rojo salió del coche con la pistola en la mano y se adentró en la hectárea de tierra blanda y almendros. El criminal corría por delante de él, a unos cuantos metros, en dirección a una vieja casa con la fachada deteriorada. No se molestó en gritar para que se detuviera, pues no lo iba a persuadir. El rifle de caza que llevaba el asesino en las manos era lo que más le inquietaba.

Avanzó unos cuantos metros con dificultad. Correr por ahí era complicado.

«Abre fuego, hijo de puta, así tendré razones para matarte», pensó, cansado, pero con fuerzas suficientes para continuar con la cacería. Sabía que, en cuanto llegara a la casa, lo alcanzarían.

El perseguido abandonó el terreno y saltó por un ribazo de gran altura que conducía a otro sendero. De pronto, todos lo perdieron de vista. Rojo, que controlaba a sus hombres, hizo un ademán para que se detuvieran, antes de seguir avanzando y ponerse a tiro. Entonces, se oyó un disparo.

—¡A cubierto! —exclamó, echándose al suelo. Después miró hacia atrás—. ¿Estáis bien?

La cuestión quedó en el aire y se interrumpió por la estampida de las aves que volaron en dirección contraria. Debido al movimiento de la bandada, comprendió que el disparo no les había alcanzado. El silencio se apoderó de la enorme extensión rural, llenando a los hombres de incertidumbre y desasosiego.

—Inspector, ¿lo hemos perdido? —preguntó uno de los agentes, en voz baja y agazapado. Los vehículos de la policía ahora quedaban bien lejos.

—¿Qué demonios? Está esperando a que cometamos un error.

—Será mejor que pida refuerzos por radio. Si controlan las salidas...

—Ese es el error del que hablo, Robles... —comentó y no obtuvo respuesta—. No os mováis.

De pronto, se oyó una fuerte explosión y el tronco de un almendro voló en pedazos, levantando una polvareda inesperada. Los cuatro hombres se echaron al suelo en un acto reflejo, sorprendidos por el fogonazo. A lo lejos, entre la maleza y asomando el cañón por la vegetación seca que había en lo alto del ribazo, Rojo advirtió el rifle que había disparado.

Se levantó y corrió, asumiendo el riesgo, pero con la confianza de que lo alcanzaría antes de que cargara la escopeta con dos cartuchos más. Los otros hombres lo siguieron.

Cuando el asesino los vio dirigiéndose hacia él a toda velocidad, corrió hacia la casa para ganar distancia y poder acertar con el tiro. En ese momento, ni siquiera las balas los iban a

disuadir. Rojo calculó el tiro mentalmente. El individuo se hallaba enfrente de la residencia, con la espalda desprotegida, haciéndose un objetivo vulnerable.

Hizo una pausa, extendió el brazo, tomó la pistola y apuntó con decisión.

Se oyeron dos disparos.

El primero levantó la tierra y el segundo le alcanzó el muslo.

El grito se perdió en el desierto.

El asesino cayó de forma torpe, como un zorro atrapado en una trampa de hierro. Movió los brazos con miedo y desesperación, pero sin soltar la escopeta.

—¡Tira el arma! —bramó el inspector, apuntándole al pecho. Con cada paso, le iba ganando terreno. Los otros policías se aproximaban por detrás, formando una media luna—. Estás perdiendo sangre y no tienes salida... ¡Ríndete!

El criminal lo miró desafiante, con una sonrisa excéntrica y perturbadora que no presagiaba nada bueno. A pesar del disparo y de seguir en el suelo, se arrastró como pudo hasta la entrada de la casa. Las posibilidades de que entrara en ella eran nulas. Los policías apuntaban con sus armas hacia él, esperando a que cometiera un desacierto para dispararle.

Rojo leyó en su mirada que no se rendiría y que llegaría hasta el final. Sin embargo, lo quería vivo. Quería ver cómo se pudría en la cárcel todo el resto de su vida, por todo el daño que había hecho.

—¡No lo hagas o te convierto en carne picada! —insistió, apuntándole con firmeza.

Pero la amenaza tampoco lo intimidó. Con las manos temblando y el cañón de la escopeta abierto, buscó dos cartuchos en el bolsillo del pantalón, los introdujo en el arma y cerró, apuntando al inspector.

—No pienso... ir a la cárcel... —dijo y trató de levantar el cañón. El pulso le temblaba tanto que no podía apuntar bien—. Soy un hombre con una misión...

—No cometas más delitos, chico —respondió el policía, adelantándose a sus movimientos. Sabía que, antes de que tirara del gatillo, sería hombre muerto—. Aún estás a tiempo de arrepentirte.

El muchacho negó con la cabeza y le sacó la lengua. Después levantó el cañón, se apuntó a la cara y disparó, destapándose los sesos como si reventara una sandía.

Los policías miraron hacia otro lado, repugnados por la escena.

El cuerpo se derrumbó por completo en la tierra, dejando un gran reguero de sangre y sesos esparcidos por el suelo.

Robles empezó a vomitar, incapaz de reprimir las náuseas.

Rojo observó fijamente el cuerpo, como si estuviera acostumbrado a escenarios tan macabros.

Le apartó la mano con un puntapié y la volteó para ver la parte exterior. En ella, bajo el dedo pulgar, encontró el tatuaje de un hexágono con un círculo en el interior.

Sacó el teléfono móvil y guardó una imagen del símbolo.

«El metatrón», reflexionó en silencio.

Después dio un largo suspiro y miró a sus hombres.

—¿Qué hacemos, inspector?

Rojo observó a Robles, el miembro más nuevo del equipo, luego buscó el paquete aplastado de cigarrillos Fortuna blando que guardaba en el bolsillo trasero de su pantalón. Encendió un

cigarrillo y dio una larga calada. Había dejado el tabaco unos meses atrás, pero en esa situación lo necesitaba.

—Ya sabéis... Enviad a toda la tropa... —ordenó y caminó hacia el compañero—. Y tú, tienes una cara que da pena... Date un respiro, ¿entendido? No permitas que el comisario te vea así.

—Sí... gracias.

Luego caminó hacia su coche.

Probablemente, aquel había sido el caso más duro y peligroso de los últimos años. Para la brigada y para toda la provincia de Alicante.

Pero, por fin, la pesadilla había terminado.

2

Un año después.

Apoyado en la barra de zinc del bar que había frente a la Comisaría Provincial de Alicante, Rojo tomaba el primer café de la mañana, acompañado de media tostada con tomate rallado y jamón serrano. A esa hora, el bar ya estaba lleno de clientes habituales: obreros, funcionarios que trabajaban en las oficinas públicas y policías de la comisaría. De vez en cuando, algún despistado entraba por allí, pero era costumbre que todas las caras fueran familiares.

El inspector dio el segundo sorbo al café quemado, cuando el ruido de la televisión que había en lo alto llamó su atención.

«Hoy se cumplen 365 días de la muerte de Miguel Díaz Cabestrillo, más conocido como el carnicero de Monóvar, el que asesinó a tres inocentes mujeres el año pasado. Los alcaldes de diferentes municipios de la provincia han acordado celebrar un minuto de silencio esta mañana, por las víctimas de este macabro criminal influenciado por las corrientes satánicas que circulan por Internet».

Rojo observó con atención la pantalla. No podía creer lo que decían en los telediarios, aunque tampoco le extrañaba que lo hicieran. El Cuerpo había sido conciso con sus declaraciones durante las ruedas de prensa. En ningún momento aclaró que el asesino se guiara por una serie de ritos satánicos o que estuviera bajo la influencia de ningún credo, a pesar de que Díaz llevara tatuado aquel símbolo en la mano. Después de todo, el metatrón tenía diversos significados que, a lo largo de la historia, se le habían asignado para intereses opacos.

Él no creía en nada y era consciente de que todas esas fantasías se utilizaban para influir en los más débiles de mente. La única certeza que tenía era que había torturado a cuatro chicas inocentes, dibujando aquel símbolo entre sus pechos con un puñal afilado, antes de cortarles el cuello con un cuchillo de carnicero y sin remordimiento alguno. Cuatro mujeres con vidas normales, que habían interrumpido sus vidas y las de sus familias para siempre. El dolor era algo que no se podía reparar de la noche al día y él lo sabía bien. El caso de Díaz le dejó agotado, tras nueve meses siguiendo su pista.

Aquel desgraciado logró lo que muchos criminales habían intentado sin éxito: sembrar el pánico en toda la Costa Blanca.

Siguió con el desayuno mientras observaba las imágenes de la televisión. La cadena emitía imágenes de archivo en las que aparecía el rostro del muchacho como si fuera una persona normal. El dueño del bar ponía atención a la noticia. En una de las imágenes, el inspector aparecía a lo lejos.

—Eres famoso, Rojo. Menudo hijo de perra, ese... Espero que esté ardiendo en el infierno.

—¿No hay otra cosa en la televisión? —preguntó, molesto.

—No. Todos hablan de lo mismo —respondió—. Cómo se nota que llega el verano, que se acaba la liga y todo va de lo mismo...

—Playas, atascos, calor, hostelería y ganancia...

—Pues será la que está en el paseo, porque aquí no hay ninguna.

—No te quejes tanto, que aquí no descansamos —dijo y vio un ejemplar del Diario Información, al otro lado de la barra—. ¿Está libre?

—Todo tuyo... —comentó el dueño y le acercó el periódico.

La portada le provocó una mueca de desagrado.

La sección de sucesos del diario dedicaba dos páginas completas a un reportaje sobre los crímenes del carnicero de Monóvar. En ellas se exponía cómo había ido de una víctima a otra y las supuestas motivaciones que lo habían llevado a ello. También comentaba la relación entre los crímenes y el movimiento ocultista de los «nefilim», conocidos como ángeles caídos, una corriente satánica que apoyaba el sacrificio humano, con el fin de devolverle al Diablo la energía que le habían robado y así ocupar el lugar que le pertenecía.

—Hay que joderse con estos... —comentó cerrando las páginas, con asombro ante el sinsentido que ocupaba los párrafos—. No son conscientes del daño que hacen a las familias, removiendo toda esta basura que no tiene pies ni cabeza.

—Lo que me asombra es que se crean todas esas tonterías y estupideces... Porque son chorradas, ¿verdad, inspector?

—¿Lo dudas?

—Por supuesto que no.

O bien fueran charladurías o no, lo cierto era que muchas personas las creían y eso podía convertirlas en personas altamente peligrosas. Después de mucho investigar, con o sin ayuda, el asesino se había apoyado en el movimiento sectario para cometer y justificar sus crímenes. Nada nuevo bajo el sol, pensaba.

En definitiva, para Rojo, la figura del homicida se ajustaba a la perfección con el patrón de siempre: el de los marginados, los apartados por la sociedad, los rechazados durante la juventud, los azotados en la escuela, los más vulnerables a aferrarse al estúpido credo con el que justificar el daño que no habían logrado sanar. La alquimia del dolor tenía un poder incalculable para la persona.

Desayunó ajeno a las noticias, que ya no le causaban el mínimo interés y pensó en su hijo, que pronto terminaría las clases del colegio y tendría que pasar, una vez más, el verano entero con sus abuelos. Entendió que su vida no era fácil, sin el cariño de una madre, que ya había fallecido y sin la presencia de un padre que siempre estaba trabajando. No obstante, el chico se mantenía cabal, como si entendiera la situación. Rojo deseó que así lo hiciera en el futuro pues, a pesar de todos los inconvenientes, tenía una suerte y unos privilegios que otras personas, como las víctimas del carnicero, habían perdido para siempre.

Terminó la tostada, dio un último sorbo al café y se bajó del taburete.

—¿Me dices qué te debo? —preguntó, sacando la billetera.

En ese momento, por el rabillo del ojo vio a Robles entrando en el bar.

—Rojo —dijo, sin más.

—¿Qué hay?
—Te llaman. Es importante.
El inspector lo miró desconcertado.
—¿Quién?
—El comisario.
—Dile que hablaré con él más tarde.
—No —dijo, con gesto serio—. Tiene que ser ahora.
El dueño del bar miró al inspector.
—Corre, a esto invito yo.

3

—Es una broma, ¿no?

El comisario Maruenda le pidió que se sentara. Sobre el escritorio de roble había una carpeta abierta, con tres fotos en su interior. En ellas aparecía el cadáver de una joven desnuda, con el cuello rebanado y un símbolo entre los senos. En una de las fotografías se mostraba el símbolo ampliado.

Rojo no podía dar crédito a lo que veía. Pensaba haber finalizado con el caso, pero eso parecía indicar que aquella historia se estaba volviendo algo peligrosa. Tomó la foto del símbolo y la observó. El hexágono era parecido. Había llevado el caso del carnicero durante casi un año y podía apreciar las diferencias. En ese símbolo, dentro del hexágono había otra figura: un triángulo.

—¿Satanismo? —preguntó el superior, esperando su respuesta.

—¿Qué? No... —respondió, ignorando las pruebas. Luego estudió el cadáver de la chica—. Esto nunca tuvo que ver con una religión.

—Entonces, estamos ante un copy-cat...

—Copi ¿qué?

El comisario lo miró extrañado.

—¿No vas al cine?

—No.

—¿Ni ves películas en la televisión?

—No.

—No me sorprende —respondió y chasqueó la lengua—. Me refería a un imitador, Rojo... Un imitador.

—Un imitador de Díaz.

—¿No te parece obvio?

—¿Cuándo ha ocurrido?

—Ayer.

—¿Y por qué no me he enterado?

—Porque no es tu caso —respondió, tajante—. Las noticias llegan a mí y yo decido qué es lo que hago con ellas.

—La última vez que dijiste eso, filtraste información y arruinaste la investigación.

—Fue necesario para que ese chico se confiara...

El inspector se incomodó. No ignoraba que tenía una relación de confianza con el superior. Después de todo, era uno de sus mejores hombres y el único que podía ocuparse de la Brigada de Homicidios. Pero aun así, no podía excederse. Era consciente de que sus secretos no se mantenían completamente a salvo.

—Se han dicho muchas cosas sobre la muerte de Díaz...

El comisario dio un respingo, altivo.

—Sigue.

—Después de todo el empeño que pusimos, no es justo que le asignen el caso a unos pardillos —expresó y reculó, dejando la foto sobre la carpeta—. Deberías de habérmelo comunicado, sólo eso.

—¿Y qué estoy haciendo? —preguntó, indignado—, además, esto no te incumbe. Ni a ti, ni a nadie. Ni siquiera a mí. Si los medios de comunicación se enteran, justo ahora, un año después de la tragedia, podría ser devastador.

—Pues, menos mal...

—Esto es cosa de la Guardia Civil.

La respuesta le generó una duda al inspector.

—Me alivia saber que no ha ocurrido en Alicante.

—No, exactamente. Ha ocurrido, pero no es cosa nuestra. Con más motivo para hacer caso omiso... Mira, Rojo... ha pasado un año desde eso y todavía no te has recuperado emocionalmente.

—Las emociones solamente te hacen más débil. Duermo muy tranquilo por las noches.

—Sé de sobra lo que conlleva un impacto psicológico como este...

—Puedo trabajar con normalidad y te lo he demostrado. He visto cosas peores.

—Algunos de tus compañeros no piensan lo mismo.

—Deberías darle unos días a Robles, si es a lo que te refieres.

—¿Sigues bebiendo?

—No encuentro ninguna razón para no hacerlo.

—Al menos, durante el horario laboral y siempre que no afecte a este.

—Hazme la prueba, si quieres.

—Eres un caso perdido.

—¿Desde cuándo te preocupas por mí?

—Tienes razón... Supongo que es el precio que hay que pagar cuando se quiere mantener a uno de tus mejores hombres en activo.

Rojo no entendía lo que le decía. Había una víctima de por medio, un asesino campando a sus anchas y el comisario tenía que recordarle la clase de persona que era.

—¿Para qué me has llamado? —quiso saber, finalmente—. Reconozco que me sobresalta todo esto.

—Quiero que vayas a Pinoso y te reúnas con el sargento Maqueda. La Unidad Central Operativa se encarga del caso.

«Pinoso, una población pequeña a setenta kilómetros de Alicante», pensó. Intentó atar los cabos, pero no entendía la conexión con el carnicero, más allá de que Monóvar y Pinoso se encontraban relativamente cerca.

—¿La UCO?

—Sí.

—Envíales el informe del caso. Ahí está todo. No me he guardado nada.

—Quiero que vayas a hablar con él. Es una cooperación. Podemos estar ante otro asesino en serie.

—O ante un perturbado con ganas de llamar la atención —señaló, con un gesto de advertencia—. Ya sabes de quién es la culpa de todo esto.

—Deberías cuidar esa lengua.

—Está comprobado que la valentía no te soluciona el trabajo, pero te libera la conciencia.

—Voy a ser claro para que no malgastemos más tiempo... así que esto es lo que vamos a hacer —respondió, juntó las manos y lo miró de frente—. Cuando salgas por esa puerta, te subirás al coche y pondrás rumbo a Pinoso. Acto seguido, descolgaré el teléfono y notificaré al sargento Maqueda de que estás de camino. Creo que lo he dejado claro, ¿verdad?

El comisario hablaba en serio. Llevaba rato cansado de la insolencia del inspector. Rojo lo había puesto a prueba con la situación, para comprender qué tan serio era el asunto. La UCO era, probablemente, la mejor unidad de la Guardia Civil para investigar ese tipo de crímenes. La fama la precedía. No le importaba colaborar con ellos, pero sospechaba de las intenciones de su superior. No era totalmente transparente como decía ser y a Rojo nunca le gustó la ambigüedad. Antes de seguir discutiendo, cedió y cumplió con la orden. Una vez llegado allí, demostraría que su intervención no era necesaria. Después de todo, no había sido capaz de atrapar vivo al carnicero.

—¿Dónde se encuentra el cadáver?

—Aquí, en Alicante.

—¿Y el informe?

—En tu mesa.

Rojo lo miró como si fuera una pérdida de tiempo.

—No sé qué decirte, tú ganas —le dijo, con una sonrisa sarcástica—. Veamos qué se puede hacer... y mañana iré a ver al sargento. Sabes que no puedo dejar un cabo suelto.

El comisario expresó su alivio y su expresión cambió.

—Me complace que por fin hayas tomado una decisión.

—Pero estoy harto de este asunto.

—Lo sé.

—Ese símbolo no significaba nada.

—Llevo años contigo y aún no estoy seguro de cuándo me estás provocando para que te remita un año de vacaciones.

—No tendrás esa suerte, comisario.

—¿Acaso sabes lo que son?

—El mal nunca duerme.

—Ni tú, Rojo, y deberías... Infórmame de lo que ha pasado.

—Así será.

El inspector se puso en pie para abandonar el despacho.

—Rojo...

—¿Sí?

—La prensa está ahí fuera. Sé amable con ellos.

—Claro.

***

Al salir, le aguardaba un dúo de periodistas conformado por un hombre y una mujer. Rojo nunca los había visto antes, pero no necesitaba conocerlos para comprender lo que querían. Se puso las gafas de sol de tipo aviador y fue directamente al vehículo, con la intención de ignorarlos. Él sujetaba una cámara de vídeo, aunque no parecía seguro de querer utilizarla. Los reporteros eran molestos, pero sabían cómo comportarse con la policía. No obstante, ella parecía no temer las consecuencias. Había acudido hasta allí por una exclusiva y no se marcharía hasta obtenerla.

—Inspector Rojo, ¿verdad? —preguntó en voz alta, acercándose a él.

Rojo la ignoró como si fuera un insecto y se acercó a la puerta del Focus.

—Inspector...

—Está obstaculizando mi camino —manifestó y olió las intenciones del otro—. Si enciendes esa cámara, tendrás que llevarla después a un taller de reparación.

El periodista reculó.

—Mi nombre es Carla Moliner y me gustaría hacerle un par de preguntas... Serán unos minutos...

—No tengo tanto tiempo.

—Ha transcurrido un año desde que resolvió el crimen del carnicero de Monóvar —espetó abalanzándose sobre él con un teléfono móvil en la mano, que grababa la conversación—. ¿Tiene algo que comentar al respecto?

Él la miró y le pareció ser una mujer impetuosa y con mucha ambición. Después se fijó en el adhesivo de la cámara.

«Mediterráneo TV», leyó para sus adentros. Una cadena autonómica de poca monta. Así y todo, querían aprovechar la cercanía y el momento en el que únicamente se hablaba de eso, para colarle un gol a las nacionales y ganar renombre. Lo había visto antes. Usar las desgracias mediáticas era el trampolín para dejar la provincia y marchar a la capital.

No le iba a dar ese placer.

—No.

—¿Cree que su brigada estuvo a la altura de las presiones?

—La Policía trabajó a destajo, día y noche, para resolver la investigación.

—¿Y usted? —inquirió—. ¿Es cierto lo que dicen? Aún existen algunas dudas sobre la muerte del asesino.

Rojo la miró fijamente tras los cristales tintados. Esa declaración lo puso en alerta. Pensó que debía mantener la compostura, pues esos dos podían sacarlo de quicio y utilizarlo en su beneficio.

—No tengo nada más que decir al respecto —comentó tras un largo suspiro—. El comisario lo explicó todo durante la rueda de prensa y el caso está archivado por el juez que lo llevó...

—Nosotros hacemos nuestro trabajo, que es el de informar y contar la verdad.

—No, vosotros lo que hacéis, es remover la mierda. Tal vez sea un trabajo, pero no tiene nada que ver con la verdad. ¿Os dais cuenta del daño que causáis a las familias de esas chicas? Estoy seguro de que no.

Ella miró al compañero y se apartó para que Rojo subiera al coche. A continuación, cortó la grabación del teléfono, la guardó y sujetó la puerta del vehículo, impidiendo que el inspector la cerrara.

—¿Qué haces? —preguntó, sentado y con desconcierto.

Ella lo miraba desesperada.

—Por favor, inspector. Cuéntenos la verdad.

—Haz el favor y suelta la puerta.

Ella hizo una mueca de desagrado, estirando el rostro y se apartó del coche. Rojo cerró, dando un sonoro portazo. Luego arrancó el vehículo, puso la primera marcha y abandonó el lugar con el motor rugiendo.

4

Rojo hizo caso omiso de lo que le había dicho el comisario y decidió actuar por su cuenta. Recogió el informe de la UCO, que le habían dejado en su escritorio, abandonó la comisaría y subió al Focus. En el interior del vehículo, abrió la carpeta y miró la documentación y las fotografías que había visto antes. El informe no le decía mucho. La Guardia Civil había localizado el cuerpo sin vida de la joven en medio del campo, con contusiones, signos de tortura y el cuello cortado, como había ocurrido un año antes.

—Un copycat... Menudo gilipollas —murmuró, mientras leía en diagonal la documentación. Por supuesto que sabía lo que significaba, pero en ocasiones prefería fingir que vivía desconectado de la realidad. Así y todo, pese a los paralelismos que ligaban el caso a los crímenes anteriores, tenía dudas de que estuviera relacionado.

Al menos, eso quería creer.

Arrancó el coche, dejó la carpeta en el asiento del copiloto y puso rumbo al mercado de abastos. Veinte minutos más tarde, tras varias vueltas a la manzana, consiguió aparcar cerca del Bar Guillermo.

—Una de rusa y media de jamón —pidió desde la esquina de la barra—. Y otra cerveza, por favor.

—Marchando —respondió el camarero y Rojo regresó la atención a los papeles, cuando la voz de la televisión lo sacó de la lectura.

Era la hora de la comida y en la pantalla emitían el informativo del mediodía. Esta vez no era una emisión regional, sino la nacional, pero los medios del país no iban a olvidar la desdicha que había ocurrido un año atrás. El nombre del inspector no aparecía en ninguna parte, lo cual lo alegraba, de cierta manera. No buscaba la fama, ni el protagonismo, a diferencia del comisario. Había quien estaba en el Cuerpo por unas razones y quien trabajaba duro por otras. Él tenía las suyas y no esperaba que nadie las comprendiera.

Por la televisión aparecían imágenes de las chicas asesinadas, de las familias deshechas y de cuando la Guardia Civil y la Policía Nacional levantaron el cadáver de Miguel Díaz. No necesitaba verlas para recordarlas con claridad. Desde aquel día, pensaba cada noche en el momento que pudo haber evitado que ese cerdo se quitara la vida. «Si le hubiera disparado a tiempo en el brazo, no habría conseguido volarse la cabeza», lamentaba cada vez que recordaba la escena. Y eso era lo que más le escocía del asunto: haber fallado a las familias, a las víctimas, a sí mismo. La voladura de sesos había dejado huella, no solamente en él, también en el resto del

equipo. No volvieron a hablar del asunto y Rojo se figuró que no era necesario. Unos días después de cerrar el caso, Robles intentó sacar el tema de conversación en el bar:

—Te daré un consejo sin que lo solicites, Robles —le dijo Rojo, con tres cervezas en el cuerpo y sin que le temblara la voz—. Esa moda de abrirse, de soltar lo malo, dejar que salga y todas esas sandeces de manuales de autoayuda y de psicología barata... mejor, te las guardas.

—Pero...

—Si quieres llorar, apúntate a terapia, pero no aquí.

Eso fue lo último que le dijo al inspector y el trato hacia él cambió radicalmente.

¿Había sido demasiado severo? Posiblemente sí, pensó días después, pero el subinspector tenía una carrera por delante y necesitaba asimilar los hechos con la mayor fortaleza de ánimo posible. Rojo tal vez no era el más compasivo de la brigada, pero los criminales no entendían el significado de esa palabra.

Le sirvieron los entrantes y un poco de pan casero. Las malas noticias no le iban a quitar el apetito. Dio un trago a la copa de cerveza y examinó las fotos con detenimiento. De nuevo, el símbolo sagrado. Lo había estudiado con precisión para detener a ese salvaje. Era como si su vida estuviese relacionada con el esoterismo, de alguna manera u otra. Primero Elsa, la madre de su hijo, metida en esa secta sexual que acabó por destruirla. Después, esto. En ambos casos, todas las ridículas creencias quedaban en la superficie, como un flotador, pero la realidad era otra. Siempre había alguien que movía los hilos, ya fuera otra persona, un trastorno de personalidad o una comunidad. El problema no residía en quién estuviera al mando, sino en el daño que hacían indiscriminadamente a otros. A pesar de que los medios se inventaran conspiraciones y rituales con el objetivo de alimentar el morbo, llegó a la conclusión de que el símbolo no significaba nada y que el carnicero había actuado por motivos propios.

—Ahora, esto —comentó, en voz baja, concentrado en las imágenes.

Una chica en el campo, en medio de la nada. Un símbolo semejante, perfeccionado. Díaz no se había molestado en los detalles. Él únicamente juraba venganza, poder saldar las cuentas pendientes que arrastraba desde la infancia. El desgraciado tenía todos los ingredientes para crear un cóctel molotov que, finalmente explotó.

Rojo aún recordaba la mirada de sus padres adoptivos, desolados, con un sentimiento de fracaso que no ocultaban.

Díaz no solo había anulado la vida de las familias de sus víctimas, sino que también había arruinado la existencia de un matrimonio, incapaz de tener hijos, que lo había cuidado y educado durante años, con la esperanza de que tuviera un futuro nuevo, próspero y feliz.

Y Rojo lo recordaba como si fuera un día antes.

5

Un año antes.

Un día después de la muerte de Miguel Díaz, el carnicero de Monóvar.

La gente de Monóvar se sobrecogió al recibir la noticia. No era un lugar en el que ocurrían sucesos como ese con frecuencia. El nombre del municipio era conocido por su exportación agrícola y del calzado. Nadie podía suponer que Miguel, el muchacho que trabajaba como ayudante en la carnicería del Mercadona, acabaría convirtiéndose en uno de los asesinos en serie más peligrosos de la historia del país. Sin embargo, el giro de los acontecimientos cambió por completo la actitud del pueblo hacia su familia. Una vez que se conoció la tragedia, los padres de Díaz dejaron de ser bienvenidos en el pueblo.

La mañana en que los inspectores llegaron a la vivienda de la familia, encontraron a cientos de sujetos frente a la puerta de la propiedad. Las cámaras de televisión no hacían más que alimentar un odio descontrolado hacia unas personas que no tenían culpa alguna. Los municipales intentaban proteger la entrada cuando Rojo detuvo el coche frente a la multitud. Los gritos de odio eran inaceptables.

—¿Se han vuelto locos? —preguntó Robles, que ocupaba el puesto del copiloto—. Esa familia no tiene la culpa de...

—Nosotros, a lo nuestro —espetó el inspector, quitando las llaves del contacto—. Quiero una búsqueda exhaustiva en el dormitorio. Tomad todo lo que creáis que puede ser relevante para un futuro caso.

—¿Y si no encontramos nada?

—Seguro que hay algo.

Salieron del coche patrulla y se abrieron hueco entre los vecinos agitados, para poder entrar en la vivienda. Los padres del asesino estaban sentados en el salón, frente al televisor, observando lo que los reporteros transmitían desde el otro lado de la pared.

—Señor Díaz, señora... —dijo uno de los municipales que los protegía. La pareja se giró hacia la puerta—. El inspector Rojo, de la Brigada de Homicidios de Alicante...

El hombre lo miró con atención, sintiendo que el honor hacia su intimidad había sido menospreciado.

—¿Qué buscan ahora, más culpables?

—¿Podemos dar un vistazo en el cuarto de Miguel?

—¿Es necesario? —preguntó la esposa.

—Sí.

—Ni siquiera pueden respetar nuestra voluntad...

—Señora, nuestra labor es impedir otra catástrofe como esta —manifestó mientras miraba al novato—. Mi compañero les hará algunas preguntas sobre Miguel. Si no es molestia, me gustaría que las contestaran.

—¿Nos queda otra alternativa o nos arrestarán como a delincuentes?

Rojo ignoró la pregunta y se dirigió al compañero.

—Robles, hazte cargo de ellos —contestó y subió al dormitorio junto a los agentes.

***

No lograron dar con nada que fuera de interés: discos de música rock, camisetas de Iron Maiden, una pequeña colección de libros de ficción y algunos videojuegos. Le sorprendió que tuviera un gusto musical y que leyera, pero nada de eso lo convertía en un asesino. Rojo pidió que requisaran el ordenador portátil, con la esperanza de que hubiese información delicada en el disco duro. Cualquier pista era suficiente para poder tirar del hilo. Eso era lo que buscaba, una pesquisa, un cebo que morder. Pero las expectativas eran bajas. Se dio cuenta de que, a esas alturas, cuando ya se habían cometido los asesinatos, Díaz había eliminado cualquier rastro digital.

Entre los cajones encontró algunos cuadernos garabateados con el símbolo de aquel turbio y extraño hexágono y se preguntó cómo habría llegado hasta él esa comedura de coco.

«¿Y esto?», se preguntó al encontrar el recibo de una gasolinera entre las páginas de un libro. Leyó la dirección y reconoció su ubicación. Era una de las estaciones de la autovía que iba a Alicante.

—Se estaba sacando el graduado en Alicante, por las noches —dijo la madre, desde abajo—. Quería ser carpintero.

—Eligió la profesión menos adecuada... —comentó Rojo, burlón, revisando las páginas.

Los otros policías se rieron.

Los insultos a viva voz de la calle llegaban al dormitorio.

—Será mejor que nos larguemos.

A la salida, husmeó por el pasillo y se acercó al dormitorio de la familia, en el que encontró una foto de los tres. Pensó en él, en Elsa y en su hijo. En algún lugar, él guardaba una fotografía similar, tomada muchos años atrás, antes de que todo se volviera más complicado.

«Porque todo se va al infierno en algún momento».

Después lamentó que esa pareja tuviera que pasar por aquello.

«Ni el bien equilibra al mal, ni el tiempo cura todas las heridas».

6

Después de una noche de sueños abruptos y despertares constantes debido a una conciencia agitada, se levantó a las cinco de la madrugada y fue directamente a la ducha. Preparó café, encendió la radio y escuchó las noticias de la madrugada. Después encendió un cigarro en la cocina y fumó tranquilamente mientras repasaba el plan.

El viaje a Pinoso era de unos cincuenta minutos en coche. Conocía el territorio, lo había visitado en varias ocasiones de pequeño. Optó por la carretera secundaria que iba en dirección a Aspe y pasaba por La Romana y la Algueña, en lugar de tomar la tentadora ruta que pasaba por Monóvar.

Pensó que era muy pronto para despertar a los fantasmas del pasado.

Una vez que se alejó de la ciudad, el terreno se convirtió en montaña y en tierra árida. Cuando pasaba por los pueblos, no encontraba a nadie en ellos, como si estuvieran deshabitados, sin vida. Por desgracia, era una realidad cada vez más presente. El mundo rural se estaba vaciando por completo, dejando lugares desolados en los que hubo vida en el pasado, pero en los que ya no quedaba esperanza.

A medida que se acercaba al paseo que daba entrada al pueblo, comenzó a notar la actividad de coches y tractores que entraban y salían del municipio. Llegaba el verano y, con él, pronto lo haría la temporada de la almendra. Por su paso, dejó atrás las Bodegas Pinoso, un enorme complejo vinícola. Un poco más abajo, vislumbró el cuartel de la Guardia Civil. Continuó por el paseo hasta el centro del pueblo y cambió de sentido en una rotonda. A través de la ventanilla, podía observar cómo lo miraban desde las terrazas de los cafés que estaban abiertos a esa hora. Allí, como en muchos sitios, nadie pasaba desapercibido.

Aparcó frente al cuartel de la Benemérita y comprobó la hora. Llegaba pronto, a las ocho y media en punto de la mañana. No tenía una cita programada con el sargento, pero sospechó que lo encontraría en su puesto de trabajo. En el fondo, lo único que buscaba era quitarse de encima aquel caso.

Esperó que la visita no se alargara demasiado.

Bajó del vehículo y dio un vistazo a la casa cuartel, sorprendido y, a la vez, algo desilusionado. Los tiempos cambiaban, pero algunas cosas permanecían igual que en el pasado. La casa cuartel, no dejaba de ser una vivienda de tres plantas con el aspecto de un bloque de apartamentos turísticos de la costa. Ni los arquitectos, ni el ministerio, se habían esforzado por dotar de comodidades al Cuerpo.

En la puerta encontró un listín de timbres. Tocó el primero, intuyendo que sería el de la oficina principal y se identificó. Con una mirada rápida a su alrededor, observó un par de palmeras secas, tres setos, una bandera que ondeaba y dos vehículos particulares. Acto seguido, la puerta mecánica se abrió delante y él entró en el edificio.

Por el portal que llevaba a las oficinas, vio salir a un guardia civil, algo más joven que él y de menor estatura. El guardia lo observó a distancia antes de saludarlo y después mostró una breve sonrisa en su rostro.

—Inspector Rojo... —dijo, acercándose a él y ofreciéndole la mano—. Sargento Maqueda, un gusto.

—Igualmente... —murmuró sin apartar la mirada. Los ojos del sargento eran profundos y afilados, con un ligero brillo de misterio que no lograba descifrar. Así eran los de la UCO, pensó.

—No esperaba su visita... tan pronto. Nadie me avisó de ello.

—Diga la verdad, sargento. No esperaba para nada la visita.

La respuesta de Rojo denotó la superioridad moral y profesional que sentía y eso no le gustó al sargento, pero lo tomó con deportividad e ignoró el comentario. Rojo prestó atención al detalle. Maqueda era un guardia civil que había entrado en la UCO desde el escalafón más bajo, no como otros que accedían a la Unidad Central Operativa a través de un proceso de selección, sin importar de dónde vinieran. Rojo conocía que el ambiente allí era diferente al de la Policía Nacional, aunque no demasiado. La Guardia Civil había perdido fuerza desde la caída del franquismo, aunque no la jerarquía militar que la gobernaba. Aquellos principios seguían estando presentes en el carácter de los agentes, aunque no comulgaran con el pasado. Para el inspector, era como si destilaran otra esencia, una más resiliente y también impredecible. Por eso decidió no tocarle las narices a aquel desconocido.

El sargento abrió la puerta de una austera oficina y con un gesto de la mano, le invitó a tomar asiento.

—¿Café?

—No, gracias.

—Es del bueno, no la basura química que la ponen en esas máquinas.

—Estoy bien —abrevió y lo siguió con la mirada hasta que Maqueda tomó asiento en el escritorio—. El comisario Maruenda me ha puesto un poco al corriente de la situación, aunque no sé cómo puedo serles de ayuda...

Maqueda lo miró de reojo desconfiando de la falsa modestia y le colocó una carpeta delante de los ojos.

—¿Visitó la morgue?

—Vi las fotos.

—Al menos, dígame que leyó el informe.

—Lo hice.

—¿Qué piensa?

Rojo, que aún no se había molestado en abrir la documentación, se reclinó en la silla y miró a su interlocutor. En el fondo, no tenía nada en su contra. Todo había sido un enredo del comisario para librarse de otros favores.

—Verá, sargento...

—Puede llamarme Maqueda. Está bien.

Rojo resopló.

—No quiero hacerle perder el tiempo con mis suposiciones.

—Ya que se ha molestado en venir hasta aquí, supongo que tendrá algo que decir al respecto —comentó y llenó los pulmones—. Le escucho, inspector.

Maqueda juntó las dos manos y le clavó la mirada, concentrándose de lleno en él. Rojo abrió la carpeta y observó dos fotografías, distintas a las que el comisario le había mostrado. En la primera aparecía el cadáver de la víctima, tal y como lo habían abandonado, con el símbolo marcado entre los pechos y el cuello rebanado como si fuera un cordero sacrificado. La foto había sido tomada de día, en un terreno rural y, al fondo se podía apreciar la sombra de una sierra. La segunda imagen era de una huella de zapato. No se podía apreciar con precisión a qué clase de calzado pertenecía, pero sospechó que era de una bota de goma. Esto último lo sorprendió.

—¿Quién era la chica?

—Claudia Berenguer, del pueblo. Diecinueve años. Había trabajado como camarera en una tasca del centro.

—¿Tenía pareja?

—El exnovio es camionero... y el principal camello del pueblo. Llevaba tiempo sin verla.

—¿Tiene coartada?

—La tendrá. Es conocido.

—Entiendo.

—¿Qué me puede decir del símbolo que le hicieron sobre el esternón? —preguntó, intrigado —. Según la forense, el asesino lo realizó mientras estaba viva.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Ve esta línea? —preguntó y señaló uno de los lados del hexágono—. Comprendemos que la mujer debió de agitarse, lo que provocó que se torciera. Se trata de un corte preciso, con una punta muy afilada... y, no obstante, el corte del cuello es violento y tajante, como si hubiera partido un animal en dos.

Rojo examinó la imagen una vez más. El sargento estaba en lo cierto y no quería darle la razón, pero los dos cortes habían sido efectuados con objetos distintos. Por la hendidura del corte que se presentaba en la garganta, todo apuntaba al mismo tipo de filo que había utilizado el carnicero.

«Un copy-cat, Rojo».

Otra vez, esa maldita voz, pensó.

—Usted ha solicitado mi ayuda porque cree que está relacionado con lo que les pasó a esas chicas, hace un año —dijo, sin paños calientes, rompiendo con la farsa que los envolvía allí dentro—. Por desgracia, temo decirle que esto puede no tener relación con el otro caso.

Maqueda frunció el ceño al escuchar sus palabras.

—¿Me toma el pelo?

—No es mi intención —respondió, sin mostrar emoción alguna.

—Supongo que no le han explicado por qué está aquí.

—No, no lo han hecho, pero intuyo que no será de gran ayuda y siento no poder ayudar a la UCO en esto, aunque sé que no hará falta... —explicó y cruzó las piernas—. Lo que sucedió el año pasado con aquellas pobres chicas fue lamentablemente el resultado de una infancia infeliz,

abuso escolar, varios traumas sin resolver, una adolescencia difícil y una interpretación errónea de las letras de los grupos de rock y los cuentos chinos que circulan por internet...

—He leído el informe. En ningún momento menciona las creencias del asesino.

—La gente se cree todo lo que lee, o busca la manera de creérselo. Pero lo hace por algo y ese motivo es el que nos importa.

—Según usted, la venganza.

—Sí, porque la fe nunca se pierde —aclaró, nuevamente—. Por ese motivo y por unas evidencias, descarto que estuviera guiado por un motivo espiritual... Eso es lo que todos quieren oír, pero si los fantasmas hablaran... Mire, ese chico lo habría hecho de cualquier otra manera. Tenía los motivos y únicamente necesitaba una excusa que lo empujara a hacerlo.

La explicación pareció persuadir al sargento, quien atendía atento, reflexionando sobre las palabras del inspector. Por primera vez, Rojo hablaba de una manera clara y distendida y daba su opinión sobre los hechos. De algún modo, se sentía cómodo al hacerlo ante ese desconocido, quizá porque ya había cumplido con su parte, enviando a ese desgraciado al infierno o, quizás, porque ya no era asunto suyo.

—¿Fuma, inspector?

Rojo se quedó expectante, preguntándose si eso era todo lo que tenía que decir al respecto.

—Sí, claro.

Maqueda se puso en pie y señaló la puerta con la mirada.

—Vayamos fuera. Aquí está prohibido.

7

El sargento le ofreció el mechero y uno de sus cigarrillos light. Rojo aceptó el fuego, pero decidió fumar uno de los suyos al ver la cajetilla azul de L&M.

Cuando Maqueda se fijó en el paquete de Fortuna, hizo un ademán con la mirada.

—Un tipo duro...

—He tenido épocas peores —dijo Rojo, luego prendió la punta del cigarro y dio una calada. Después observó a su acompañante, que daba un vistazo al paseo que llegaba hasta el pueblo, desierto a esas horas—. ¿Es usted de aquí?

—No —respondió, antes de llevarse el cigarro a la boca. Después dio una calada y exhaló el humo—. Pero sí mis abuelos maternos. Yo nací y crecí en Badajoz, de donde era mi padre.

—No tiene acento.

—El acento es una elección —dijo y lo miró con una sonrisa en la cara—. Usted tampoco, para ser de la zona.

—¿Habla el valenciano?

—Lo entiendo, que ya es.

—Le será útil por aquí.

El sargento inclinó la cabeza, dio una última calada y apagó la colilla en el suelo con un pisotón, antes de dirigirse al inspector.

—Verá, Rojo... El hecho de que le hayan enviado a usted y no a un compañero suyo, no es una casualidad.

—Dígame algo que me sorprenda...

—Conozco su historial, su experiencia en el Cuerpo y los casos que ha resuelto.

—Justo lo que nunca quise.

—No, no me refiero a lo de esas chicas —aclaró frotándose la nariz y se acercó a él—. Sé que lo piensa. Yo también lo he hecho.

Rojo se rio y terminó el cigarrillo.

—Créame, no tiene la menor idea de lo que pasa por mi cabeza.

—Considera que esto es cosa de un aficionado, que intenta imitar a ese chalado de Monóvar.

—No va mal encaminado, sargento.

—Yo también pensé lo mismo en un primer momento, pero siento que puedo estar equivocado.

—Todos tenemos esa sensación. Es habitual en este oficio.

—¿Sabe? Soy una persona muy comprometida con mi trabajo... Llevo dos años trabajando en este pueblo y reconozco que no tengo queja —prosiguió, con intenciones de decir algo importante—. La gente me quiere, esta tierra es agradecida y mi novia es de Aspe y tenemos intenciones de casarnos en algún momento, así que...

—Es un asunto personal.

—Suelo implicarme mucho cuando sucede una desgracia de este tipo. Por suerte, no suelen ocurrir.

—Ya veo por dónde va...

—En estas últimas cuarenta y ocho horas, no he descansado. En realidad, he estudiado todo lo que podría estar relacionado con ese símbolo, con ese misterioso hexágono... Así llegué a usted. He leído todo lo que he encontrado sobre ese movimiento espiritual.

—No existe tal cosa.

—Los caídos, el arcángel, Enoc y todas las historias judeocristianas que hay por el ciberespacio.

—Ajá. Y ha llegado a alguna conclusión...

—¿Me lo pregunta?

—Lo asunto.

—Tengo el comienzo de algo.

Rojo se giró y lo miró de frente.

—Lo siento, he tenido suficiente al respecto durante el último año...

—No, no —respondió, extrañado, con un tono de voz suave, aunque severo—. Soy católico y creyente, pero mi conocimiento es limitado.

—¿Entonces?

Maqueda no respondió y caminó hacia el Nissan Patrol que había aparcado frente a la casa cuartel. Abrió la puerta y esperó a que Rojo subiera con él.

—No se quede ahí y suba.

—¿A dónde vamos? —preguntó, desconcertado.

—No se haga el interesante. Quiero mostrarle algo —respondió y subió al coche. Rojo dio un largo suspiro y entró en el todoterreno—. ¿Le gusta el campo?

—Me gustan los sitios donde hay poca gente.

—Perfecto —dijo y arrancó el motor—. Donde vamos, por no haber, no hay ni vida.

—¿Qué es eso que ha descubierto?

El guardia civil activó la puerta mecánica con un mando y salieron de la propiedad. Pasados unos segundos, finalmente, decidió hablar:

—Como ya le he mencionado, es necesario tener mucha precisión y habilidad para tallar un hexágono en carne viva, mientras la víctima se estremece de dolor... —explicó, con las manos al volante—. Por lo tanto, tengo la impresión de que a esa chica la mataron entre dos personas que sabían de manera premeditada lo que hacían.

8

La pareja de agentes salió del pueblo en el coche y se metió en una carretera comarcal. El inspector Rojo no entendía cuál era el propósito del sargento Maqueda, pero estaba seguro de que quería demostrarle algo. A medida que se alejaban del pueblo, comenzaron a ver extensiones de terrenos áridos, casas vacías, viñedos y largos bancales de almendros. El entorno le resultaba familiar al inspector Rojo, que guardaba silencio a la espera de que el otro comenzara la conversación. Pasados unos minutos, el sargento de la Guardia Civil hizo un gesto con la mano, indicándole una señal que marcaba el fin de la carretera comarcal y el comienzo de otra, secundaria, que pertenecía a la Región de Murcia. De repente, aminoró la velocidad del Patrol y señaló un camino que se bifurcaba hacia la derecha.

Por delante de ellos, un pastor dirigía un rebaño de cabras que cortaba el tráfico por unos momentos. Maqueda lo saludó con la mano.

—Supongo que esto va para rato.

—Dijo el hombre de la gran ciudad... —comentó el gendarme, con sorna.

Rojo lo miró de reojo, pero ignoró el comentario.

La visibilidad era limitada, por lo que no pudo averiguar qué había detrás de la curva, aunque intuyó que ahí era donde habían encontrado el cadáver de esa chica.

—¿Le apetece tomar un café? —preguntó el sargento, guardando el misterio, antes de entrar en detalles.

Al otro lado de la ventanilla, el policía observó el cartel de un restaurante llamado Isabel.

—Claro, ¿por qué no?

El gendarme entró en el camino para cambiar de dirección y después salió por la bifurcación que llevaba al restaurante. Antes de bajar del coche, después de un corto silencio, adoptó un tono serio y se dirigió al policía:

—Ahí detrás fue donde encontramos el cadáver.

El inspector Rojo lo miró con incredulidad, haciéndole suponer que Maqueda llevaba demasiados años en ese pueblo.

—Supongo que hay alguna explicación más allá de simples conjeturas.

—Sí, pero ahora será mejor que tomemos algo.

***

La clientela estaba formada por hombres, a excepción de la camarera que trabajaba sirviendo las comandas. Entre los que ahí estaban, el inspector pudo reconocer a un grupo de cazadores que almorzaba antes de iniciar la jornada. También había camioneros y gente que trabajaba en los alrededores del pueblo. Los cazadores saludaron al gendarme con amabilidad, como también hicieron algunos de los empleados del bar. Por primera vez, la apariencia de Rojo pasó desapercibida en un entorno tan hostil. Maqueda le hizo una seña para que lo acompañara hasta la barra. Siguió sus pasos y se apoyó en uno de los taburetes. Después observó la decoración, que era la típica de un bar de carretera, con sus calendarios de cooperativa agrícola, una bufanda de la selección española, una máquina de juego, otra de tabaco y una colección de botellas de licores fuertes.

—¡Buenos días, sargento! ¿Qué le pongo hoy? —preguntó el camarero que había tras la barra, un chico de mediana edad, con algo de sobrepeso y una mirada noble, aunque directa.

—Un cortado, Julián, si eres tan amable.

El mozo se giró al inspector.

—¿Y al amigo?

—*Un café... a soles.*

El camarero atendió y tomó nota, sin mostrar ninguna reacción.

—*Clar*.

El inspector esperó a que el camarero se marchara para que no pudiera escucharlos.

—En este pueblo, me conocen todos.

—Ya lo he comprobado con el pastor.

—Pedro, sí... Da igual donde vaya, que siempre hay ojos mirando —comentó y se giró hacia la mesa de los cazadores—. ¿Ve a ese grupo de ahí? Uno de ellos fue quien dio el aviso del cadáver de la chica.

—¿A qué hora la encontraron?

—A primera de la mañana, cuando apenas hay tráfico en esta carretera.

—Por lo que se supone que la mataron durante la noche.

Maqueda frunció el ceño al notar que Rojo no había hecho los deberes.

—Veo que me ha mentido.

Rojo lo miró extrañado.

—Ni siquiera se ha leído el informe, inspector —respondió, tajante, sin derecho a réplica—. Está bien claro en la autopsia. La forense indicó que la chica murió algunas horas antes de que la encontraran.

—Y nadie oyó nada —comentó Rojo al respecto.

—En ningún informe está señalado que la mataran ahí.

—Comprendo... —dijo el inspector, sin interés en cabrear al guardia—. ¿Qué hay de la huella? Parece de una bota.

—De momento, solo puedo decir que pertenece a un hombre.

—Es un comienzo.

—¿Usted sabe cuántas botas...? —dijo, pero una voz le interrumpió antes de que terminara la frase. Un cliente empezó a insultar a la televisión cuando apareció el carnicero de Monóvar.

—Fill de puta, cabró!! —gritó uno de los cazadores.

Un segundo se unió a la carga.

La aparición de aquel chico removía las conciencias y agitaba al personal. Había pasado un año, pero seguía generando la misma reacción en la gente.

—¡Sargento! —exclamó uno de los hombres, a viva voz, desde la mesa—. Encuentre a ese cerdo antes de que eso se repita aquí...

Impasible y moderado, Maqueda oía las demandas, sujetando la taza de café, sin mostrarse frágil.

—Que no se haga el loco y que pregunte a la familia de esa chica —murmuró otro de la mesa —, que todos saben cómo se las gastaba...

—¿Cómo se las gastaba? —preguntó Rojo, en voz alta, provocando un silencio sepulcral en el bar y aumentando la tensión en el ambiente—. Por curiosidad, más que nada...

Las miradas se clavaron en el inspector, pero este no reculó, ni se apuró en mostrar la placa para calmar los ánimos. Buscaba una respuesta común, pero todos guardaron silencio.

—Era una buena chica —intervino uno de ellos, con la piel arrugada, el cabello cano y un bigote fino—. Un poco de respeto, collons...

Los demás no le replicaron.

El gendarme puso unas monedas sobre la madera de la barra y dio una palmada para romper el hielo.

—Cóbrate los cafés, Julián.

—Invita la casa, sargento.

—Gracias... —contestó mirando de reojo al compañero y se dirigió al grupo de hombres de la mesa—. Señores... don Mauricio... Hasta la próxima.

—Adiós, sargento.

Los dos agentes salieron del bar sin comentar sobre lo ocurrido. Maqueda sacó un cigarrillo y lo encendió, sin ofrecerle el mechero al policía. Inhaló profundamente y exhaló despacio. El calor empezaba a picar sobre el asfalto y el sonido de las chicharras se hacía más presente.

—¿Don Mauricio?

—Conviene llevarse bien con todos.

—¿Para eso me ha traído, para ponerme a prueba?

Maqueda seguía tranquilo, con su tono sosegado.

—Ahora ya ha visto con sus propios ojos lo que había ahí dentro. Es solamente una representación de todo un pueblo.

—Yo he visto a un grupo de cazadores que huelen a coñac y con ganas de tomarse la justicia por su mano. Saben quién lo ha hecho y si no lo soluciona usted, lo harán ellos.

—Así es cómo se manifiesta el miedo al cambio, a que todo deje de ser como era antes, para siempre. Esos hombres tienen familias, hijas, sobrinas, nietas... y ellas también podrían haber sido Claudia Berenguer —explicó, con una ligera nota de preocupación en su reflexión—. Sin embargo, no fue así. De haber ocurrido, estarían derrotados, sin ánimos para seguir con vida. Pero ahora es diferente. Una vez que la semilla del temor se ha plantado en sus mentes, la posibilidad del peor de los finales solo podrá ser más dolorosa.

—Es difícil convivir con la idea de que podrías haberlo evitado.

—Usted sabe de lo que hablo.

—Bonito discurso, pero no me convencerá.

—Imagine que puede remendar su error... Dios siempre nos da otra oportunidad.

9

La alarma lo despertó.

Gruñó al ver las dos botellas de cerveza que había sobre la mesa del salón. La televisión seguía encendida. Palpó la tela del sofá hasta que encontró el mando a distancia y pulsó el botón rojo que apagaba la pantalla.

«Eres un jodido desastre».

Estaba dolorido. Aquel sofá nunca había sido una buena adquisición y recordó que lo había comprado para ahuyentar a las visitas. «Si tienes un sofá incómodo, no tardarán en marcharse», pensaba.

Tras una ducha helada, se vistió con una camiseta negra, vaqueros y botas. Después preparó una cafetera y encendió la radio para escuchar las noticias. Era lo único que le importaba esos días. Prestó atención a lo que decían los informativos, mientras fumaba un cigarrillo y esperaba a que saliera el café. Para su fortuna, poco a poco, los medios comenzaban a dejar atrás el aniversario de la muerte del asesino. Eran buenas noticias, reflexionó. Sabía que los tiempos que vivía eran así: las noticias se difundían como la pólvora y desaparecían tras la explosión. Lo que un día era noticia, al siguiente se convertía en algo pasado de moda. Movió el dial en busca de otras emisoras hasta que encontró una de música rock por la que sonaba Stairway to Heaven de Led Zeppelin. Dejó la canción de fondo, mientras daba sorbos al café y pensaba en lo que había presenciado en ese pueblo. No le apetecía volver a él, se dijo, pero era evidente que algo raro estaba pasando.

Por eso había bebido la noche anterior hasta quedarse dormido.

Por eso le había ocultado información al sargento de la Guardia Civil.

Por eso intentaba convencerse de que no podía ser real.

Pero su instinto le indicaba lo contrario.

Un año había transcurrido desde aquello, pero el recuerdo seguía siendo constante como si hubiera ocurrido la jornada anterior.

Mientras el resto de la Brigada intentaba asimilar y procesar psicológicamente lo que había presenciado, él pasó doce meses intentando cerrar las incógnitas del subconsciente, convenciéndose a sí mismo de que Miguel Díaz era un lobo solitario, guiado por una convicción personal, y no un discípulo de algo más grande. No obstante, quedaban retales de que no era así. La razón era simple: no soportaría otro caso como ese. De ser cierto, sería como golpear un panal de abejas enfurecidas. El efecto llamada despertaría al resto y lo llamarían a él cada vez que

ocurriera un caso como ese. Su vida se haría pública, los medios hablarían de él y su rostro se convertiría en el objetivo de un grupo de individuos sin sentido común.

Dio un último trago al café, pensativo. La muerte era lo último en lo que pensaba. No tenía miedo a morir, pero sí a que alguien hiciera daño a su familia, a su hijo. Quizá esa era la razón por la que actuaba de esa manera, por la que prefería mantener un perfil bajo todo el tiempo. Había hecho ciertas cosas de las que no estaba orgulloso y otras tantas que repetiría. Pero él no era su hijo y no podía dejar que las malas decisiones del padre arruinaran la vida del pequeño.

El timbre de la puerta sonó y, acto seguido, apagó la radio. Lo siguiente fue buscar el arma. Se colocó la pistola en la cintura y caminó hacia la entrada. No esperaba a nadie, nunca lo hacía. Comprobó por la mirilla quién era y vio a un repartidor de Correos.

—¿Sí? —preguntó al abrir. Su superioridad física era notable, pero eso no le hizo bajar la guardia delante de un desconocido. Nunca podía fiarse de las apariencias de nadie.

—¿Señor Rojo?

—¿Qué quiere?

El cartero sacó un sobre certificado.

—Esto es para usted —dijo y sacó un terminal digital—. ¿Me firma aquí?

—Claro... —respondió cogiendo el sobre y luego echó un garabato ininteligible. Siempre firmaba de un modo distinto—. Gracias.

Cerró la puerta y revisó el sobre amarillo. Iba sin remitente y era del tamaño de un folio muy fino, por lo que intuyó que no contendría nada peligroso.

Lo llevó a la cocina, retiró la solapa y verificó el interior.

Vio que había dos fotografías y una nota.

En una aparecía una joven maniatada.

Tenía un aspecto similar a Claudia Berenguer, aunque no estaba completamente seguro de que fuera ella.

En la otra imagen, el símbolo del hexágono tatuado en la piel.

Por último, leyó la nota, que estaba escrita a ordenador:

«Un imitador desconoce los pequeños detalles. Atentamente: Maqueda».

El pulso se le aceleró.

Comenzó a sentirse furioso e impotente.

—Pero ese cabrón está muerto... —pensó en voz alta, sujetando las fotografías con fuerza—. Yo vi cómo se volaba la cabeza...

Las cuestiones se amontonaron en su mente.

En ese instante, la música rock dio paso al informativo breve de la emisora. No le prestó atención hasta que escuchó su nombre:

«Se abre una nueva investigación sobre el caso del carnicero de Monóvar. La exitosa operación dirigida por el inspector Rojo, de la Brigada de Homicidios de Alicante, un alto cargo con gran experiencia en desapariciones y asesinatos en serie dejó algunos claroscuros que, después de un año, siguen sin resolverse. El equipo de investigación de Mediterráneo TV, dirigido por la periodista Carla Moliner, ha publicado una serie de documentos que podría dar un giro al desenlace que llevó al suicidio al carnicero...».

Apagó la radio con un tirón y cerró los puños con ira. Después dio un grito que llegó a las otras habitaciones. Estaba furioso por lo que acababa de oír y no era precisamente por lo que esa

rata había inventado.

Deseó con todas sus fuerzas destrozar la cámara de ese periodista.

Un año tardó en silenciar los demonios para poder dormir por las noches. Ahora, esos demonios volvían a despertar para atormentarlo.

Debido a esos malditos reporteros, lo peor de todo era que ahora el mundo le había asignado un nombre y una cara.

10

El agente de la Científica observó la funda de plástico en la que Rojo había guardado el sobre y las fotografías.

—¿No hay nada que puedas hacer?

—Está complicado, Rojo...

—Haz memoria... —señaló, desesperado—. Seguro que algo quedó fuera del informe...

—Lo siento, Rojo.

—No me jodas, Pérez.

—No me gusta joderte y lo sabes. De verdad que lo siento. Os pensáis que obramos milagros —comentó y ladeó la cabeza, fijándose en las imágenes—. Todo lo que recogimos, quedó representado en el informe que os entregamos. Lo sé porque no parasteis hasta dejarnos tranquilos.

—No te cuesta nada echar un ojo.

—¿Qué buscas?

—La huella de una bota.

Pérez negó con la cabeza, como si recordara que no había nada similar entre las pruebas.

—Gracias por tu ayuda —dijo, desdeñoso, con afán de marcharse.

—Por cierto, no sé si te has enterado.

—¿De qué?

—Esa periodista de la tele. No dice cosas buenas de ti.

—Carla Moliner no me quita el sueño.

—Bueno, yo te lo digo... —respondió y el inspector lo miró de lado—. Ya sabes... Si se pone a buscar, tal vez, encuentre...

—No va a encontrar nada, Pérez. Nada —dijo y cerró la puerta.

***

Al cabo de cuarenta y cinco minutos, Rojo irrumpió en el despacho del comisario.

—Aquí me tienes.

—Te dije que los trataras bien —reprochó—. ¿Dónde aprendiste modales?

—En el bar —respondió con sorna—. Los traté como se merecen. Fui educado, pero esa garrapata quiere hasta la última gota de sangre.

—Joder, Rojo. Te callas y aguantas el orgullo. No es tan difícil —respondió y el inspector le puso la funda delante de los ojos. Maruenda la miró fijamente, extrañado—. ¿Qué cojones me traes?

—Me ha llegado esta mañana. El sargento insiste.

—¿Te ha salido un admirador?

—Quiere que colabore. Respecto a lo otro, podría denunciar a esa imbécil por difamarme.

—Cálmate, ¿quieres? Tarde o temprano, esto iba a pasar. La ciudad necesita héroes. Es mejor así.

—Está cuestionando mi investigación. Un caso que prefiero dejar cerrado. Hay tres familias que tienen que soportar que sus hijas estén en la televisión todo el día.

—Eso también iba a pasar.

—Te recuerdo que fui yo quien tuvo que darles la noticia.

—Yo, mí, me... —respondió, cansado de escuchar las quejas—. Para bien o para mal, decidiste coger el caso y dar la cara. Es tu trabajo, pero no me llores en público.

—Creo que no me he explicado bien —contestó Rojo, frotándose la barba áspera del mentón —. Si te dije que no deseaba que mi nombre se hiciera público, era por algo. Primero por mi familia, después por mi trabajo y también para evitar esto.

El comisario suspiró hacia arriba, buscando una solución al problema.

—¿Qué quieres que haga, Rojo? ¿Debería ordenar que se despidiera a esa mujer? Porque puedo hacerlo. Sólo tengo que levantar el teléfono. Dilo y lo solucionamos en un minuto, si es lo que te preocupa...

Rojo observó el aparato y reflexionó unos segundos sobre la oferta. Era tentadora, pero esa no era la cuestión. Hacerle la vida imposible a alguien no era su trabajo. Ya era suficiente con los problemas diarios como para andar pisando hormigas. Por otro lado, tampoco le interesaba deberle un favor al comisario. Las deudas se amontonaban y, cuando menos lo esperase, terminaría pidiendo algo a cambio, como si fuera una entidad bancaria.

Finalmente, rechazó la proposición.

—Es igual.

—Perfecto. Asunto zanjado —dijo y se recostó en el asiento—. Otra cosa... ¿Qué te contó Maqueda?

—Nada relevante. La chica era del pueblo y, al parecer, iba y venía. El exnovio menudea con droga y no lleva muy bien los celos. Por último, el pueblo asocia lo que ha pasado con lo del carnicero.

El comisario escuchaba atento.

—¿Crees que puedes ayudar en este caso?

—La UCO no me necesita. El sargento se las puede arreglar sin mí. Todos lo conocen. Seguro que ha sido un ajuste de cuentas.

—El sargento no opina lo mismo.

—Maqueda está buscando respuestas rápidas para solucionar el caso antes de que llegue el verano y las fiestas del pueblo. Esto es lo que le inquieta, pero dudo mucho que exista una relación con mi investigación.

—¿Un imitador?

—No, no es un copy-cat —respondió, haciendo énfasis en el anglicismo con recochineo—. Es una excusa para desviar la atención.

—¿Por qué eres tan terco?

—No lo soy. Te digo que no hay un patrón.

—Después de un año, ¿piensas que me limité a darte la enhorabuena y seguir con mi vida? —preguntó y se puso en pie. Su presencia imponía respeto—. ¿Que no me molesté en informarme del contenido del disco duro del ordenador de ese chico?

—Comisario...

—Te equivocas conmigo, Rojo —espetó, sin dejarle hablar—. Antes de llegar a mi lugar, fui como tú... y uno de los mejores en mi campo. Recuerda que soy tu superior y me entero de todo lo que sucede en esta comisaría, así como también procuro informarme del historial de quienes trabajan conmigo.

—Aceptaste mi traslado.

—Y también tu pasado, pero eso no convierte tu historial en una página en blanco.

Rojo lo miró con desafío, sospechando que quizá estuviera mintiendo. No iba a seguir con la discusión. No tenía interés en saber a dónde llegaba.

—Que se encargue Madrid.

—¿Qué? —preguntó el superior, confundido.

—Lo de Pinoso, que se encargue alguien de la capital.

—No me puedes hacer esto.

—No podemos ganar todos los partidos —dijo y vació los pulmones—. No me siento preparado para repetir otro calvario como ese.

Las noticias no eran bien recibidas.

—Me decepcionas, Rojo...

—Quizá sea el momento de tomarme esa excedencia tan merecida.

—Te estoy pidiendo un favor personal —remarcó, mostrando su vulnerabilidad. Eso lo cambiaba todo—. A cambio, prometo ser justo.

—Si acepto, tabula rasa.

—Tabula rasa, pero si la prensa se entera de Gutiérrez, de lo que pasó en Cartagena, terminará dando contigo.

—Tabula rasa significa rasa del todo...

Maruenda lo observó comprometido y Rojo alzó la barbilla, altivo. Le estaba haciendo una apuesta final para que eliminara la mancha de su carrera.

—No me falles, Rojo.

11

Caminó con paso firme hacia las escaleras. Los otros agentes lo miraban pasar en silencio. Estaba irritado por la conversación que había tenido, aunque sabía que se relajaría con un buen trago. No importaba que fuera mediodía, pues siempre había tiempo para un carajillo.

Ese era su problema, pensó. No sabía hacer otra cosa que solucionar problemas ajenos, aunque nunca tuviera tiempo para los suyos. Creyó que unos días fuera de la comisaría le vendrían bien. Desconectar de la ciudad, del entorno, de la prensa, de todos, al fin y al cabo.

—¡Rojo! —exclamó Robles, llamándolo—. ¡Rojo!

Se detuvo en seco y después giró la cabeza lentamente hacia él.

—¿Qué?

—Una llamada, es para ti...

—Dile que no estoy.

—Insiste. Es la tercera vez que llama.

—Ya me has oído. No estoy, ni estaré los próximos días —respondió con frialdad y dio un paso adelante.

—Rojo, es un sargento de la Guardia Civil de Pinoso. Parece importante.

Miró a Robles, que se explicaba con más preocupación de la que él sentía por aquel asunto. Después señaló al teléfono de un escritorio.

—Pásamelo aquí —le ordenó y el subinspector desvió la llamada—. Rojo al habla.

—Inspector, soy Maqueda.

—No aceptará un no por respuesta, ¿verdad?

—Esta mañana ha aparecido el cadáver de otra chica del pueblo.

—¿Edad?

—Veintidós años.

—¿En qué estado?

—Muestra evidentes señales de tortura y ha sido degollada con un arma de hendidura ancha. La forense estima que murió durante la madrugada.

—¿La violaron?

—Parece que no.

—¿Alguna marca determinada?

El sargento suspiró.

—Sí... Esta vez, el dibujo se ha llevado parte del tejido.

—Dios... —lamentó, imaginando la escena del crimen—. Por lo que más quiera, no hable con la prensa en este momento. Esto sólo agravará la situación.

—¿La prensa? Es tarde para eso, inspector. El pueblo está conmocionado y descontrolado.

Rojo se quedó en silencio durante unos segundos.

—¿Continúa creyendo que no está relacionado con su caso?

La pregunta llegó a sus oídos a través del altavoz, pero era incapaz de asimilarla. Algo en su interior le decía que debía ir a ese pueblo.

—¿Rojo, está ahí?

No iba a pedir que reabrieran el caso, pues ahora la investigación era de la UCO. No obstante, se sentía obligado a participar en él. Sus principales temores se cumplieron: Miguel Díaz no actuó solo, tal y como había sospechado un año antes.

Una teoría que jamás pudo demostrar.

—Salgo para Pinoso. Estaré allí en una hora.

12

Un año antes.

Una semana después de la muerte de Miguel Díaz, el carnicero de Monóvar.

Rojo y Robles, uno a cada lado del escritorio, observaban atentamente lo que el subinspector Castro quería mostrarles. Castro, quince años menor que Rojo, con gafas de alambre y el cabello tieso y brillante por la gomina, como si fuera regaliz, era el responsable del departamento de Informática Forense, que se encargaba de los delitos tecnológicos.

Frente a él, encima del escritorio, estaba el ordenador portátil Lenovo de color negro que habían sustraído del domicilio de la familia del asesino.

—No podéis imaginar lo que he tenido que hacer para que este aparato funcione de nuevo —explicó, sin tocar el aparato, moviendo las manos por encima—. Pura magia, compañeros.

—Al grano, Castro. ¿Has podido ver lo que hay dentro?

El experto en informática frunció el ceño y miró al inspector desde la silla giratoria en la que estaba sentado.

—Ese psicópata tomó precauciones y sumergió el ordenador en agua —respondió—. He tenido que darle un baño con un spray especial y meterlo en el horno, a cincuenta grados, para que arrancara.

—¿Y cómo te han quedado los espaguetis, gratinados? —preguntó Rojo, burlándose de él. Para el inspector, Castro era lo que muchos consideraban un «friki». Pero uno muy útil para el Cuerpo—. No te lo tomes en serio. Has hecho un buen trabajo.

Castro movió los dedos y comprobó que la pantalla se encendía correctamente. Después vio su reflejo en el cristal, orgulloso de lo que había conseguido.

—Por si fuera poco, tenía el disco duro encriptado...

—No empieces con los tecnicismos —interrumpió el inspector y le puso una mano en el hombro—. ¿Qué has encontrado?

—Muchas cosas, Rojo. Y muy malas.

—Te escucho.

—Como quieras... —dijo y abrió una carpeta con imágenes. En ella había fotografías de tatuajes. Castro le mostró los archivos, uno a uno. Los tatuajes eran reproducciones del famoso hexágono sagrado. En el interior había una circunferencia con un triángulo isósceles en el interior. Los tatuajes habían sido dibujados sobre piel de algún animal, que parecía similar a la humana—. Son muestras con tinta. Las líneas moradas son las del calco. Las negras, las que deja la inyección de tinta.

—Eso es piel porcina —agregó Robles y los otros dos lo miraron—. ¿Qué pasa? Hace años salí con una chica que quería ser tatuadora. Me contó que usaba piel de cerdo para practicar.

—¿Te dejaste tatuar una mariposa en el culo? —preguntó Rojo y Castro se rio. A Robles no le hizo gracia el comentario—. Por lo que parece, Díaz no era muy hábil con el cuchillo o tenía prisa por terminar.

—He encontrado varios logs de IRC en una carpeta oculta y también encriptada. Me ha costado romper la contraseña.

—Por favor, no me hables en arameo...

—Los logs son registros, historiales... IRC es un protocolo que sirve para chatear en vivo, a través de un servidor. Fueron muy populares hasta finales de 2000. Después, con la llegada de los servicios de mensajería privada...

—Se convirtió en un agujero de pedofilia —sentenció Robles.

Rojo lo miró sorprendido.

—Así es —afirmó Castro—. No sé, me resulta, cuando menos, intrigante que un chico como ese, sin estudios, sin aparentes intereses por la tecnología, con un trabajo común, hubiese llegado a una sala de IRC a través de la red profunda...

—Collons...

—¿Qué ocurre?

—¿Sabes por qué estás soltero, Castro? —le preguntó Rojo y este negó con la cabeza. No esperaba tal pregunta—. Porque no hay dios que te entienda cuando hablas... Por suerte, esto sí que lo he entendido.

El especialista puso los ojos en blanco.

—Me alivia escuchar eso, inspector.

—¿Qué indican esos registros? ¿De qué hablan?

—No lo sé, Rojo... Son miles de ellos. No he tenido tiempo para leerlos todos.

—¿Puedes hacer una búsqueda por palabras?

—Por supuesto. Son documentos de texto simple.

—Estupendo... —dijo y se rascó la mandíbula—. Envíame todo lo que encuentres relacionado con los términos «hexágono», «metratón» y Satán. Mándamelo a mi correo.

—¿Y dices que soy el que habla raro?

—Sí.

—Ya...

—Otra cosa, ¿has encontrado vídeos o contenido sensible?

—No, eso es todo —respondió, encogiéndose de hombros—, sin contar con las páginas habituales de compra en línea y los diarios de noticias. No hay material sexual ni archivos ilegales, más allá de las películas que había descargado.

—¿Redes sociales?

—Un perfil de Facebook sin fotografía y en desuso.

—¿Espió a alguna de las chicas antes de matarlas? Tal hubiera alguna relación previa con ellas...

—Nada. Si la hubo, eliminó el rastro como un profesional. Y mira que lo he intentado todo...

Rojo exhaló profundamente y puso los brazos en jarra.

No había más remedio que esperar a que Castro le enviara esos archivos.

Después se dirigió al subinspector.

—¿Qué piensas, Robles?

—Que me vendría bien tomar un poco el aire.

—Nos vendrá bien a los dos.

—Sí, es una buena idea —dijo Castro, mirándolos por encima de las monturas—. Un poco de aire, ayudará...

Pero Rojo le señaló el portátil.

—Encuentra eso y envíamelo. Luego, si quieres, sales.

—Por supuesto, inspector.

13

La llamada disipó las últimas dudas que le quedaban sobre el asunto. Dudas disfrazadas de remordimientos, de una negativa ante la realidad. No necesitaba más pruebas para aceptar que el asesino había vuelto a matar. Se cuestionó si la causa fuese la sed de sangre o, simplemente, finalizar el capítulo que el muchacho de Monóvar había sido incapaz de completar.

Pero esa mañana, todas las piezas del puzle encajaron: el sobre, las fotografías, la nota y el cadáver de esa chica. No podía ignorar más la llamada, si no quería que la sangre corriera por su cuenta.

Maqueda le envió la ubicación exacta del lugar en el que habían hallado el cuerpo de la segunda víctima. Se reunirían allí directamente, para evitar el tumulto de la gente y la confrontación de los habitantes.

Al pasar por un cruce sin visibilidad que conectaba con una pendiente de asfalto, divisó una larga y amplia carretera de doble sentido, rodeada de montaña árida y claro contraste en el color del asfalto. Un cartel le indicaba que entraba en la Región de Murcia. Cruzó la frontera invisible, recordando las palabras del gendarme y siguió las indicaciones del navegador, lo que lo llevó a recorrer carreteras en mal estado, llenas de curvas y rodeadas de grandes extensiones de terreno cultivado, con los almendros abiertos, esperando la cosecha. A lo lejos, observó al mismo pastor con el que se había cruzado un día antes, con el aspecto zarrapastroso y la piel quemada por el sol, caminando con calma, dirigiendo el rebaño de cabras y acompañado de dos perros. Tocó el claxon y este le saludó. Era la forma de relacionarse en los ambientes rurales, de no llamar la atención, aunque ya fuera tarde.

Pasados unos minutos, entró por un camino de tierra y perdió la señal del teléfono. Reconoció el Nissan Patrol del sargento, acompañado de otro vehículo parecido de la Guardia Civil, algo más moderno.

Rojo aminoró hasta detenerse frente a los coches. Un cordón cercaba la escena, en la que aún se podía apreciar la sangre de la víctima.

Los dos hombres dejaron de hablar y se quedaron en silencio.

—Sargento —dijo, saludando al guardia civil. A continuación, se acercó y le dio la mano.

—Inspector Rojo, le presento al sargento primero Requena. Está al mando de la casa cuartel de Jumilla —explicó Maqueda, haciendo las presentaciones. Rojo le saludó y estrecharon las manos. El hombre le examinó fijamente. A diferencia del guardia civil, se mostraba más reservado en expresar sus emociones.

—Su cara me suena... —dijo, asintiendo con la cabeza, como si recordara algo—. Usted es el inspector que llevó el caso de esas chicas de Monóvar, ¿cierto?

Rojo notó el retintín en su voz, como si se tratara más de una burla que de un elogio.

—No eran de Monóvar, sino de Alicante. El asesino vivía en Monóvar, que es diferente.

—Bueno, p'al caso... ¿Qué pinta en esto la policía, sargento? —preguntó, concluyendo con el inspector y dirigiéndose al subordinado—. Pensaba que la UCO lo tenía controlado.

Maqueda era más joven y tenía menos galones, pero eso no lo convertía en inexperto. Debido a su expresión, Rojo notó que no había sido una buena idea acudir allí, aunque el otro se lo hubiese solicitado.

—La UCO lo tiene controlado, sargento... —espetó, sin buscar la confrontación—. Rojo es un policía experto y dedicó mucho tiempo en resolver el caso de ese muchacho. Nos puede ayudar a evitar más desgracias.

—Sí, ya lo creo. Tan experimentado que el asesino consiguió pegarse un tiro —respondió y miró al inspector. Rojo seguía con las gafas de sol puestas, por lo que el otro no podía observar el desprecio con el que lo miraba. Entonces, el sargento primero pareció bromear—. No se ponga así, hombre... Lo importante es que ya no volverá a pisar la calle.

—Así es.

—Además, ¿a quién le importa si fue así o no cómo terminó el asunto? Las familias recibieron el descanso y fin del asunto.

Por alguna razón, nadie creía la versión oficial de los hechos, a pesar de las declaraciones de los testigos y de las inconsistencias que presentaba una teoría diferente.

—Si tiene alguna objeción, vaya a comisaría... —dijo, buscando el paquete de tabaco. Sacó un cigarrillo aplastado y luego lo encendió. La primera bocanada de humo fue directa al sargento —. Pero no perdamos más el tiempo.

Requena lo observó, como un arquero antes de soltar la flecha.

—Rojo, ¿eh?

—Sí.

—Conozco a Maruenda, su superior.

—En ese caso, todo queda en familia.

Requena dio un respingo estirando el bigote y se dirigió al sargento Maqueda.

—Somos la Guardia Civil, sargento. Entenderá lo que digo.

—Por supuesto.

—Muy bien. Suerte con esa chica —contestó, se puso la gorra y pasó por delante de Rojo—. Adiós, inspector. Suerte para usted también.

Subió al todoterreno y tomó el camino de acceso a la carretera secundaria.

La expresión de Maqueda era un poema. El superior pronunció una declaración llena de amenazas implícitas, aunque su responsabilidad fuera otra. Mientras tanto, a Rojo no le producía el más mínimo temor, por mucho rango que tuviera. Su único miedo estaba escrito en unos documentos confidenciales que Maruenda se encargaría pronto de quemar. Por lo demás, estaba allí por otra razón más importante, que le afectaba directamente. El caso era tan complicado que debía ponerse a trabajar en él antes de que el asesino se cobrara otra víctima o el propio caso se le fuera de las manos.

—Bueno, ¿qué? ¿Empezamos?

14

El sargento le explicó que el aviso lo había dado el guardia forestal que vigila la Sierra de la Pila. Parecía que bajaba del puesto de vigilancia para acercarse al pueblo, antes del alba, cuando oyó el ruido del motor de un vehículo. A esas horas tan tempranas, no era habitual el tránsito de montañistas ni de senderistas. Y menos aún durante la semana laboral. Se sorprendió aún más cuando el vehículo salió por el sendero que conducía a la entrada de la ruta y vio el cuerpo sin vida de una chica joven, con el rostro magullado y con claros signos de tortura en las muñecas y en el torso. Se horrorizó al ver lo que le habían hecho.

—La abandonaron moribunda... —señaló Maqueda, frente a las manchas de sangre que se veían sobre una piedra de gran tamaño—. Al dejarla, debieron de darle un golpe y empezó a sangrar por la cabeza.

Rojo pegó un vistazo al terreno. No era fácil encontrar huellas, ya que el suelo estaba cubierto de plantas y de ramas secas, pero Maqueda se había adelantado a él y le mostró el teléfono móvil.

—El vehículo utilizado era una furgoneta antigua —le mostró con una fotografía de la marca de un neumático fino con rayas en el centro—. Por la forma, es probable que sea de una Citroën C-15 o de una Renault Express. Son habituales en las zonas rurales.

—Una pieza de colección.

—España está llena de ellas. Son económicas, resistentes, los desguaces siempre tienen piezas de repuesto y la mayoría no han pasado la inspección anual.

—¿Me está diciendo que no será fácil hacer una lista de los dueños de estos modelos?

—Le estoy explicando que no tenemos tiempo para eso.

—¿Y para qué estoy aquí?

Maqueda le mostró una segunda foto.

—Otra suela. Esta vez hemos tenido suerte de que no se borrara de la tierra. La brisa más suave se la hubiese llevado.

—¿Coincide con la anterior?

—Sí, aunque el pie parece más pequeño.

Rojo sonrió.

—¿Lo sabía?

—¿El qué? —preguntó extrañado el gendarme y guardó el teléfono en el bolsillo—. ¿Qué debía saber?

—Que eran dos.

—Se lo dije. Lo intuía.

Rojo apretó los labios y apartó la mirada por unos segundos.

—Es usted bueno, Maqueda.

—No sé de qué se sorprende. Tenía mis sospechas de que así era.

—¿Quién era la joven? ¿Conocía a Claudia Berenguer?

El sargento negó con la cabeza.

—Jimena Ortiz vivía en Pinoso, aunque no era de allí. Era colombiana y trabajaba en una pollería. Puede que la conociera, pero no hay una conexión aparente.

—Supongo que, por la edad... ¿Y al exnovio?

—No, que yo sepa. De vista, tal vez.

—En el pueblo se conocen todos. Usted lo dijo.

—Le hablo en serio. No existe una relación aparente.

—¿Qué hay de él? ¿Sigue por aquí?

—Sí. Lo interrogaremos más tarde. Tenemos los cadáveres de dos chicas jóvenes, de edades similares, sin relación alguna.

—Y en dos días seguidos... No está mal para empezar la semana.

—¿Tenemos ya un patrón, inspector?

—Si se refiere a Díaz...

—Sí.

—Verá, no creo que eligiera las víctimas al azar, pero se aseguraba de que estas no tuvieran vínculos. Era un modo de hacernos perder más el tiempo.

—Entonces hablamos de un patrón.

—Puede ser... Como quiera, pero no debemos confiarnos. ¿Qué más sabemos de ella?

—Se lo explicaré más tarde.

—Hay algo más... Contamos con un sospechoso, aunque me temo que es inocente.

—¿Lo han detenido?

—No será necesario.

—Me desconcierta la contradicción que muestra Maqueda.

—Será mejor que lo conozca en persona. Le aseguro que saldrá de dudas.

15

La mañana avanzaba lentamente para el inspector. Era como si las agujas del reloj avanzaran más lento de lo habitual. Regresaron al puesto de la Guardia Civil de Pinoso y el sargento se apresuró a llamar por teléfono para que el misterioso sospechoso acudiera allí.

—Es una persona peculiar. No quiero levantar ningún tipo de polvareda.

—¿Desde cuándo importa eso? Estamos investigando el asesinato de dos chicas...

Maqueda resopló.

—Esto es un pueblo, Rojo. Hay que imponer respeto, pero también ser respetuoso con quienes lo habitan.

—Claro.

—Digamos que el chico es un poco corto de entendederas.

—Sospecha del tonto del pueblo.

—Yo no he dicho tal cosa. —Oyeron el motor de un vehículo que se aproximaba a la entrada de la casa cuartel. Rojo se asomó por la ventana y vio el coche patrulla de la Policía Municipal. Un policía enorme salió del interior, vestido de uniforme y con dificultad para andar.

—Ahora entiendo —comentó con una sonrisa perversa.

Maqueda dio un suspiro e ignoró el comentario.

Del lado del copiloto salió un muchacho delgado y alto como un árbol. Llevaba una camiseta de tirantes, pantalones cortos y unas zapatillas deportivas usadas. Su corte de pelo, sin ninguna clase de personalidad, decía mucho de él. Por los andares, jamás habría reconocido sus limitaciones mentales, aunque reconoció que tenía una manera extraña de moverse. El tamaño de sus extremidades lo hacía parecer un espantapájaros de goma.

El agente municipal tocó al timbre y Maqueda abrió la puerta mecánica desde la oficina. Después la pareja entró y se presentó en la puerta.

—Buenos días, sargento —saludó el policía que acompañaba al muchacho—. Aquí tiene lo que me ha pedido.

Debido a su expresión de inquietud y seriedad, Rojo intuyó que existía un vínculo protector con ese chaval. No le sorprendió tampoco. Lo más probable era que sus familias estuvieran unidas por alguna razón.

—Gracias, Jonás —dijo el sargento y le presentó al policía—. Este es el inspector Rojo, de la Brigada de Homicidios de Alicante.

—Un placer —manifestó el agente, sujetando la gorra y mirándolo con un tono de preocupación en sus ojos—. Sé quién es usted. Lo he visto en la tele.

—Espero que fuera por un buen motivo —comentó con sarcasmo, pero el chiste cayó en saco roto.

—¿Está aquí por lo de las chicas?

—Está aquí de visita, Jonás, y se acabaron las preguntas —sentenció Maqueda, sacando un lado firme que Rojo aún no había descubierto—. Te llamaré cuando hayamos acabado. Gracias por el servicio.

—A usted, sargento. Fins ara.

El municipal salió de la casa y, sin mirar atrás, subió al coche y se perdió por el paseo. En silencio, el chico esperaba allí, quieto, junto a la puerta, desde que había entrado, sin decir palabra, mirando hacia el fondo de la sala, donde se encontraba una silla y una habitación contigua.

—¿Qué hay, Miquel? —preguntó el gendarme, acercándose a él como si fuera más joven de lo que aparentaba—. ¿Todo en orden?

Entonces, el muchacho pareció despertarse de repente, como si hubiese estado hipnotizado hasta el momento.

«No me jodas que este nos va a decir quién es el asesino», pensó Rojo, mirándolo con curiosidad.

—Sí, sargento. Todo bien —dijo girando la cabeza hacia él para contemplarlo con una mirada siniestra. Sin embargo, para Rojo, el tono de su voz era de lo más suave y educada—. ¿Por qué estoy aquí? ¿He hecho algo malo?

—En absoluto, Miquel —aclaró para que se relajara y le señaló al compañero—. El inspector Rojo y yo queremos hablar contigo. Puede que tu información sea muy válida para una investigación en la que trabajamos.

El muchacho giró la cabeza hacia Rojo y lo miró desde arriba. Su apariencia era intrigante, pero su languidez física lo convertía en un objeto de burla.

—Sé que está aquí por la muerte de Claudia y de Jimena —contestó y sonrió, dejando a la pareja desconcertada—. A Jonás le podéis engañar, pero a mí no... Je, je... No soy tan tonto. Le he visto en la televisión. Es usted un héroe nacional.

—Supongo que no paso desapercibido —respondió Rojo, alzando las cejas y sintiendo que hablar con él era una pérdida de tiempo—. En fin, responde a las preguntas y te podrás ir.

De pronto, su expresión cambió por completo.

—Claudia era mi amiga, sargento. Jamás le haría daño.

Al oír eso, Rojo lo observó sorprendido.

Después, bajó la vista y le dio un repaso completo, hasta que llegó a las manos. En la diestra, entre el índice y el pulgar, reconoció un tatuaje que lo dejó helado.

Tenía la forma de un hexágono con un pequeño triángulo en su interior.

—Será mejor que nos lo expliques dentro —dijo el sargento, sujetándolo del brazo y llevándolo hacia la sala que había en el fondo. Después se giró para mirar al compañero—. ¿Nos acompaña?

—Sí, claro... —contestó y tragó con dificultad.

De repente, comenzó a sentir un mal augurio de todo aquello.

Después de un año, volvía a ver ese tatuaje.

Si cruzaba esa puerta, encontraría las respuestas que no había conseguido averiguar doce meses atrás, pero corría el riesgo de oír una versión que había descartado por completo.

No sabía si estaba preparado para afrontar la verdad.

16

El interrogatorio no requirió ninguna clase de formalidad. El sargento, usando su inteligencia social, le preparó un Cola-Cao con leche caliente y se lo sirvió para que se relajara. Sabía que era la bebida preferida del chico y que tenía totalmente prohibido tomar café. Para ellos dos, se limitó a recalentar el café que había hecho por la mañana y lo sirvió en dos tazas.

Miquel se comportaba como una estatua. Si no le hacían preguntas, no hablaba y tampoco parecía incomodarle el silencio. No le molestaba que lo miraran, pues Rojo supuso que estaría acostumbrado o que, simplemente, no se percataría de ello.

Maqueda colocó una grabadora Sanyo de cintas en el centro de la mesa y pulsó el botón de REC. El aparato encendió un piloto rojo.

—Miquel, vamos a comenzar con las preguntas —comentó, mirándolo desde enfrente. A su lado estaba el policía—. El inspector Rojo y yo seremos quienes las hagamos.

—Ya lo ha dicho antes, sargento.

—Lo sé. Es una formalidad.

—¿Para quién? —preguntó, mirando al techo.

—Es igual... —dijo y carraspeó—. Escucha, si no quieres responder a algo, no te preocupes, no te pongas nervioso. Solo habla de lo que te apetezca, ¿entendido?

—Sí, sargento. Yo sólo quiero ayudar.

Rojo miró hacia un lado. Estaba alucinando por la situación. Él conocía otra forma más efectiva de resolver ese tipo de interrogatorios.

—Nos gustaría que nos hablaras de Claudia Berenguer.

—Era mi amiga.

—Le dijiste al agente Parcela que alguien quería hacerle daño. ¿Es eso cierto?

—Yo no la toqué, se lo juro. Claudia era mi amiga.

—Eso ya lo has dicho, chico —intervino Rojo—. Responde a la pregunta que te ha hecho el sargento.

La falta de tacto e insensibilidad del inspector puso en guardia al interrogado. En ese instante, se percató de que Rojo no era como los otros y el inspector supo que el tonto del pueblo se había acomodado en el papel que le tocaba.

El chico agachó la vista.

—Sí. Es cierto. Se lo conté a Jonás.

—¿Quién quería hacerle daño?

—¿Quién? ¿Quién va a ser...? El Toni.

—¿Y el Toni es...? —preguntó Rojo.

—El exnovio —aclaró Maqueda, mirándolo de reojo—. ¿Cómo lo supiste?

—Me lo contó Claudia. Vino a mí, la noche antes de que la mataran... —explicó, compungido—. Me dijo que tenía que irse del pueblo y que necesitaba dinero o el Toni la iba a matar.

—¿Ir, a dónde?

—No lo sé. No me dijo más. Quería dinero y que no se lo contara a nadie. Pero ya es tarde, ya no importa, ¿no? Claudia está muerta.

El comentario suspendió la conversación por un instante.

—Me habló de un amigo, que le iba a prestar un piso en Murcia, hasta que el Toni la dejara en paz...

—¿Te dijo el nombre del amigo?

—No, nunca... —respondió, aturdido—. Lo conoció en Casablanca y me dijo que le iba a poner un piso en Murcia...

«¿Casablanca, Murcia? ¿Qué sinsentido es este?».

—Eso ya lo has dicho —reprendió Rojo.

El muchacho dejó de hablar.

La última frase produjo un tenso silencio que llenó la sala. La frase del inspector pareció no gustarle al muchacho, que se quedó en silencio y pareció molesto.

Rojo estaba haciendo un esfuerzo por seguir la entrevista, aunque estaba deseando preguntar cómo se había hecho ese tatuaje.

—Por casualidad, ¿tomas alguna medicación? —le preguntó al notar su extraño comportamiento.

El joven siguió callado por unos instantes y lo miró de nuevo, con desdén. Él reconoció esa mirada. La había visto tantas veces en otras personas que ya no le sorprendía.

—Tengo problemas de ansiedad, me estreso con facilidad. La medicación me ayuda mucho. Mi madre dice que soy más persona.

—Entiendo que vives con tus padres.

—Sí.

—¿A qué se dedican?

Maqueda carraspeó, para no desviar el tema principal de la entrevista y le hizo un gesto con el índice en el aire, indicándole que le contaría todo más tarde.

—Por favor, Miquel, sigue con lo de Antonio. ¿Qué más sabes?

—Él estaba celoso, eso me dijo ella. Me pidió que la protegiera, que le guardara el secreto.

—¿Qué secreto?

—Es un secreto, sargento. No lo puedo contar. Hice una promesa.

—Pero Claudia está muerta, ya es tarde, ya no importa... tú lo has dicho.

—Ya, pero no es lo mismo.

—Chico... —dijo Rojo, comenzando a ponerse nervioso.

—Eso es todo lo que sé, de verdad.

—Pare la cinta, Maqueda.

—Aún no hemos terminado, inspector.

El joven empezó a inquietarse.

Rojo cogió el aparato y detuvo la grabación. El momento de silencio era más tenso que antes.

—No has probado el Cola-Cao —indicó el inspector, que estaba a su lado, mirándolo como el depredador que observa a la presa—. ¿Qué te pasa, estás bien?

Los ojos del muchacho se voltearon hacia los del guardia civil.

—Me está poniendo nervioso. Yo no sé nada más.

—Rojo, por favor...

El inspector dio un fuerte golpe contra el tablero de la mesa, lo que sobresaltó al chico. Sus ojos se cerraron y su rostro cambió de expresión. Rojo le cogió de la mano y lo arrastró hacia él.

—¿Por qué tienes esto? —preguntó, señalando el tatuaje. El joven intentó retirar la mano, pero Rojo la sujetaba con firmeza—. ¡Contesta, collons!

El chico comenzó a temblar de miedo.

—¡Me quiero ir a casa!

—¡Que respondas, joder!

—¡Me está haciendo daño, sargento!

—¡Suéltelo, Rojo!

El inspector se acercó a él.

—Le juro que no sé nada de nada. Me engañaron...

—Voy a ser franco contigo, Miquel... No me toques los cojones y responde, o no te moverás de aquí ni para ir a mear... ¿Por qué tienes tatuado este símbolo en la mano?

—¡No, no! —bramó, haciendo aspavientos—. ¡Yo no quería, pero me obligaron!

Rojo le apretó más la mano.

—Te obligaron... ¿Quiénes?

—¡En la feria!

—¿Quién te obligó a hacerte esto?

—Me dijeron que sería más guay y que nadie...

—¿Quién?

—No recuerdo.

—¡Responde, hostias!

El joven parecía a punto de llorar.

—¡Inspector, suéltelo!

Al final, lo soltó y el sospechoso retiró la mano enrojecida y la escondió. Luego se puso en pie y se alejó hasta la puerta, que estaba cerrada.

—Me quiero ir a casa, sargento, por favor... —suplicó, con los ojos llenos de lágrimas—. No me hagan daño, yo no he hecho nada. Claudia está muerta...

—Sí, Miquel —dijo Maqueda y se acercó al muchacho para acompañarlo a la salida.

A pesar de la actuación, Rojo lo seguía intimidando con la mirada. A lo lejos, oyó como el sargento le pedía que no revelara nada de lo que había sucedido allí dentro, aunque él era consciente de que pronto lo sabría todo el pueblo. Ese muchacho podía ser limitado, pero incluso un perro sabía cómo acudir a su manada.

Un minuto más tarde, el sargento entró enfurecido en la sala y cerró con un portazo. Su mirada estaba llena de odio, como si el policía hubiera echado por tierra el trabajo de mucho tiempo.

—Tenemos que hablar.

—¿Se va a tragar ese cuento?

Tensó la mandíbula y negó con la cabeza.

—Si vamos a colaborar en este caso, debemos establecer una serie de líneas rojas.

—Me gusta que hable claro.

—La primera cuestión es que, en este lugar, las cosas se hacen según lo que yo ordeno.

—La segunda es «nada de órdenes».

—No era necesario alterar al muchacho. Es probable que no vuelva a hablar con nosotros.

—Ese muchacho está acostumbrado a que todos lo tomen por tonto, por eso creo que no valora su inteligencia.

—¿Y usted?

—Cuestiono lo que dice, nada más.

—No vuelva a ponerme en un compromiso.

—Me portaré lo mejor posible.

Maqueda comprobó la hora.

—¿Tiene hambre?

—Tengo sed —respondió, seco. El sargento miró al café que seguía en la taza y entendió a qué se refería.

—Andando... Le llevaré a comer.

17

Salieron del pueblo en dirección sur, hacia la sierra de la Pila, dejando atrás la del Carche. La situación geográfica intrigó al inspector. Una vez más, el paisaje cambiaba de los edificios de ladrillo y cemento a un entorno árido, agrícola y que parecía sacado de una época lejana. La actividad desaparecía, a excepción de los escasos coches con los que se cruzaban por el camino. Las casas continuaban teniendo el mismo aspecto de doscientos años atrás, todas con fachadas grandes y agrietadas, tejados de teja árabe y grandes portones de madera. Todo aquello no habría tenido nada que envidiar a los reportajes idílicos de la Toscana italiana, si no fuera por el estado de deterioro y abandono del entorno. Por la ventanilla observó grandes fincas que, mucho tiempo atrás, comprendió que habrían gozado de esplendor y que ahora eran ruinas abandonadas y sin ningún interés. Al llegar a Rodriguillo, un pequeño caserío cercano al pueblo, siguieron por una carretera secundaria desierta y en muy mal estado.

—¿A dónde me lleva?

—A Casablanca —respondió el gendarme, manejando el volante del Nissan Patrol. Rojo no entendió la respuesta—. Es un restaurante que hay cerca de la autovía que va a Murcia. Los jornaleros y la gente de los pueblos cercanos paran a comer por allí. Puede que nos enteremos de algo.

Rojo empezó a atar cabos de la declaración de Miquel.

—Un amigo, ¿no? —preguntó y Maqueda alzó las cejas—. Me puedo hacer una idea...

—Mire, Rojo, la vida no es igual para todos. Hay cuestiones que están fuera de mi comprensión... y otras por las que prefiero no molestarme en tratar de comprenderlas. Como decía Gasset, «yo soy yo y mis circunstancias».

—Es todo un erudito, sargento.

—Me gusta leer. ¿A usted no?

—Las noticias me dan toda la ficción que necesito.

—Comprendo, es uno de esos —respondió, mientras se mordía el labio inferior, dejando después que el silencio se acomodara en el interior del vehículo.

—¿Le importa que fume?

—Sí, sí me importa —respondió y Rojo no esperaba aquel corte. Entendió que tendría sus razones para ello—. Lo que ha ocurrido en la sala, espero que no se repita. Por muy rural que sea esto, la gente conoce sus derechos. Debemos respetar y vivir en armonía.

En ese momento, pasaron por delante una ermita que estaba situada a un lado de la carretera.

—Si quiere, el domingo podemos ir a misa juntos.

—Si nos ven como el enemigo, no lograremos resolver esto nunca.

—¿Acaso no lo hacen ya?

—¿Es siempre así?

—Así... ¿cómo?

—De amargado —respondió, sin temor a su reacción. Aunque le ofendió el comentario inicial, aquel diálogo hacía que Maqueda empezara a caerle mejor—. Quizá lo que necesita es relajarse...

—Vaya... Aquí llega el sargento de hierro.

—De hierro, no. Todos tenemos sentimientos.

—Las emociones solamente nos hacen más débiles.

—¿Tiene familia?

—Un hijo.

—¿Divorciado?

—Más o menos.

Rojo se sintió más tranquilo cuando, al mirar hacia lejos, vio la entrada a una casa con el mismo aspecto que las anteriores, pero con un cartel de restaurante.

El todoterreno se metió en un camino de tierra y paró en una explanada que servía de aparcamiento. En el muro de una vieja construcción con aspecto de granero, de la que únicamente quedaba la fachada en pie, alguien había pintado con espray una flecha que indicaba que los camiones y los tractores aparcaran en el lado opuesto. El inspector se fijó en los vehículos y en las matrículas. Había de todos los perfiles y algunos tenían matrículas previas a las actuales. Sin lugar a duda, pensó que aquel lugar estaba en medio de la nada y eso era lo que más le sorprendió, ya que no podía comprender qué hacía esa joven frecuentando un bar como ese. Esperó que dentro encontrara un motivo.

—¿Le gusta el arroz? —quiso saber Maqueda, antes de bajar del coche.

—¿Qué pregunta es esa?

—Hay quien prefiere otra cosa.

Rojo se rio.

—La miel no está hecha para la boca del asno —respondió y bajó del coche. Acto seguido, encendió un cigarro y vio a un grupo de hombres con aspecto de jornaleros saliendo del restaurante. Los tipos se quedaron mirándolos, entre risas, silencios y sospecha—. No sé, sargento, pero algo me dice que su uniforme no pasará desapercibido.

Maqueda se acercó a él, encendió su cigarrillo y saludó a los extraños, desde la distancia.

—¿Cree que me afecta?

—Esperaba que me dijera eso.

—En este trabajo hay que andar sin miedo, vayas solo o acompañado. De lo contrario, es mejor dedicarse a otra cosa.

Rojo sopesó las palabras.

—¿Por qué entró en la Guardia Civil?

—Justicia y valores, supongo... ¿Y usted, por qué inspector?

—Por principios...

Maqueda dio una calada y apagó el cigarro en el asfalto.

—¿Y está satisfecho?

Rojo se quedó pensativo unos segundos.
Los hombres subieron a una furgoneta blanca y se alejaron del restaurante.
—No estoy seguro de ello, pero ya no me importa.

18

La presencia de la pareja no pasó desapercibida cuando entraron en el salón del restaurante. El local estaba atiborrado de mesas ocupadas por varones que comían embutidos, quesos, chuletas de cordero y enormes paellas de arroz con conejo. Gritaban y bebían cerveza y vino entre risas y disputas. El ruido era típico de una taberna de carretera y Rojo evocó los viejos tiempos en Cartagena, con su antiguo compañero, cuando pasaban por las ventas que unían la ciudad portuaria con los pueblos de los alrededores. Aquello no era muy diferente, aunque mucho más rural y eso también lo podía convertir en un entorno más hostil. Las únicas mujeres presentes en el lugar trabajaban como camareras, al igual que otros hombres, o bien iban y venían de la cocina. Una de ellas se acercó al sargento para atenderlos.

—Hola, buenas... ¿Para comer?

—Sí, para dos —dijo y ella le hizo un gesto para que la siguieran, cuando un hombre de unos cuarenta años, de pelo oscuro y aspecto de encargado se cruzó en su camino.

—Lo sentimos, pero estamos completamente llenos.

—¿Cómo? —preguntó Maqueda, sorprendido.

La chica no supo qué decir, pero se esforzó por mantener la compostura. Rojo leyó su expresión y supo que algo no estaba bien.

—Lo siento de veras, agente, pero estamos hasta los topes.

Rojo percibió que el deje de su acento era más propio de la Región de Murcia que de Alicante. Observó lo que ocurría en el salón y notó que los comensales lo miraban.

—Pero esa mesa está vacía —señaló el inspector, poniéndolo en un momento comprometido —. Somos dos. Comeremos y nos marcharemos.

—Ya, pero... —balbuceó el empleado.

La mujer se acercó al hombre y le susurró algo al oído que no le agradó. Resignado a no discutir, terminó aceptando lo que ella había dicho.

—Pasen por aquí, por favor —le dijo, asintiendo con la cabeza e indicando al encargado que se olvidara del asunto—. ¿Saben qué van a beber?

Rojo echó un vistazo a la sala.

—Cerveza, para los dos —dijo el sargento, antes de que el inspector pidiera una botella de vino.

—¿Y pa’ comer?

—Una ración de embutidos y quesos y un arroz con conejo para los dos.

Ella tomaba nota y miraba de reojo al inspector. Él notó que le había gustado. Sin embargo, era probable que no volviera por allí.

—Un minutico y les traigo las cervezas.

—Gracias... —dijeron los dos y se miraron con complicidad.

Después, Maqueda hizo un gesto con la cabeza.

—Cómo miraba...

—A usted, por el uniforme.

—Sé reconocer cuando una mujer me mira con deseo, con miedo o con indiferencia. Y también cuando mira al que viene conmigo.

—Es una pena.

—¿Pena?

—Que no vaya a volver por aquí.

El gendarme se rio.

—Nunca diga que de esta agua no beberé. —respondió y Rojo hizo una mueca, sin demostrar demasiada simpatía—. Se ha dado cuenta, ¿verdad?

—¿Sigue hablando de esa camarera?

—No, qué demonios... Me refiero a lo del compañero. Es probable que se hayan enterado del caso de Claudia Berenguer.

—Hay que tenerlos bien gordos para echar a un policía y a un guardia civil de un bar de carretera.

Maqueda frunció el ceño, extrañado por sus palabras.

—No estoy de acuerdo con el abuso de autoridad. Es un delito.

—Nadie ha abusado de nadie, todavía... No le sería difícil obtener una orden y hacer una inspección aquí para que se tranquilicen un poco —respondió, sin ningún tipo de pudor—. Le sorprendería lo que encuentra uno en estos sitios.

—Me gusta llevarme bien con la gente, siempre y cuando no me obliguen a lo contrario, aunque comienzo a comprender que eso no le importa lo más mínimo.

—He visto que ahí fuera hay vehículos ostentosos...

—En esta región viven personas con mucho dinero. Las apariencias, en realidad no significan nada.

—Peor me lo pone. Dinero, discreción y un restaurante en un lugar apartado. No es necesario ser un genio para entender lo que sucede aquí...

—¿Lo dice por lo que ha contado Miquel?

—Ese es otro tema... Sigo teniendo mis dudas de que el tonto lo sea tanto como aparenta...

—¿Cree que podría haberlo hecho él?

La pregunta lo descolocó.

Las dos cervezas llegaron a la mesa. La camarera sirvió primero a Maqueda, dejando una copa helada sobre la mesa y un botellín de Estrella Levante. Después hizo lo mismo con Rojo y este alzó la mirada para encontrarse con ella. Los ojos del inspector le hicieron sonreír y él percibió cómo le temblaba la sonrisa.

Cuando se fue, Maqueda dio un suave silbido.

—No me falla la intuición.

—Puede que ella nos cuente más que esos que están ahí.

—No tengo ninguna duda, aunque todavía no me ha respondido a la pregunta que le he hecho.

Rojo llenó la copa mientras reflexionaba la respuesta. Luego la alzó para brindar con el compañero.

—Salud —dijo y, a continuación, dieron un largo sorbo que alivió la sed que arrastraban desde la casa cuartel—. Bendita cerveza.

—Es usted un maestro evadiendo interrogantes.

El inspector dio un chasquido con la lengua y tocó la botella.

—¿Sinceramente? No lo sé, sargento —respondió, finalmente—. No me creo lo del tatuaje. Me cuesta. Por eso, no creo que diga la verdad, pero tampoco lo veo capaz de...

—Cometer un asesinato tan siniestro.

—No, de idear algo tan complejo. Para ello, es necesario tener sangre fría y ese chico puede ser un perturbado, pero estoy convencido de que pierde el control.

—Existe una explicación. Yo conozco la historia.

Rojo resopló, adelantándose a lo que iba a decirle.

El embutido aterrizó en la mesa y él cogió un trozo de longaniza.

—Supongo que se la ha contado él y por eso lo trata así...

—Se equivoca. Él nunca me contó nada —contestó, con un gesto de molestia en su forma de hablar—. Es un suceso que tuvo lugar hace dos veranos y conozco la historia porque vi lo que sucedió.

19

Mientras disfrutaban de la comida, el inspector escuchaba atentamente el relato del guardia civil. Era verano, a principios de agosto, casi dos años atrás, como había mencionado Maqueda antes de empezar. Las fiestas de Pinoso eran la gran atracción estival del pueblo y también la de los alrededores. Las calles se animaban, los bares se llenaban de gente a todas horas y el ambiente era más festivo de lo habitual. Durante el día, se celebraban diferentes actos públicos. Por la tarde, la tradición conducía a la población al badén, en el que soltaban a una vaquilla que perseguía a los más atrevidos. Al caer el sol, la feria iluminaba el paseo y las calles principales del centro, con sus tiros al globo, las nubes rosas de azúcar, los coches de choque, el toro mecánico o los conciertos que se celebraban en el parque municipal. Los jóvenes de las pandillas andaban de un lado a otro, mientras que los adultos bebían en los bares que rodeaban el mercado de abastos, para calentarse antes de meterse en las barracas hasta la madrugada. Durante esos días, los municipales tenían más trabajo de lo habitual. Aunque todos se conocían, siempre había una trifulca que se podía sofocar con rapidez o una redada en la que detenían a un par de camellos vendiendo éxtasis y hachís. En definitiva, nada que no sucediera en otro pueblo como aquel, en cualquier punto del país.

Sin embargo, la noche del dos de agosto fue particularmente especial.

—La habían tomado con el chico desde hacía tiempo. Su madre había venido a verme —explicó, lamentando lo que estaba a punto de decir—. Miquel había cumplido dieciocho años recientemente, por lo que ya podía beber alcohol y hacer cosas de adultos.

—Intuyo que lo utilizaban para conseguir bebida.

—En parte, así era —respondió—. El muchacho no es muy listo y, en un pueblo como este, es importante encajar. Eso, o eres un raro.

—Por mucho que encajara, iba a seguir siendo un raro. ¿Qué pasó esa noche?

—Lo emborracharon como una cuba —explicó con voz seria—. Por supuesto, él no se resistió. Por un día, se sentía como uno más. De hecho, parecía divertirse con ello... hasta que perdió el control de sí mismo. A partir de ahí, llegaron los problemas.

—¿Perdió el control?

—A las seis de la mañana, cuando todo estaba cerrando y, finalmente, podía dormir en silencio, recibí una llamada a la casa cuartel —dijo, recordándolo con nitidez—. Ni siquiera me percaté cuando oí la voz entrecortada de aquella mujer. Me vestí, subí al vehículo y me dirigí a la casa de Miquel... Allí estaba el chico, beodo, con los ojos inyectados en sangre y la mano llena de sangre seca.

—Así, ¿sin más?

Maqueda se encogió de hombros.

—Olía a alcohol y a hierba. Lo subí al Patrol y lo trasladé al hospital de Elda, que es el más cercano, para que le realizaran un análisis de sangre para determinar lo que tenía en el cuerpo y, de paso, que le hicieran un lavado de estómago.

—Una situación delicada, supongo...

—No lo puede imaginar. Me sentí, en cierto modo, responsable de que eso ocurriera.

—¿Le dijo quién lo hizo?

—No, no recordaba nada. Se aprovecharon de él, sabiendo que estaba borracho y lo drogaron antes de tatuarle el símbolo en la mano. Al menos, no experimentó dolor, debido a la cogorza que llevaba encima.

—De ahí que ahora esté bajo tratamiento...

—¿Se hace una idea del trauma que sufre? Ni siquiera es capaz de asimilar lo que le pasó. Por eso, ahora está así.

—No somos Teresa de Calcuta.

—Lo sé, pero tampoco puedo permitir que el episodio se olvide.

Llegados a ese momento de la conversación, la paella estaba en el centro de la mesa, pero apenas quedaba arroz. El inspector había apreciado la comida, pero su estómago hacía la digestión lentamente, lo que le impedía pensar con nitidez.

—Comprendo... ¿Por qué ha dicho esta mañana que es sospechoso?

—Esa chica, Claudia Berenguer, la primera víctima... Estuvo con él esa misma noche.

—La novia del tal Antonio.

—La misma —confirmó y dio un trago a la cerveza—. Mi compañero y yo tomamos declaración a un grupo de amigos con los que Miquel había estado. Como era previsible, se habían puesto de acuerdo para decir mentiras... No podía soportar ver a los padres cada día y no hacer nada para ayudarles, aunque fuera consciente de que no íbamos a encontrar la verdad. Abrimos una investigación, los interrogamos a todos y llegamos a presionar a algunos para que confesaran, pero era como si nadie hubiese estado con él después de las dos de la madrugada.

—¿Dónde estaban?

—La última vez que lo vieron, fue en Tongoka, una barraca en la que terminaban la noche. El chico, borracho, desapareció y nadie más lo volvió a ver hasta el día siguiente.

—¿Cuándo sucedió lo del tatuaje?

—Más tarde.

—Supongo que también forma parte de la mentira que acordaron.

—No, del todo... Si hubiese tenido la mano en ese estado, tal y como la vi cuando fui a la casa de la familia, alguien se habría dado cuenta. La camarera de la discoteca reconoció su expresión y el estado en el que se encontraba y nos comentó que intentó pedir una copa, pero no se la sirvió. Le dio una botella de agua. En su mano, aún no estaba el tatuaje.

—A ver, que me aclare... —dijo Rojo, rascándose la cabeza e intentando comprender la situación—. A las dos, desaparece. Cuatro horas después, aparece en su casa, ciego y con la mano hinchada y nadie sabe dónde ha estado.

—Así es.

—Este pueblo no es tan grande, ni vive tanta gente aquí.

—Lo sé.

—¿Qué sucedió con la joven a la que mataron, vio algo en especial?

—Me gustaría saber si mintió en ese momento, con el objetivo de protegerse del novio, pero ya es un poco tarde para ello... —declaró y suspiró—. En el teléfono móvil de Miquel había una llamada de la joven, pasadas las dos. La llamada duró treinta y cinco segundos, pero ella dijo que no había hablado con él y se obstinó en decir que lo había cogido sin querer.

—Ya.

—Aquí cada uno tiene sus historias. No tengo idea de cuál es el problema de ese chico, pero estoy seguro de que él no se hizo ese tatuaje.

—A estas alturas, me sorprende que haya llegado a esa conclusión —dijo, bromeando—. Me habría tomado las cosas con más calma si me lo hubiese dicho antes.

—Es igual. Evitemos que se repita. No obstante, ella sí tenía una historia con Antonio, y estoy al tanto de que ese hombre no gestionaba bien los celos ni la bebida. Se rumorea por la calle que aprovecha los trayectos en camión para vender cocaína en el pueblo y sus alrededores.

—¿Lo ha investigado?

—No hemos encontrado nada. Todos son más inteligentes que nosotros aquí, pero en todas partes hay una persona que sobresale. Toni es la de aquí. Le haremos una visita más tarde, al anochecer.

La camarera se acercó para interrumpir la conversación, al ver que habían terminado de comer. Rojo esperó un momento y luego la miró de soslayo.

—¿Café, postre? ¿Un licorcico?

—Un solo para mí —dijo Rojo.

—Que sean dos.

—Y un licor de hierbas —añadió el inspector. Maqueda le echó una mirada—. No soy yo quien conduce...

—La cuenta, cuando puedas...

La mujer sonrió al policía y se alejó. Al poco, regresó a la mesa.

—Me encargo yo —dijo Rojo.

—No, por favor —respondió el guardia civil, haciendo un gesto para que no sacara la billetera. La camarera dejó un platillo de café con una tarjeta de visita y Maqueda la miró sorprendido—. ¿Y el tique?

—Los señores de la mesa les han invitado.

—¿Quiénes? —preguntó Rojo mientras ella observaba a los varones que se encontraban sentados en la larga mesa, los cuales ahora los saludaban con gestos de asentimiento y brindis con pequeños vasos de licor.

—Espero que hayan tenido una buena comida.

—Estaba todo en orden —le dijo Rojo.

Ella le brindó una última sonrisa, dejando al descubierto todos los dientes y a continuación le guiñó el ojo derecho. Luego se fue hacia la cocina.

El inspector cogió la tarjeta de visita y miró el reverso.

«Yoli», leyó su nombre en silencio y después el número de teléfono que había adjunto. El sargento no se había enterado de aquello, pues continuaba observando a los hombres. Aprovechó el despiste y se guardó la tarjeta.

Luego se bebió el licor de un trago y se aclaró la boca con el café.

—¿Marchamos? Me apetece fumar.

—Sí... Por supuesto.

Al abandonar el lugar, pasaron por delante de la mesa de los hombres y Maqueda se detuvo para ofrecerles unas palabras.

—Agradezco el detalle de la invitación, pero no era necesario.

—No lo tome a mal, sargento —dijo uno de ellos, sonrojado por el vino y con el cabello canoso—. Es un honor y una pequeña muestra de agradecimiento a aquellos que nos han protegido durante décadas.

—Nosotros solo realizamos nuestro trabajo... Que tengan un buen día.

—Buen día, a usted también, sargento.

Al salir, encendieron sus cigarrillos y se quedaron junto al vehículo.

—¿Los conocía? Aunque fuera de vista...

—No, pero no me sorprendería que fueran conocidos de Mauricio.

—¿Y cómo demonios sabían quién era usted?

Maqueda exhaló un suspiro y lo miró de reojo.

—Pronto se dará cuenta.

—¿De qué?

—Ya se lo he dicho antes... Todos son más listos que nosotros y lo saben todo sobre los demás. Al igual que también saben quién es usted.

20

El sargento dormía plácidamente en la silla acolchada del despacho, cuando Rojo lo despertó al dejar una caja sobre el escritorio.

Abrió un ojo y lo miró con sorpresa.

—¿Eh? ¿Qué es eso?

Rojo removió la tapa y extrajo varios paquetes de folios, cada uno de ellos envuelto en cartulinas de colores.

—Voy al coche, hay más —dijo y salió de la habitación.

Maqueda se despertó con dificultad, algo confuso y con dolor de cabeza a causa del cansancio. Llevaba muchas horas trabajando y concentrado en lo que sucedía. Era lógico que necesitara un descanso, pero el inspector no lo veía así.

—¿Me va a explicar qué es todo esto? —preguntó al verlo de nuevo, con otra caja de cartón. Se incorporó de la silla y movió la cabeza para despertarse.

—El caso de Miguel Díaz Cabestrillo, el carnicero de Monóvar.

—No entiendo, inspector. Ya leí el informe. Recuerdo que no superaba las quince páginas.

—Así es, pero este es el caso. ¿Quería la verdad? Aquí la tiene.

—¿Qué se ha tomado?

—Nada.

—¿Ni siquiera ha descansado un poco?

—Ya lo haré cuando esté muerto —contestó y sacó los últimos montones de folios que faltaban a la colección—. ¿Va a preparar un café o va a seguir durmiendo?

Maqueda lo miró extrañado.

—Nos llevará días leer todos estos documentos y sacar algo en claro...

Rojo se detuvo y dio un breve bufido.

—Quería mi ayuda, ¿no? Pues aquí tiene la llave. La única forma de comprender los crímenes está aquí... Esta es toda la documentación que reuní para cazar a Díaz y también la que recopilé de sus documentos personales, después de su fallecimiento.

—¿Con qué fin?

—Para que no volviera a suceder. Quería confirmar que era un lunático que actuaba solo.

La mirada del guardia civil cambió de brillo. Rojo estaba modificando su discurso.

—Pero se equivocó.

—Hubo algunas incógnitas que no logré resolver y quedaron archivadas.

—Como la de que Díaz tenía un ayudante...

—Todo el trabajo, después de su muerte, se centró en descubrir exactamente eso.

—¿Así que me da la razón? —preguntó, incorporándose de la silla—. Reconozca de una vez que le ha costado dar el paso.

—Lea los documentos y entonces hablaremos.

—¿Cómo, ahora?

—¿Tiene algo más urgente que hacer?

La conversación se vio interrumpida por el timbre de la puerta. Maqueda suspiró ligeramente y se apartó para mirar por la ventana. Allí se encontraba el vehículo de la Policía Municipal, por lo que tuvo la impresión de saber quién era la visita.

—Discúlpeme un segundo. —Se levantó de la silla y salió a la calle. Rojo lo vigiló desde su posición. Luego vio al funcionario municipal que había llevado al muchacho por la mañana. Dedujo que, probablemente, estaba allí para presentar una queja por el trato recibido y no se equivocó, cuando vio la expresión de malestar que presentaba el gordinflón.

Aprovechó la ausencia del compañero para examinar la documentación que tenía delante. Era curioso que, un año después, todo estuviera tan fresco en su memoria. De lo contrario, no habría sabido por dónde empezar.

La siniestra historia que le había relatado sobre el chico, hizo que reflexionara sobre diversos temas. Para empezar, no se creía del todo lo que esos jóvenes le habían contado. Simplemente, era un desvarío para él. Alguien debía de conocer la verdad y, aunque la mujer fuera la única que había hablado con él después de las dos, los secretos nunca son tal por mucho tiempo. Por otro lado, tuvo la percepción de que sus movimientos estaban siendo controlados en todo momento en esa zona, como si lo estuvieran observando. Maqueda quizá se mostraba demasiado amable y servicial, actuando como el típico guardia civil que busca la concordia y la tranquilidad. Sin embargo, descubrió que eso lo convertía en un objetivo para aquellos que no lo querían allí. Si el inspector empezaba a pasar más tiempo en el pueblo, tarde o temprano, la noticia se correría y los medios acudirían como moscas a la mierda, para entorpecer la investigación. Algo le decía que no se quitaría con tanta facilidad a esa mosca reportera de Mediterráneo TV.

Finalmente, y lo más relevante a su juicio, relacionó la noche del tatuaje en la mano del muchacho con lo ocurrido en el caso de carnicero. Pero Díaz aún no había comenzado a actuar. De hecho, todo lo suyo aconteció un año más tarde.

«Un asesinato de este tipo lo tuvieron que cometer entre dos personas», se dijo, recordando las palabras de Maqueda.

La teoría cobró sentido para él, a pesar de que la brigada había reunido todas las conexiones entre Díaz y los asesinatos. Incluso en los registros del ordenador, no había ninguna referencia a que fuera a realizarlo con la ayuda de otra persona.

Aunque la semilla ya estaba plantada en su cabeza, pensar en Miquel como su ayudante era una cuestión inasumible.

La nube de pensamientos fue interrumpida cuando oyó el sonido de la puerta principal. El todoterreno del municipal salía por la carretera e intuyó que Maqueda se habría despedido de él. Unos segundos más tarde vio entrar al sargento, con cara de pocos amigos.

—¿Todo bien?

—Era el agente Parcela, por el asunto del chico —explicó acercándose al escritorio. Abrió un cajón, cogió la pistola reglamentaria y, a continuación, la gorra.

Rojo observó los movimientos y tanteó sus intenciones.

—Supongo que no es todo lo que ha venido a contarle...

—Ha venido para avisarme de que Antonio y los suyos están bebiendo en el Boca Boca, una tasca del centro del pueblo. ¿Quién sabe? Quizás nos cuente algo del amigo de su exnovia.

—¿Bromea, sargento?

—No.

Rojo se quedó pasmado ante el cambio de actitud del guardia civil. Parecía tener ganas de buscar problemas. Lo miró a la cara y comprendió que, en verdad, las tenía, por lo que concluyó que las rencillas con ese Toni iban más allá del caso, convirtiéndose en un pequeño asunto personal.

—¿Viene o se queda aquí?

Rojo esbozó una mueca en su rostro.

—Por fin un poco de diversión.

—No se haga ilusiones. Sólo vamos a hablar con él.

21

El ambiente estaba tranquilo en la calle, aunque esa noche había fútbol, como habían escuchado en la radio. Era el último partido de liga y el F.C. Barcelona se jugaba el segundo puesto contra el Atlético de Madrid. Curiosamente, para muchos, el Barcelona tenía una fuerte legión de seguidores a lo largo de la provincia de Alicante. Rojo y Maqueda estaban al tanto de que el ambiente estaría caldeado en el bar. Antonio estaría con los suyos y eso lo haría más difícil de tratar. El sargento condujo en silencio durante dos minutos, hasta que llegaron a la glorieta que conectaba con las calles principales del centro. Tomó un callejón y después otro camino, hasta que estacionó el coche junto al mercado de abastos.

—Hemos venido a hablar, ¿entendido?

—Usted manda, sargento. —Se dio cuenta de la mirada de los camareros y de la clientela que había en los bares de los alrededores. Aún quedaba gente en la calle, aunque el bullicio llegaba desde el interior de la tasca que había detrás del mercado. No era desaire lo que emitían, sino miedo y precaución. Todos sabían que el camionero era un tipo duro y que no se andaba con tonterías. Rojo pensó que en algunos aspectos, los tiempos no cambiaban y los forajidos y los bandoleros seguían siendo los mismos, aunque con un disfraz diferente.

El sargento caminó hacia el bar y él lo siguió. En la puerta había varios tipos fumando. En cuanto reconocieron al gendarme, uno de ellos apagó el cigarrillo y entró en el establecimiento para avisar de su llegada.

El bar estaba lleno. Habían instalado una gran pantalla en la que ver el partido, aunque el evento deportivo aún no había comenzado.

Se apoyaron en la barra y el camarero se acercó a saludar al oficial.

—Buenas noches. ¿Qué toma, sargento?

—Un tercio —dijo Rojo, anticipándose. El sargento lo miró confundido—. Habrá que disfrutar el partido, ¿no le parece?

—¿Todo bien por aquí, Juanín? —le preguntó Maqueda al camarero.

Rojo observó por encima de las cabezas que había allí y reconoció al sospechoso, quien estaba en medio de una cuadrilla de hombres y dos mujeres de aspecto macarra. Los escuchaba hablar, aunque no entendía lo que decían.

—Sí, claro. ¿Le pongo otra cerveza como a su amigo?

—Un agua con gas.

—Venga, sargento... que es día de partido.

—No me gusta el fútbol.

—Como quiera —respondió y se alejó para destapar las botellas.

Rojo estaba apoyado en la barra, con los brazos cruzados y mirando hacia el interior. Se acercó al compañero para hablarle bajo.

—Todos en el bar saben que estamos aquí.

—No fastidie. No me había dado cuenta.

—He contado a veinte personas en esta sala. Espero que sepa defenderse.

—Rojo, las cosas... a mi manera —contestó y el camarero sirvió las bebidas. El inspector se tomó un trago del tercio de Estrella Levante, tan largo que bebió la mitad del contenido de la botella—. Estaba sediento, por lo que veo...

—¿Cómo es que no le gusta el fútbol?

—No me gustan los deportes de equipo. Me gusta ir solo, al igual que usted.

—Me temo que hoy será distinto —dijo y Maqueda no hizo ningún comentario. El partido estaba a punto de comenzar y el camarero subió el volumen de la televisión—. Espero a su señal para dar el siguiente paso.

En ese instante, el sospechoso se incorporó del taburete y apartó a la mujer que estaba con él. Sus ojos se encontraron con los de Maqueda y con los de Rojo. Era más alto que los dos, pero eso no era un motivo para intimidar al inspector.

Con una sonrisa maliciosa, se abrió paso empujando a los que estaban a su alrededor, hasta que se colocó junto a Maqueda en la barra. De cerca, era todavía más grande. Su altura le favorecía, ya que la grasa se repartía por todo el cuerpo y le hacía parecer más delgado de lo que era. Rojo supuso que, a juzgar por su aspecto físico y la barriga que se marcaba bajo la camiseta, tendría fuerza, aunque no forma.

El sargento le miró con firmeza y sin decir palabra. Antonio apoyó las manos en la barra, dirigió la mirada a Rojo y volvió a sonreír. Después se acercó al camarero y le dijo:

—Tú, un ron cola.

—Cinc euros —le respondió.

—Com?

—Cinc euros, Toni.

Con disgusto sacó la cartera del bolsillo del pantalón y arrojó un billete de diez sobre la barra de madera. El camarero le sirvió un vaso alargado con ron y hielo. Rojo se fijó en el fajo que el camionero llevaba encima, la mayoría en billetes de cincuenta y de veinte. Estimó que habría unos cientos de euros en esa cartera.

Antonio vertió la botella de Coca-Cola en el vaso de tubo y lo llenó hasta arriba. Dio un sorbo y echó el resto.

—Salud, sargento —comentó, alzando el vaso.

—¿No estás trabajando hoy, Antonio? —preguntó Maqueda, observándolo, como, probablemente, David habría observado a Goliat.

—Sí, luego. Cuando acabe el fútbol.

—Deberías tomarte un respiro esta noche —contestó, señalando la bebida—. No puedes conducir bebido.

—Relájese y tómese algo a mi salud, que les invito... a usted y a su novio.

El comentario provocó la risa de algunos que estaban cerca. Maqueda dio un respingo y comenzó a ponerse tenso. Rojo olía lo que se avecinaba. Antonio le dio la espalda para volver a

su sitio, pero el gendarme lo sujetó por el brazo.

El gesto no le gustó al transportista, que no parecía estar acostumbrado a que le pusieran la mano encima. Después de todo, era él quien mandaba allí dentro.

—Quisiera hablar contigo, Toni.

—No me apetece hablar, sargento. Quiero ver el fútbol tranquilamente sentado, como Dios manda.

—Que te lo cuenten luego.

El muchacho se liberó de la mano del gendarme y le hizo un gesto de falsa sumisión.

—Está bien, hablemos.

—Salgamos.

—No, no. Aquí.

Rojo permanecía tranquilo, detrás del compañero. Acabó la cerveza de un trago y dejó el botellín vacío sobre la barra, dando un golpe con el cuello del vidrio para llamar la atención del camarero.

—Ponme otra, que invita este —pidió, calentando el ambiente.

Antonio golpeó la barra con fuerza, enfurecido.

—¡No lo hagas! —exclamó, lo que provocó un incómodo silencio en todo el establecimiento. El fútbol quedaba en un segundo plano y ahora todo giraba alrededor de la conversación. El camarero se quedó congelado, sin saber cómo actuar—. Juan, ya me has oído...

Rojo hizo un gesto al camarero con los dedos, desestimando la amenaza y aumentando el enfado del camionero. Finalmente, el camarero destapó el botellín y lo dejó en la barra.

—L'has cagat, troç de merda... —le murmuró.

—Toni...

El oficial lo tomó del hombro y lo miró a los ojos.

—Escucha, Antonio. Salgamos a conversar... o lo haremos en el cuartel.

—Primero tendrás que sacarme de aquí, picoleto.

La pólvora se encendió.

Maqueda tensó la mandíbula y apretó los puños, conteniendo la furia. Rojo, alcanzando a verlos desde donde estaba, reconoció a los dos matones que fumaban en la puerta y que ahora mismo estaban a su lado. Antes de que pudiera advertir a su compañero, observó cómo el camionero bajaba una mano para meterla en el bolsillo. Uno de los gorilas sujetaba un taburete a medio metro de ellos, dispuesto a levantarlo para hacerles daño. Rojo colocó la botella llena sobre la barra y tomó la vacía por el cuello. Antes de que el gorila atacara al sargento con el taburete, el inspector le rompió el vidrio en la cabeza.

El impacto lo conmocionó, lanzándolo hacia atrás y provocando que la silla de madera cayera al suelo.

—¡La mano, sargento! —exclamó Rojo, advirtiendo al compañero.

Pero el aviso llegó tarde. Antonio sacó una navaja de su bolsillo y trató de cortar el brazo del guardia civil. Maqueda esquivó el ataque con más claridad que el camionero, lo agarró por el brazo y le retorció la muñeca con una llave de artes marciales. El crujido de los huesos sonó con fuerza. Se oyó un grito de dolor y recibió una última sacudida, cuando el gendarme lo inmovilizó en el suelo. Mientras aquello ocurría, Rojo no tuvo tiempo de reaccionar y un puñetazo le alcanzó la cara. Era el segundo matón y estaba dispuesto a darle más. Aturdido, dio unos pasos

hacia atrás, pero los empujones lo arrojaban hacia adelante. El puñetazo le había dejado ciego. De pronto, se formó un círculo a su alrededor. El sujeto hacía movimientos con las piernas, como si fuera a golpearlo con una patada de kárate.

—Rojo... cuidado... —escuchó, de alguna parte, reconociendo la voz de Maqueda—. Rojo... apártate...

Pero era incapaz de enterarse.

Lo siguiente fue una sensación repentina de escozor en el rostro. La patada lo alcanzó y lo derribó contra la esquina de la barra. El dolor se iba haciendo más intenso. Rojo se desplomó al suelo, a punto de perder el conocimiento. Se oyó una gran ovación y un grito colectivo de sorpresa. Pestañeó, notando cómo la sangre se movía por su boca, escupió en el suelo y comprobó que algo no iba bien.

«Serás cabrón», pensó y lo miró furioso.

Se tocó la cara y movió la mandíbula, asegurándose de que no le había roto ningún hueso e hizo un esfuerzo para ponerse en pie. El dolor de la nariz era insoportable, pero eso no lo detuvo para levantarse. En cuanto se irguió, miró de reojo y vio la segunda botella. La cogió y se la bebió entera, desconcertando al resto. Después, rompió el culo en la barra y sujetó el cuello afilado con el que apuntaba.

—Si alguien da un paso, se la clavo en la yugular —amenazó y miró al camarero—. Y apaga la maldita televisión...

El silencio envolvió el bar. Maqueda le clavaba la rodilla en la espalda al camionero. Uno de los grandullones se recuperaba en el suelo y el otro reculaba en el ataque. Rojo esperó con la botella rota en la mano para que el sargento se llevara al sospechoso y saliera del bar.

A partir de ese momento, dio un largo suspiro y tiró el resto del recipiente al suelo, para dirigirse a su oponente.

—Tú —dijo y este lo miró.

Antes de que contestara, le propinó un fuerte puñetazo que lo derribó, rompiendo la mesa que había detrás de él.

Luego dio media vuelta y se marchó de la tasca.

22

Los golpes contra el metal reverberaban en el interior de la celda.

—¡Hijos de puta, no podéis tenerme aquí! —gritaba Antonio desde el calabozo del cuartel.

Al otro lado de la puerta, Rojo fumaba un cigarrillo y se calentaba con una taza de café.

—¿Cómo que no? Claro que sí, hombre... El tiempo que creamos oportuno.

—Estás muerto, madero...

—No tanto como tú, Antonio, no tanto...

Por su parte, Maqueda conversaba por teléfono con el agente municipal para explicarle lo ocurrido. La entrada en el bar de la pareja de agentes y la posterior pelea había puesto en estado de alerta a los vecinos y al alcalde. La detención de Antonio empezaba a suscitar el rumor de que podría ser el asesino de las dos chicas.

—¿Oyes eso? —preguntó y golpeó la puerta de metal con los nudillos—. En el pueblo dicen que la mataste...

—No sé de qué me hablas.

—Esta noche cantarás antes que el gallo.

Rojo sabía que era cuestión de tiempo para que el detenido empezara a echar

de menos sus medicinas para relajarse. Entonces, la situación cambiaría

de color. Antes de meterlo en el calabozo, le habían requisado todas las pertenencias. Entre ellas, además de la navaja con la que había atacado al sargento, encontraron gramo y medio de cocaína y un poco de hachís.

—Te voy a denunciar, madero de mierda. ¡Te vas a arrepentir toda tu vida de haberme tocado!

—Relájate, hombre. No te pongas nervioso, que la noche es larga...

Fuera de sí, incapaz de contener el nerviosismo, saltó contra la puerta y se asomó a la trampilla.

—¡No tienes ni idea de quién soy! ¡Ni puta idea! ¡Te va a salir caro, madero!

—La verdad es que no, no sé quién eres, pero me importa tres pares de cojones... —dijo y cerró la abertura por la que podía verle la cara. Luego apagó el cigarro y se fue.

En el despacho, encontró al compañero, agotado y pegado al teléfono. Ni siquiera eran las dos de la madrugada y la línea echaba humo.

Le acercó una taza de café recién hecho y dio un vistazo a todos los papeles que había colocado sobre la mesa. El caso se volvía más y más complejo. Necesitaban interrogar al detenido y sacarle algo, antes de que la gente empezara a inventar y sacar conclusiones

personales. Reconoció que habían hecho demasiado ruido, pero así funcionaban las cosas en las pequeñas poblaciones. Se sentó en el sillón y lamentó lo mucho que le dolía el cuerpo. Por suerte, lo de la cara había sido un golpe directo, pero sin más consecuencias que la rotura de un diente. Sobreviviría, pensó. Exhausto, apoyó los codos sobre las rodillas, sujetando el café y preguntándose cómo demonios había acabado allí. Era un tema recurrente cuando se sentía fatigado por la situación. El problema era que comenzaba a sentirse de esa manera con más y más frecuencia.

—¿Ha dicho algo? —preguntó el sargento, saliendo del despacho. El detenido había dejado de gritar.

—Le manda saludos a su familia.

—Le dije que nada de armas. Le van a denunciar.

—No estaba de servicio. Actué en defensa propia y también suya.

—Rojo, es un policía.

—Que me denuncie, si se atreve. Ya se encargará usted de eso, ¿verdad?

La pregunta quedó suspendida en el aire. Maqueda prefirió no hablar del asunto.

—¿Cómo está?

—Duele más cuando te rompen el corazón, por lo que seguiré adelante.

—Dudo que usted tenga de eso.

—¿Qué dice el pueblo?

—Mañana por la mañana, tendremos que lidiar con más problemas.

—Cuanto más azúcar, más dulce.

—No es para tomarlo a risa... Han asesinado a dos chicas en los últimos días y quieren una cabeza. Si se demuestra que el detenido es culpable, habrá un derramamiento de sangre.

—Asesino o no, un santo no es...

—Rojo...

—Lo sé. No podemos arriesgarnos a dárselo a los buitres.

—No podemos tenerlo ahí durante mucho tiempo. No hay orden de detención, ni pruebas.

—¿Tráfico de drogas?

—Nada.

—¿Asalto a la autoridad?

—No quiero abrir ese melón.

—Collons... ¿Cuándo vamos a interrogarlo?

—¿Está dispuesto a hablar?

—No.

—Entonces, no podemos hacer nada.

—Siempre hay algo que se puede hacer.

—Nuestro trabajo es interrogarlo. Si no está dispuesto a cooperar y no disponemos de pruebas para mantenerlo detenido, no nos queda otra alternativa que dejarlo en libertad —explicó, pensativo y con un aire derrotista—. Me da la impresión de que esto no ha servido para nada, que lo hemos hecho todo mal y que, como consecuencia, la situación se agravará.

—Bueno, tampoco es para ponerse así...

—Venga, aporte un poco de optimismo.

—Ya le he dicho que siempre hay algo que se puede hacer. Es evidente que no hablará, a no ser que...

—¿Qué?

—Lo persuadamos a mi manera —propuso Rojo y se encogió de hombros, con una mirada traviesa—. Confíe en mí, sargento, y no intervenga más de la cuenta. Soy el mejor haciendo preguntas. Déjeme demostrárselo.

23

El sargento desconfiaba de que Rojo consiguiera sacarle algo al detenido, pero acabó cediendo y llegó a un acuerdo con él. Eran conscientes de que no disponían de mucho tiempo, así que irían directo al grano. Necesitaban descubrir si él había matado a Claudia Berenguer, lo cual era lo que sospechaban desde un comienzo, ya que no existía ninguna conexión con la segunda víctima. Maqueda guardó unas fotos dentro de una carpeta, que se las enseñaría cuando la conversación estuviera caliente y así obtener una reacción espontánea del sospechoso.

Sentado y esposado, Antonio ocupaba la misma silla que Miquel, horas antes. Sin embargo, el ambiente era totalmente distinto. La oscuridad aún reinaba en el exterior y la calma de la calle se fundía en una noche fresca y silenciosa.

El gendarme le ofreció agua en un vaso de plástico. El detenido la bebió y después tiró el vaso al suelo para provocar su enfado. El traqueteo del plástico, al rebotar sobre el suelo, desvió la mirada de Maqueda, quien contuvo la ansiedad de romperle los dientes.

—Quiero un abogado —expresó nervioso—. No me podéis tener aquí retenido.

Silencioso, el sargento recogió el recipiente de plástico y lo devolvió a la mesa. Rojo intuyó que uno de los dos iba a abofetear a ese idiota antes de que terminara el interrogatorio. Deseó con todas sus fuerzas que le tocara a él.

—Has visto muchas películas, chaval —comentó—. ¿Sabes por qué te hemos detenido?

—No, pero soy inocente. No tenéis pruebas contra mí.

Rojo le acercó la cara.

—Todavía no te hemos acusado de nada.

—Da igual, de lo que sea. No podéis.

—Se te ve muy confiado.

—Que te jodan, madero.

Rojo dio un respingo y miró al sargento. Este le hizo una seña para que se relajara. El interrogatorio sería largo. El inspector giró y por el rabillo del ojo observó la expresión desafiante y soberbia del camionero.

Sin que lo esperara, giró hacia él y le soltó un bofetón sonoro, como un palazo contra la piel. Rojo sintió el picor en su mano.

—Respuesta equivocada —le dijo, sacudiéndose la mano y apartándose unos centímetros. Por un instante, el interrogado se quedó aturdido—. Empezaremos de nuevo.

—Si me vuelves a tocar, hijo de la gran...

Rojo alzó la mano para golpearlo de nuevo, esta vez con el puño, pero Maqueda lo impidió.

—¡Basta!

El inspector miró fijamente al acusado.

—Eso, haz caso al picoleto.

—Tú, cierra la boca o te la cerraré yo.

El camionero miró a ambos lados y chasqueó la lengua.

—¿Cuándo me vais a soltar?

—Cuando hables.

—No tengo nada que decir. Ya os lo he dicho, soy inocente.

—¿Mataste a Claudia Berenguer? —preguntó Rojo.

—¿Qué? —Lo miró extrañado, con asco—. No me jodas... En la vida le pondría la mano.

—En el pueblo opinan lo contrario.

—En el pueblo hay mucha mierda, madero, pero a Claudia... nunca.

—¿Ni un poco, para mantenerla a raya?

—Ni eso —respondió, ofendido—. No soy un maltratador.

—Perdona que lo cuestione. ¿Dónde estabas la noche en que murió?

—Otra vez... Currando. Lo puedo demostrar.

—¿Sí, cómo?

—Pregunte.

—Eres camionero y autónomo.

—Estaba volviendo de una entrega.

—Ya, claro.

—En serio. Hay testigos. Pregunte en el Boca.

—¿En el bar? Déjame que me ría. Ningún testimonio comprado me sirve.

—Es la verdad.

Rojo suspiró y se tragó la bilis de golpe. Empezaba a perder la paciencia.

—¿Qué relación tenías con Claudia?

—Fotre... Sargento, ¿por qué no informa a su novio?

—Mira, idiota...

—Espera, Rojo —dijo Maqueda y después se dirigió al otro—. Limítate a contestar. Es la última vez que mediaré.

—Era mi ex, ¿está claro?

—¿Por qué lo dejasteis?

—Lo dejé yo. Estaba chiflada.

—Las malas lenguas dicen que eres un celoso.

—La quería con toda mi alma y me trató como a un imbécil.

—Hablas como un celoso.

—¿Celoso? —preguntó ofendido—. Lo que no soy es gilipollas... Ella tenía mensajes de otros, en el móvil. Y yo por ahí, en la carretera, sudando el dinero. Venga, ya, hombre...

—Precisamente, tú no pareces sudar mucho.

—¿Tú qué sabrás, madero?

—Son motivos suficientes para escarmentarla.

—Que nunca le puse la mano encima, joder... Para estas cosas, prefiero que corra el aire y olvidarme de ella, aunque me duela.

—Eres un romántico... Pero la tenías que ver casi a diario, por aquí. Con otro, tal vez.

—Que no, joder. Que me daba igual. No quería verla ni en pintura, pero a esa chica la quise de corazón, casi más que a mi madre.

—¿Te daba lo mismo que rehiciera su vida?

—Ese no era mi problema.

—Reconócelo. El susto se te fue de las manos...

—Que no la maté, ¿qué no entiendes?

—Puedo preguntar a las chicas del pueblo y que me cuenten cómo las tratas...

—Pregunta a quien quieras y luego vete a tomar por culo.

—Otra respuesta así y tendrás que comerte cada sílaba, una a una, si es que sabes lo que es eso.

—Olvídame, tío. Soltadme y dejadme en paz. Tengo que currar, ¿sabéis?

—Podemos retenerte por llevar droga encima.

—No flipes. Quiero un abogado. No voy a hablar.

—¿Qué hacemos, sargento? No va a hablar.

—No podemos retenerlo.

—Por fin un poco de sentido común —comentó el detenido.

—Está bien. Te dejamos marchar.

—¿Qué, así sin más? Venga, soltadme.

—Espera, no te pongas nervioso...

—¿Por qué motivo?

—Alguien se ha ido de la lengua y ahora creen que eres el que ha matado a Claudia Berenguer... —explicó Rojo—. ¿Oyes eso?

—¿El qué?

Rojo hizo un gesto con la mano y le pidió que guardara silencio.

—Es el sonido de la gente y viene hacia aquí...

De repente, el detenido tuvo un rictus en la cara.

—No, no... No me podéis dejar marchar así, sin más. Tenéis que ayudarme... ¡Me van a devorar!

—No, hombre, no... Aquí todos te conocen.

—Quiero protección.

—Y nosotros queremos tu opinión sobre algo, Antonio —respondió el sargento—. Nos la das y te largas antes de que lleguen.

El detenido miró con desconfianza al inspector. No sabía a qué estaban jugando o si iban a golpearle de nuevo.

—Confía en nosotros, hombre —le dijo Rojo, se acercó y le dio una palmada en el hombro —. Te doy mi palabra de madero.

—No se puede confiar en un mierda como tú.

Maqueda abrió la carpeta y le mostró las fotografías.

El rostro del camionero se transformó.

—La hostia... —se le escapó, estremecido—. ¿Es Claudia? No, no puede ser... No... ¿Claudia? ¿Están seguros?

—Mira, Antonio, esto es lo que le hicieron a tu exnovia... —aclaró el sargento, haciendo que el sospechoso se quedara sin aliento—. La torturaron y le grabaron un tatuaje en el torso mientras estaba aún con vida. Cuando terminaron de hacérselo, le cortaron el cuello como si fuera un pollo... Zas, zas... y murió agonizando hasta desangrarse...

El rostro del camionero empezó a sudar y a cambiar hacia un tono amarillento. Rojo miró por las esquinas y vio un cubo metálico. Lo cogió y se lo puso a un costado de la silla.

—Esto mismo fue lo que le pasó a esa camarera...

—Si descubro que tuviste algo que ver con esto, te aseguro que me encargaré de que pases el resto de tus días en el peor de los agujeros de este país...

—Un momento, sargento... He visto antes ese símbolo... —balbuceó, intentando recomponerse—. E... e... esto, ¿qué es? Yo... jamás... Oh, no... qué horror...

—Fíjate bien, chico, porque es un aperitivo de lo que te harán en la cárcel —le advirtió Rojo —, sin mencionar que es probable que te perforen el culo hasta que pierdas el conocimiento... Los tipos que le hacen esto a las chicas indefensas, no son bien recibidos en el presidio... ¿Tú sabes la de años que pasarás ahí dentro? Te dejarán como un pincel de brocha fina...

—Pe... pero... E... esto... Me encuentro mareado...

—Ahí viene... —comentó Rojo y se apartó.

El detenido se giró y vomitó en el cubo metálico.

—Prepare una cafetera, sargento. Espero que tenga coñac en el apartamento. Esto nos va a llevar un buen rato.

24

Rojo echó un chorro de coñac en la taza de café y se la ofreció al detenido.

—Bebe, te sentará bien —indicó, con un tono que era más una orden que un ofrecimiento. Antonio dio un sorbo y cerró los ojos. El alcohol entraba como un carburante en su garganta, pero el inspector sabía que lo ayudaría a despertar.

Después de todo, ahora tenía el estómago vacío.

A Rojo no le sorprendió que vaciara las tripas de esa manera. Una vez que los efectos de la cocaína habían pasado, sufrió un bajón de tensión que, sumado al estrés, al alcohol ingerido y a la deshidratación, fue suficiente para que su cuerpo se encargara del resto.

—Os juro que no la maté. Os lo juro por mi sangre...

—Eso ya lo has dicho antes —respondió Rojo—. ¿Dónde has visto ese símbolo?

—¿Qué símbolo?

Rojo lo agarró de la oreja y se la retorció.

—Mira, idiota, no empieces otra vez...

—¡Para, para! Joder... —se quejó cuando lo soltó—. Estaba haciendo memoria, ¡por Dios!

—El símbolo, Antonio.

—No lo recuerdo bien... —dijo y Rojo le mostró los dos dedos, a modo de tenaza—. Estoy haciendo memoria, ¿vale? Me suena de haberlo visto en una fiesta...

—¿En una fiesta?

—Sí, en una fiesta.

—Como estés improvisando, se te van a quitar las ganas —amenazó Rojo—. Haz memoria o te ayudo.

—Está bien, joder... Ya me acuerdo de todo —respondió y miró a ambos agentes—, pero yo no os he dicho nada. Me lo tenéis que prometer.

—Habla.

Antonio miró al techo y se quedó pensativo.

—Mauricio.

—¿El de La Raja? —preguntó el gendarme.

—Sí... —confesó, a regañadientes.

—El cazador que vimos en el bar —aclaró Maqueda—. ¿De qué fiestas hablas?

—Maldita sea, sargento. Estás aquí y no te enteras de lo más importante... Mauricio organiza fiestas en su finca. Yo fui a una de ellas.

—Me estás impacientando... —señaló Rojo.

—Ya sabéis, ¿no? Fiestas con mujeres. El viejo sabe montárselo. Las utiliza para hacer negocios.

—¿Prostitutas?

—No, no, nada de eso... —respondió y alzó las cejas—. Bueno, yo qué sé...

—¿Por qué te invitó? No eres de su agrado.

—Ya... eso dice de cara a la galería —respondió con desdén—, pero alguien tiene que traer el perico... Para eso sí quería que fuera. En el fondo, él nunca me invitó.

—¿Hacías negocio allí?

—Nada de eso, madero.

—Vuelve a llamarme así y te tragas la taza.

—Consumo propio. Sólo iba como invitado y es de buena educación y buen gusto llevar algo. Se llaman modales.

—Tú no tienes de eso, imbécil.

—¿Quién te invitó a la fiesta? —preguntó Maqueda.

—Claudia. Ella me pidió el favor.

—Tu exnovia. Cojonudo.

—Sí, eso pensé yo cuando fui... —matizó, molesto—. La muy zorra me estaba utilizando. Enseguida me di cuenta de qué iba todo.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Unos días antes de que la mataran... Porque yo no fui... y quiero que quede claro.

—¿Sospechas de alguien?

—Estoy cansado.

—¿Quién más había allí? Quiero una lista de nombres.

—No lo sé, no lo recuerdo.

Rojo levantó la mano. El sospechoso anticipó el golpe.

—Pégame si quieres, no voy a dar ningún nombre más —dijo, aceptando las consecuencias —. Preguntadle a él. Yo aún mantengo amistades en este lugar...

Rojo supuso que los invitados a la fiesta serían personas con el poder adquisitivo necesario para costearse a las chicas, las juergas y los estupefacientes. Personas que podían complicarle el negocio al camello. Que delatara a Mauricio dejaba entrever que su relación no era buena, por alguna razón que aún desconocía.

—Háblanos del tatuaje.

—Te juro que no lo recuerdo bien —confesó, agotado por el interrogatorio—. Sólo sé que lo vi allí, en alguna parte. ¿Qué cojones significa eso?

—Significa que estás de mierda hasta el cuello, ¿qué te parece?

—En el pueblo dicen que está relacionado con el loco ese de Monóvar...

Al mirar por la ventana, vieron que el sol comenzaba a iluminar el cielo y comprendieron que la noche había acabado y había dado paso a la mañana. El rostro de Antonio estaba demacrado y pálido. Seguir con el interrogatorio carecía de sentido, igual que retenerlo por más tiempo. Debían asegurarse de que su coartada era cierta. El inspector no se fiaba del todo de su corazonada, aunque algo le decía que se estaban equivocando de culpable.

Finalmente, tras una decisión mutua, lo dejaron marchar. Antonio hizo una llamada y un Peugeot 206 negro apareció por la puerta del cuartel para recogerlo. A continuación, se fue de

allí, no sin antes amenazarlos por última vez.

—Será mejor que me vaya —comentó Rojo, frotándose los ojos y cogiendo las llaves de su coche.

—¿A dónde, inspector?

—A mi casa. Necesito una ducha fría y dormir un par de horas.

Maqueda se acercó al escritorio, abrió un cajón y le lanzó unas llaves.

—Hay una habitación libre. Mi compañero está de permiso hasta la próxima semana y no creo que le importe. Le veré en un par de horas.

25

Un año antes.

Dos semanas después de cerrar el caso de Miguel Díaz, el carnicero de Monóvar.

Le tomó unas cuantas noches repasar toda la documentación que el informático había obtenido del disco duro del asesino. Aunque repasaba el registro de las conversaciones en las que se relacionaba el individuo, pensaba que estaba perdiendo el tiempo con ello, que se le escapaban algunos detalles. A diferencia de lo que había observado en otras ocasiones, Díaz había sido muy cuidadoso al guardar toda la información, la cual pertenecía a otros, nunca a él. Por consiguiente, la brigada evaluó dos posibles teorías: que existiera otro ordenador en algún sitio o que el joven hubiera destruido toda la información antes de su detención, ya que en el disco duro no había imágenes que pudieran incriminarlo por un delito, ni documentos que lo relacionaran con prácticas de ningún tipo.

Para la Policía, lo único relevante, si es que se podía considerar así, eran varios libros descargados ilegalmente sobre rituales satánicos, tatuajes e incisiones quirúrgicas, probablemente en los que se inspiró para cometer los crímenes.

Tras varias semanas intentando encontrar respuestas, Rojo empezaba a cansarse de toda la mística que rodeaba a las teorías demoníacas y a la geometría sagrada que supuestamente representaba al misterioso hexágono. Le importaba un carajo todo aquello, pero lo cierto era que tenían relación con los asesinatos y con el tatuaje que había dejado en las víctimas. Si conseguía entender la causa que los relacionaba, lo acercaría a la motivación del asesino.

Tal vez fuera estética o una manera de interpretar lo que estaba a punto de hacer, pensaba el inspector, pero Miguel parecía haber encontrado una referencia y un motivo para llevar a cabo sus crímenes.

Según los documentos hallados en la computadora, Enoc, abuelo de Noé, una vez transformado en el arcángel que actuaba como la mano izquierda de Dios, era nada menos que Satanás, el mal, la parte necesaria para que existiera el equilibrio en ambos lados.

El símbolo, un cubo que representaba a la madre de la geometría sagrada, la unión de lo femenino y lo masculino, también se podía apreciar como un hexágono con seis circunferencias en cada vértice. Seis puntos con una circunferencia, que los conspiradores de las profundidades de la Red asociaban con el acceso a la divinidad y a la paz suprema.

«Aquel osado de completar el hexágono con el sacrificio de seis almas, recibiría a cambio la protección y la clarividencia del mismísimo Satanás», leyó Rojo en uno de los escritos.

La afirmación era espeluznante y llegó a una conclusión cuando terminó la lectura.

Por suerte o por desgracia, habían salvado la vida de tres chicas.

Y eso, aunque le costara asimilarlo, fue todo un alivio para él.

A pesar del dolor de la familia, los días posteriores insistió en reunirse con los padres del asesino para una última serie de preguntas. El padre se negó a conversar con la Policía sobre el asunto, después de la inexistente protección que el Cuerpo les había brindado. Rojo lo entendió. El matrimonio, que no tenía nada que ver con los crímenes de su hijo, vivía en constante acoso por parte de los vecinos del pueblo.

La televisión y los reportajes morbosos estaban nutridos del historial de Miguel, relacionándolo con prácticas satánicas, debido a los discos de música encontrados en su cuarto y a los testimonios que algunos vecinos del pueblo habían prestado erróneamente, para ganar unos minutos de atención en la pantalla. El circo mediático de las cadenas no hacía más que alimentar un monstruo llamado audiencia que pedía más detalles. Falsos psiquiatras asistían a tertulias para emitir un diagnóstico de la manera de pensar de un asesino en serie, como había sido Díaz, afirmando hechos sin prueba alguna y sin considerar las consecuencias que podrían tener en el futuro sus declaraciones.

Por fortuna, la madre del homicida decidió hablar con el inspector, a escondidas de su marido. Tal vez, pensó él, era su forma de limpiar el honor de la familia, aunque arrastraría la sombra de los crímenes toda su vida.

Se reunieron en la comisaría de Alicante, en el despacho del inspector. La entrevista debía ser breve, debido a las exigencias de la mujer, ya tenía unos horarios fijados y no quería que nadie se enterase. Rojo acogió su decisión y comprendió que el modo de actuar de cada persona era privado. A pesar de ello, se ofreció conversar con el esposo para que comprendiera la ayuda que se le estaba brindando, pero la señora Pérez se negó.

—Jamás me lo perdonará —sentenció la mujer tras el ofrecimiento.

El encuentro duró unos cuarenta y cinco minutos. Rojo intentaba atar algunos cabos sueltos que iban desde el círculo de amistades del muchacho a las posibles relaciones sentimentales que hubiese tenido. En realidad, lo que buscaba era entender por qué había cometido una atrocidad así. No le bastaba con el historial de abusos escolares y maltrato social. No le parecía suficiente para ir a por tres chicas de otra ciudad, a las que no conocía, aparentemente, de nada.

La madre le explicó que Miguel nunca se había dejado ver con chicas, ni les había presentado alguna novia a los padres. Era tímido de entrada, aunque luego se desenvolvía en sociedad cuando se sentía cómodo. Aquella historia no fue útil al policía, quien empezó a sospechar que Miguel no estudiaba por las noches, como le habían asegurado, sino que viajaba a Alicante para reunirse con otras personas.

—En su habitación encontramos el recibo de una gasolinera que hay en la autovía, dirección Alicante.

—No sabía nada.

—¿Les contó si iba con frecuencia a la capital?

—No, no estaba al corriente. Por las noches, cogía el coche y se iba a estudiar. Pero eso era todo. El resto del día trabajaba en el supermercado. ¿Cómo iba a sospechar de algo así?

—Sólo le he preguntado si sabe con quién se reunía allí.

—No. No lo sé.

—¿Algún amigo de confianza al que podamos preguntarle?

—Los del trabajo, supongo... —expresó y rompió a llorar—. Ahora me doy cuenta de que fracasé como madre. Ni siquiera sé quién era mi hijo o con quién iba... Yo creía que era un buen muchacho... Intentamos dárselo todo.

—Tranquila, no se machaque. No fue su culpa.

—¿Entonces, de quién?

—Yo no tengo la respuesta y usted no debe cargar con ese peso.

La mujer se limpió las lágrimas y miró horrorizada al inspector.

—Mi hijo fue un asesino y mató a esas tres chicas, a tres mujeres que no le hicieron nada... ¿Sabe lo que se siente como madre? Me doy asco, inspector. Pero eso es algo que jamás entenderá.

Las palabras resonaron en él.

«Que no le hicieron nada», se repitió en silencio. Le pareció como que quería insinuar que otros sí le habían hecho algo.

—¿Era Miguel vengativo?

Ella se sonó la nariz y Rojo le ofreció un paquete de pañuelos de papel.

—Era una persona con carácter y que no soportaba perder.

—Entonces, lo era.

—No me haga sentir peor, se lo ruego.

—Es probable que sí conociera a esas chicas de algo.

—No las había visto en mi vida, de verdad.

—Usted no, pero puede que él sí.

—¿Cómo?

—Eso es lo que tratamos de averiguar.

26

Despertó con el pecho empapado de sudor. Se sentía fuera de lugar, como si no supiera en qué modo había llegado allí. Al abrir los ojos, percibió los rayos del sol calentando su rostro y recordó que estaba en la casa cuartel. La luz entraba con fuerza por la ventana y sus ojos alcanzaban a ver un cielo despejado. La cabeza le producía un chisporroteo parecido al de un huevo sobre aceite hirviendo. Se levantó de la cama y entró en el baño para darse una ducha fría. El agua le ayudó a deshacerse de la jaqueca que tenía. Demasiadas horas en activo, pensó, todavía con el sabor del café y del coñac en la boca. Semidesnudo y envuelto con una toalla frente al espejo, se percató de que iba encadenando los días, uno tras otro, sin llegar a ninguna parte. Si continuaba viviendo de esa forma, pronto perdería la cabeza, como casi le había sucedido un año atrás.

«No puedes volver a pasar por eso», se dijo, comprobando la profundidad de sus ojeras.

Salió del cuarto de baño y abrió el armario del guardia que vivía en esa habitación. Echó un vistazo en busca de una prenda que ponerse y sólo encontró ropa que no le gustaba. En un cajón, junto a la ropa interior, dio con una camiseta negra de manga corta. La olió y sintió el perfume del suavizante. Estaba de suerte, pensó y se la puso. Se miró en el espejo y no le disgustó lo que vio. Oler a limpio era reconfortante. Mientras terminaba de vestirse, oyó un bullicio que llegaba del exterior. No obstante, desde el interior de la habitación, no podía ver más que el paseo. Con curiosidad, se acercó a la ventana, comprobó la hora en el reloj despertador de la mesilla y supuso que era demasiado pronto para que hubiese actividad en la calle.

Desde allí contempló un grupo de vecinos del pueblo que se agolpaban en la puerta corrediza de la casa cuartel. Gritaban al unísono la palabra asesino, a la espera de una explicación.

—Oh, no... —lamentó el inspector al reconocer un coche blanco del que salían dos personas de mediana edad, un hombre y una mujer. Él cargaba una cámara de televisión en las manos y ella, elegantemente vestida con una americana, sujetaba el micrófono.

«Esa entrometida», se dijo para sus adentros y sintió la urgencia de avisar al compañero. No sabía nada de Maqueda, pero era probable que siguiera dormido. Salió del dormitorio, bajó las escaleras y lo encontró sentado en el sillón de su despacho, con el uniforme puesto y el cabello aún húmedo tras la ducha.

Desde abajo, las proclamas se oían con más intensidad. El timbre de la puerta sonaba. La gente comenzaba a inquietarse por no recibir una respuesta sobre lo ocurrido y el asunto iba a tener trascendencia a nivel nacional.

—Tenemos visita... —dijo Rojo, señalando a la calle—. Alguien se ha ido de la lengua.

Maqueda dio un sorbo a la taza humeante de café y sonrió estirando los labios. Era una de esas sonrisas irónicas, de las que predicen el futuro sin demasiada alegría.

—He hablado con el alcalde esta mañana. En unas horas entierran a Claudia Berenguer en el cementerio de Pinoso —explicó—. A la otra chica la van a repatriar para que esté con los suyos.

—¿Por eso está la televisión aquí?

—No. No estoy al tanto de esa parte, pero se ha rumoreado que Antonio es el asesino.

—No son buenas noticias.

—Son malísimas. ¿Recuerda a esos hombres del restaurante?

—Como para olvidarlos.

—Fueron claros con sus intenciones. Ahora tenemos dos cuerpos sin vida, un posible tercero y ningún sospechoso.

—La gente tiene la boca muy grande y las pelotas muy pequeñas. Lo he visto ya antes. Como mucho, lo echarán del pueblo.

—De eso no me cabe la menor duda.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó, refiriéndose al bullicio de la calle.

—Déjelos, están en su derecho de quejarse. Llamaremos a la prensa cuando queramos dar una noticia.

—Estupendo —dijo Rojo, luego se asomó a la ventana y vio de nuevo a esa reportera—. ¿Ha descansado?

—Lo justo. Le he estado dando vueltas a lo que Antonio nos ha contado.

—Deberíamos visitar a ese tal Mauricio. Es hora de ir estrechando el cerco.

—Pienso lo mismo que usted. ¿Vio la cara de Antonio cuando reconoció el tatuaje? Le temblaban las piernas...

Rojo notó cómo el gendarme se alegraba de la reacción del sospechoso.

—Dicen que una imagen vale más que mil palabras...

Maqueda se quedó pensativo unos segundos, indeciso a la hora de hablar, como si buscara las palabras adecuadas para continuar.

—Verá, Rojo, yo también he trabajado otros casos como este... y el instinto me indica que vamos a encontrar respuestas en esa casa.

—¿Le puedo hacer una pregunta, sargento?

—Adelante.

—¿Sigue contemplando la hipótesis de que fueron dos las personas que cometieron los crímenes?

—Por supuesto. En ningún momento he dejado de creer eso. ¿Qué tiene en la cabeza?

—Nada. Quizá, no sea tan disparatado —pensó en voz alta, cuestionando el pasado—. Intento abrirme de miras. Empiezo a sentir que perdemos el horizonte.

—¿Le puedo hacer yo otra pregunta?

—Claro.

—¿Alguna vez ha experimentado la necesidad de creer en algo que no puede ver ni sentir, pero sabe que le está ayudando?

Rojo lo miró y se rio.

—No.

—Entiendo —dijo Maqueda y se puso en pie para recoger sus pertenencias.

—Ese Dios al que reza, cuando a usted le protege, también traiciona a otros.

***

Los dos agentes abandonaron la propiedad y encontraron un grupo de personas que se había incrementado en cuestión de minutos. Decidieron salir en dos coches para que no los siguieran.

Maqueda se acercó a la valla metálica para mediar con el pueblo.

—¿Dónde está ese asesino? —preguntaba un hombre enfurecido—. ¡Sabemos que está ahí! ¡Ese desgraciado la va a pagar!

El sargento abrió la puerta y le hizo un gesto al inspector para que saliera.

—Hagan paso, por favor... Aquí no hay nadie. Hagan paso y apártense... —indicaba, echándolos hacia atrás.

Rojo miró por el espejo izquierdo y vio la silueta de esa mujer que sujetaba el micrófono.

Arrancó, metió la primera y salió de allí mientras Maqueda movía el rebaño hacia el otro lado. De pronto, cuando se detuvo en la puerta que conectaba con el paseo, los periodistas se abalanzaron contra la ventanilla.

—¡Inspector Rojo! —clamó Carla Moliner, pegándose al cristal—. ¡Por favor, inspector! ¿Es verdad que los asesinatos están relacionados con los crímenes de Miguel Díaz?

Las preguntas de la reportera sólo lograron confundir a la multitud. Un revuelo se formó a partir de lo que escuchaban. Maqueda se giró para indicarle al compañero que se tenía que largar. El ambiente empezaba a caldearse más de lo esperado.

—¡Inspector, por favor! —insistió ella.

Se puso las gafas de sol de aviador y bajó la ventanilla, no sin percatarse de que el compañero de la mujer le estaba grabando. Cualquier cosa que dijera, saldría por la televisión.

—Por favor, inspector, ¿es cierto que está aquí porque los crímenes están relacionados?

—No tengo nada que decir.

—Pero está aquí por algo. Este caso es de la UCO. ¿Es eso cierto?

—¿Tienes que acabar cada frase con un jodido interrogante?

—¿Son ciertos los rumores de que los asesinatos están relacionados con un culto satánico?

—Vete al carajo.

—¿Es verdad que el suicidio de Miguel Díaz fue una negligencia policial? —preguntó y los ojos del inspector se encendieron como dos antorchas.

Pisó el acelerador para ahuyentar al cámara y salió disparado de allí, sin contestar a la última pregunta, lamentando no haber contenido la rabia. La pesadilla mediática no había hecho más que empezar. Ahora, no solamente los medios, sino también los altos mandos estarían encima del caso.

Durante todo ese período, se había prometido no cometer los mismos errores del pasado, pero, al parecer, el destino de algunos hombres está escrito de antemano.

27

El inspector hizo un alto en el camino y bajó del coche para fumar un cigarro. A su alrededor, campo y más campo. Una inmensa y amarillenta llanura irregular de almendros, olivos, pinos y viñedos, entre dos sierras. El silencio era placentero, incluso con el zumbido de las cigarras que se agitaban por el calor. No había nada a su alrededor y eso le hacía sentir en paz por dentro. En realidad, pensó que no le vendría mal pasar una temporada en un lugar como ese, alejado del ruido habitual de la ciudad, de los problemas ajenos, de los propios y del contaminante ritmo urbanita. Un sitio en el que pudiera convivir con su conciencia y así poder digerir todos los sucesos vividos en los últimos diez años. Su mente estaba llena de cicatrices que no habían sanado del todo, de oscuros monstruos que intentaban colarse por las grietas de su estoica fortaleza.

La vida es así, decía como lema para todo y había aprendido a vivir con ella, aunque cada día se hiciera más difícil.

El todoterreno de Maqueda salió de la carretera, levantando una polvareda por su paso y se detuvo frente a él.

Sin apearse del vehículo, bajó la ventanilla y encendió un cigarrillo.

—Los he despistado, pero no por mucho tiempo. Esos periodistas no conocen la zona.

Rojo lo miró extrañado.

—Pensaba que no se podía fumar en su coche.

—Usted no puede —dijo y sonrió—. Venga, no perdamos la mañana mirando el paisaje.

***

Rojo siguió al sargento por una carretera llena de baches y agujeros. Tras veinte minutos al volante, subieron una loma por la que se podía observar todo el paisaje y, desde su coche, Rojo contempló un grupo de casas desperdigadas por el terreno. El paisaje de color crema era hermoso desde lo alto. Bajaron por una pendiente recta hasta que Maqueda salió del camino y se detuvo frente a la entrada de la primera casa, la más grande de las tres que había separadas en el primer conjunto. Desde lo alto, observó la construcción. Era un gran caserón con aspecto de alquería, de dos plantas y con un enorme patio interior. A un lado había un palomar ya en desuso y también una pista de tenis abandonada. Al otro, un enorme almacén que funcionaba como garaje y bodega.

En la parte trasera del palomar divisó lo que parecía un monovolumen de color blanco.

Bajó la cuesta y entró en el sendero hasta que se detuvo junto al sargento en la entrada. Una señal detenía el paso y una cadena impedía el acceso.

Maqueda bajó del vehículo, se puso la gorra y pasó por encima de la cadena. Rojo prosiguió sus pasos, sin quitarse las gafas de sol y se dirigieron hacia la entrada de la casa, que estaba cubierta por una persiana de madera que la protegía del sol. El inspector se percató de que el garaje estaba abierto y también de los dos coches que había bajo una entrada de teja. Uno de ellos era el que había visto en el restaurante, el día anterior. El otro era un viejo Fiat de color blanco, un coche que pertenecía a otra época, como casi todo lo que había por allí. La presencia de los agentes no pasó desapercibida cuando, del interior de la bodega, un hombre salió a recibirlos.

—Buenos días —les saludó un tipo con el rostro tostado por el sol, un sombrero de paja y un mono azul de trabajo. Rojo le dio un vistazo y se fijó en la indumentaria. Llevaba puestas botas de goma y una camiseta blanca con el logotipo de una cooperativa agrícola—. ¿A quién buscan?

—A Mauricio —especificó Maqueda, con voz autoritaria y caminando hacia él—. ¿Usted es?

—Juanfran.

—Ajá —dijo el sargento, esperando a que le contara más.

—Soy el que le hace la vendimia y la cosecha del aceite al señor. El de la almendra es Juanito, el de la Algueña.

—Entiendo. Pero aún es pronto para la vendimia.

—Y para la almendra... pero me dijo el señor que le pasaba algo al tractor y he venido a echar un ojo.

—Entiendo. ¿Hay alguien por aquí?

—Pues no lo sé, agente. El señor puede que esté durmiendo. Eso ya no lo sé.

—¿Es tu coche? —preguntó Rojo, señalando al Fiat.

El hombre giró la cabeza y asintió.

—¿Tiene la ITV al corriente?

—Verá... —dijo, preocupado. Se quitó el sombrero y lo sujetó con las dos manos.

Maqueda le hizo un gesto para que no se excediera. No estaban allí para empapelar a nadie.

—Por casualidad, ¿sabe de quién es la furgoneta que hay detrás de la casa?

En ese momento, se oyó un ruido en la persiana.

—Sargento Maqueda, qué sorpresa... —dijo la voz grave de un hombre que empujaba la persiana hacia fuera. Entonces asomó la cabeza y Rojo reconoció el rostro arrugado y el cabello canoso y ondulado del cazador. Llevaba puesta una camisa azul, remangada hasta los codos, unos vaqueros y alpargatas de esparto.

—Buenos días, señor —dijo el empleado.

—Juanfran, puedes seguir con lo tuyo... Lo que haga falta, anótalo en la lista y dásela a Miranda —señaló—. Y dile que te llene una bolsa con tomates y manzanas, que este año tenemos para dar y vender...

—Sí, gracias, don Mauricio.

El hombre, con su bigote tieso y amarillento de fumar puros, se acercó a la pareja de agentes, con una grata sonrisa. Primero, le ofreció la mano a Maqueda, dejando a la vista su colección de sortijas y sellos. Después, se dirigió a Rojo y le hizo lo mismo.

—Nos hemos visto, pero no nos han presentado.

—Inspector Rojo.

—Vaya... Esta sí que es una novedad —dijo el hombre, haciéndose el sorprendido—. La Policía Nacional por estos lares...

—No queremos robarle tiempo, Mauricio —comentó el sargento, evitando el inicio de una discusión—. Nos gustaría hacerle unas preguntas.

—Ya, ya... Sé de sobra por qué están aquí —dijo, sin apartar la mirada del inspector—. Se lo dije... ese diablo llevaba todas las papeletas... Que no llegue la señal telefónica, no significa que no me entere de las noticias... Leo el periódico todas las mañanas.

—Entonces, evitaremos los preámbulos innecesarios.

—Por supuesto... ¿Saben? Me alegra que Antonio finalmente pague por lo que ha hecho...

—Precisamente, de él queremos hablar.

—Lo que necesiten —comentó y los dirigió al interior de la casa—. Pasen por aquí.

Cruzaron el portón de madera y la oscuridad se apoderó del interior. Olía a humo de cigarro y a almizcle. Rojo se fijó en todos los detalles que pudo recopilar en su mente: grabados con la figura del propietario, fotografías familiares, con amigos, de caza... Recuerdos taurinos, cuernos de ciervo colgados de las paredes, tapices hechos con piel de animal y una colección de aves y mamíferos disecados, colocados por las estancias y por el salón. Pasaron por la puerta de una cocina y entraron en el patio que el inspector había visto desde lo alto. Allí había una piscina de obra y un espacio habilitado con tumbonas, sillas y una mesa redonda para descansar y tomar el café, bajo una sombrilla de gran tamaño.

Rojo observó varios periódicos doblados sobre una balda de piedra, una radio con la antena desplegada, un paquete de Ducados y varias novelas del oeste y policíacas con las cubiertas amarillentas.

—Por favor, pónganse cómodos.

—De verdad que... —empezó a decir Maqueda.

—¡Miranda! —gritó el anfitrión hacia el interior de la casa. Una mujer de unos cincuenta años apareció por la persiana—. Prepara café y algunos dulces. Tenemos visita.

—No es necesario.

—Lo siento, sargento, pero es mi casa, mis invitados, mis normas.

—Como quiera, aunque la visita será breve.

Rojo y Maqueda se sentaron frente a él. El hombre abrió una caja de puritos finos y sacó uno. Después se los ofreció a los agentes y estos los rechazaron. Encendió el puro con un mechero de gasolina y dio una calada hasta que soltó el humo. Después apoyó el codo en el muslo y se inclinó hacia ellos para hablarles en voz baja.

—No sé lo que les habrá contado ese cabronazo, pero fue él quien la mató —comentó, en voz baja para que no lo oyera la sirvienta—. La noche en la que apareció muerta, la chica se fue de la lengua y nos lo contó todo... Le dije que se quedara, pero no quiso. Sabíamos que pasaría... y pasó.

28

La pareja de agentes se quedó descolocada ante el primer comentario. En ningún momento esperaban que Mauricio fuera tan directo con ellos, aunque debían cuestionar todo lo que dijera, igual que habían hecho con el otro. Ninguno de los dos podía presumir de un historial pulcro.

La sirvienta trajo los cafés en una bandeja, acompañados de unas pastas redondas con azúcar por encima.

—Perusas del Pinós —señaló, ofreciendo a los agentes—. Usted seguro que no las ha probado, sargento.

—Sí, las conozco.

—Miranda, trae también unos sequillos y la botella de mistela y la de Magno, anda... —ordenó haciéndole un gesto de desaprobación, como si aquello no fuera suficiente para la visita —. No nos vamos a tomar esto a palo seco.

—No es necesario, Mauricio. No hemos venido a desayunar, sino a hablar contigo...

—¿Soy sospechoso de algo, sargento?

La mujer trajo lo que el señor de la casa había requerido. Dejó las botellas, Rojo cogió la de brandy y echó un chorro en la taza de café. Después dio un sorbo y sintió cómo el alcohol le calentaba la garganta.

—Tenemos constancia de que organiza fiestas de dudosa legalidad en su casa.

—Sí, lo hago. Aquí mismo. ¿Es algo malo invitar a unos amigos, cenar y tomar algunos tragos? No molesto a nadie. Ni siquiera hay vecinos. Nadie se ha quejado, ¿verdad?

—Algunos dicen que también trae chicas...

—No, no, no se equivoque, Maqueda —dijo, negando con el dedo índice en lo alto—. Lo que hagan esas chicas con su vida, no es de mi incumbencia... Aquí las invito a venir, pero no pago a ninguna... Pregúntenles.

Rojo bufó y el hombre lo miró con cara de ofendido.

—No, en serio. Pregúntenles. ¿Lo dice por Claudia?

—Antonio nos ha confesado que terminó su relación con la chica, precisamente, por la que ella tenía con usted.

—¡Ja, ja! No me haga reír... Esa muchacha tenía muchos problemas, no sólo con él. Le gustaba demasiado el perico y, a su edad, eso no es bueno...

—Y a la suya, ¿sí? —preguntó Rojo, desafiante.

—A la mía, bastante tengo con la viagra. Otra cosa... y me pega algo.

—Antonio le conseguía las dosis para usted y sus amigos.

—Por favor, sargento... ¿Quién no se divierte alguna vez? No es lo habitual. Somos hombres, mayores, algunos casados, pero no me pidan nombres... Hago las fiestas para mí y para nadie más. Mis hijos son mayores de edad y tienen sus vidas. Mi mujer está viviendo en Valencia con otro... Soy un buen tipo, cuido las fincas y no hago daño a nadie.

—¿Conocía a Jimena?

—Por supuesto, la chica de los pollos... Una lástima.

—¿La invitó a alguna de sus fiestas?

—Sí, pero nunca quiso venir.

El calor empezaba a asfixiar en el interior del patio. Rojo sentía las gotas de sudor que le caían por la frente. Las avispas zumbaban en el aire, mientras Mauricio se abría la camisa, dejando a la vista una cadena dorada con un crucifijo.

—Escuchen, yo no tengo nada que ver con la muerte de esas chicas, ni por asomo. Tengo una hija, ¿vale? Y jamás tocaría a una muchacha para hacerle daño... Lo de Claudia, bueno... Ella era libre de hacer lo que quisiera con su vida. Estúpido no soy tampoco... Venía, se divertía, bebíamos y nos lo pasamos bien un par de veces. Pero nada más. Cuando apareció con el idiota ese, le dije que se olvidara de las fiestas y de asomarse por aquí...

—¿Qué sucedió?

—Lo trajo una noche para que hiciera negocio —explicó y le cambió el semblante—. Supongo que querría una comisión o consumir gratis... Esto no es un lugar para trapichear. ¿Que te quieres pegar un tirito? Pues te lo traes de casa, pero ya está. Claudia empezó a marear y marear... y es que estaba tan rica esa niña, pero no, ni hablar. No iba a consentir que esto acabara mal. ¿Ven? No iba mal encaminado.

—¿A qué se refiere?

—Mis amistades tienen responsabilidades, privadas y públicas. Una foto, una denuncia, un bulo... y al carajo sus vidas. Le vi rápido el plumero a esa muchacha. No tenía mal corazón, pero sus intenciones no eran limpias.

—¿Le pidió dinero en alguna ocasión?

—Sí. Y se lo di. No es que me sobre, pero no era mucho.

—Dicen que le iba a poner un piso en Murcia.

—Uno dice muchas tonterías cuando tiene dos soles delante.

—Entiendo —comentó Maqueda—. ¿Por qué ha dicho antes que sabía que la matarían?

El hombre hizo un ruido con la garganta. Le costaba hablar del asunto.

—La invité a cenar en mi casa, junto con varios amigos que pueden confirmarlo. La cena pasó a las copas, como siempre... Ella nos dijo que se tenía que ir. Le pregunté por qué, todavía era pronto...

—¿Qué hora era?

—Serían las once, como muy tarde... y ninguno de los presentes se iba a marchar, pero ella insistió.

—¿Le dijo cuál era el motivo? —preguntó Rojo.

—¿Cuál va a ser, inspector? Toni, ese Toni... Que estaba en el pueblo, nervioso, intentando encontrarla. Le dije que apagara el dichoso teléfono y que se quedara a pasar la noche, que ese desgraciado le iba a hacer daño. Pero ella se negó y se fue.

—¿Cómo se fue?

El hombre cogió aire e intentó recordar, pero la memoria le fallaba.

—Iba un poco mareado, ya me entienden, pero alguien la debió de llevar. El caso es que no recuerdo quién. Las otras chicas se quedaron y mis invitados también.

—¿La sirvienta? —preguntó Maqueda.

—No, a Miranda la mando a su pueblo. No quiero que vea estas cosas.

—¿Quién más hay por aquí?

—Nadie.

—¿Quiere decir que desapareció sin que nadie la llevara al pueblo? —preguntó Maqueda y miró al compañero. Hasta ese momento, su coartada había funcionado, pero ahora comenzaba a romperse.

—No, por supuesto que no, pero les juro que no lo recuerdo. Aquí no había nadie más. Les doy mi palabra.

El sargento le solicitó una lista de los invitados a la fiesta y le aseguró que sería lo más discreto posible. Se despidieron del hombre y caminaron hacia la salida, cuando Rojo recordó un detalle que despertó su interés.

—Una pregunta más, ¿es suya la furgoneta aparcada detrás del palomar?

—¿Eh? No, qué demonios... —respondió y les hizo una señal para abandonar el patio por la parte trasera. Abrió la puerta metálica y salieron al costado de la casa—. ¿Se refiere a esa?

Frente a ellos había una Citroën C-15 de color blanco y con los neumáticos finos y marcados por varias rayas, como la marca que habían encontrado en la entrada a la sierra.

Rojo se acercó y miró en su interior a través de los cristales. En el maletero había un par de botas de goma de color verde y dos recipientes de aluminio.

—Sí, exactamente esta —respondió y miró de reojo a su compañero.

—Es de Pedro, el pastor, el que me cuida las cabras... La usa para moverse por aquí y llevar la leche.

Rojo recordó la apariencia descuidada del hombre que lo había saludado en la carretera. Había estado allí todo el tiempo, invisible para los ojos de la gente. En aquel momento, una fuerza interior se apoderó de él y se dirigió hacia Maqueda.

—Lo tenemos.

29

La mañana transcurrió lentamente hasta que el agente de la Unidad Científica llegó a la casa del propietario de la finca. Durante la espera, Maqueda le tomó declaración al encargado de la cosecha, con el que habían conversado al comienzo y también a la sirvienta que trabajaba para Mauricio. Los testimonios no resultaron de gran ayuda, pero ambos confirmaron que la furgoneta pertenecía al pastor que estaba a cargo del ganado de Mauricio. Sobre las fiestas, dijeron no saber nada.

Mientras tanto, Rojo permaneció cerca del monovolumen, asegurándose de que nadie se acercaba a este. Era la única prueba concluyente que poseían y, con un poco de suerte, la Policía Científica encontraría alguna muestra de tejido o de sangre de las chicas en el interior del maletero. Rojo se mostró sorprendido por el desenlace de los acontecimientos, pero no quería sacar conclusiones apresuradas. Le resultaba difícil de creer y, sobre todo, de digerir, lo que estaba sucediendo.

—Le aseguro que esa furgoneta no estaba aparcada aquí el día de la fiesta, cuando Claudia se marchó —expresó Mauricio, con las manos en los bolsillos. Los dos hombres observaban al gendarme interrogando al personal—. Es grave, ¿verdad?

Rojo lo miró de reojo.

—¿Y cuánto tiempo lleva aquí?

—No tengo ni idea. Suelo entrar por la puerta principal.

—No recuerda cómo se fue, pero sí que el vehículo no estaba. Vaya, tiene memoria para lo que le apetece.

—Le diré algo... He visto su cara en los diarios —comentó, con la mirada puesta en otra parte—. Por lo que he leído, tiene mala prensa.

—La gente quiere el trabajo bien hecho, pero nunca llueve a gusto de todos.

—Lo de esas chicas... ¿Tiene que ver con lo que investigó? Si no recuerdo mal, lo cazaron.

—Se suicidó.

—¿Qué más da? Un problema menos. Ese muchacho no aportaba nada a la sociedad.

—¿Y los demás sí?

—Nada bueno, quiero decir —añadió y carraspeó—. Pero le diré algo más. Conozco muy bien a Pedro y a su hijo. Son personas buenas, sencillas, sin demasiadas ambiciones, sin ningún tipo de maldad...

—¿Trabajan desde hace mucho para usted?

El hombre abrió los ojos e hizo un gesto de exageración.

—De toda la vida. Martín, el padre de Pedro, trabajaba para el mío. Luego me quedé con las tierras y Pedro, el hijo, el que ahora es pastor, se quedó a cargo de las cabras y de la leche... No le extraigo mucho provecho. Le otorgué el setenta por ciento de los beneficios y parte de la subvención agrícola por lo que hace... y en la vida se me ha quejado, ni me ha fallado ni un día, ni cuando el hijo se ponía enfermo... Y le hablo de más de veinte años.

La cabeza de Rojo comenzó a elucubrar una nueva teoría.

—¿Y su mujer?

—Murió en un accidente de tráfico, ahí en el cruce de la Solana —aclaró y Rojo recordó el abrupto cruce sin visibilidad—. ¿Sabe dónde le digo?

—Sí.

—Pues la empotró un grupo de críos que venían de las fiestas de la Algueña... En fin, desgracias que pasan.

—Que se podrían evitar...

—Dejó al marido y al hijo a la voluntad de Dios. La vida es muy perra.

—¿Qué pasó con el otro coche?

—Nada. El de arriba es así con los que quiere...

Rojo vio cómo Maqueda concluía con su trabajo.

—¿Dónde puedo encontrar al pastor?

—Vive al lado del bar de la Torre.

—¿La Torre...?

—La Torre del Rico —explicó, recordando que no era de la zona—. Es un caserío que hay de camino a Pinoso. El sargento le indicará cómo llegar. Dígame una cosa, inspector...

—¿Sí?

—¿Cree que Antonio asesinó a la chica?

Rojo lo observó y encontró una expresión tensa y llena de venganza.

—¿Sabe si Antonio tenía alguna relación con Pedro?

El hombre vaciló antes de hablar. Sacó un Ducados y lo encendió. Luego dio una bocanada y decidió continuar:

—La poca que tenían, no era buena.

—¿A qué se refiere?

—Ya les he contado que ese Antonio es un criminal. Ni siquiera es de Pinoso y va como si le debieran la vida.

—Tiene amistades que lo protegen.

—No, lo que tiene es una cara muy dura. Estoy esperando al día que lo metan en la cárcel —sentenció y pensó que estaba hablando más de la cuenta.

—Siga, no se corte...

—Pedro, que se mete donde no le llaman... avisó a la Guardia Civil de los negocios del otro.

Rojo miró a Maqueda, que seguía en sus quehaceres y se preguntó por qué no le habría contado nada al respecto.

—¿A santo de qué?

—Se ve que el hijo coqueteó con los porros o qué sé yo... y el padre se lo tomó como algo personal. Pecó de tonto.

—O de padre.

—Pero no me ha respondido a la pregunta, ¿cree que ese desgraciado tiene las manos manchadas de sangre?

Rojo giró la cabeza y lo miró de frente. El señor estaba acostumbrado a salirse con la suya.

—Yo soy quien hace las preguntas y no voy a darle ningún veredicto.

—Pues encuentre al hijo de puta que ha hecho esto, o verá cómo alguien lo hará por usted.

—¿Todo en orden? —preguntó Maqueda, cuando se acercó a ellos. Rojo suspiró, ignorando el comentario del hombre, quien no era más que un reflejo de la impotencia y el malestar general de la población.

—Sí. Matando el tiempo.

—Nunca mejor dicho.

Por la cuesta, un vehículo se acercaba a la propiedad.

—Por fin llegan los refuerzos —comentó Mauricio con sorna y dio una larga respiración—. ¿Se van a quedar a comer?

—No, gracias.

—Le puedo decir a la chica que les prepare algo. No me importa. Todo lo que sea por agilizar.

—Agradecemos su hospitalidad.

—En ese caso, si no les importa, me retiro... Tengo algunas cosas que hacer.

—Por supuesto. Gracias por atención.

—Si necesitan algo, estaré dentro —dijo y se marchó por la puerta trasera que conectaba con el patio.

Maqueda se quedó observando a Rojo, que parecía abstraído en sus pensamientos.

—¿Qué te ha contado?

—Nada relevante, todavía.

—¿Te crees su versión?

—Como la del otro.

—No me gustan las intrigas, Rojo —comentó el sargento.

—Ni a mí perder el tiempo —respondió y señaló con la cabeza al vehículo que entraba—. ¿Por qué no me has contado que el pastor denunció a Antonio?

—Porque no tenía constancia de ello —dijo, confundido—. Debió de atenderlo mi compañero.

—En fin... Veamos qué encuentra este y saldremos de dudas.

***

El exhaustivo examen del agente Pérez llevó dos horas y media de reloj. Rojo fumaba y reflexionaba sobre la conversación que había tenido. Era importante visitar al pastor y hablar con él.

Para él, o Mauricio mentía, o algo no encajaba en la línea cronológica de los hechos. Si la furgoneta estaba allí, era porque alguien la había conducido. Su hipótesis más lógica era que el pastor hubiera recogido a la chica, por alguna razón y la hubiese matado. Después la abandonó en medio del campo, pero era un movimiento poco inteligente y fácil de rastrear. No pensó en las consecuencias. Si era verdad lo que aquel hombre narraba acerca de su situación, cometer un

acto así no beneficiaba nada a la escasa familia que le quedaba. «No tiene sentido», pensó. Elaboró una segunda teoría, esta vez con un poco más de complejidad. La otra probabilidad era que Antonio, en un ataque de celos, hubiese robado en algún momento la furgoneta al pastor, para cargarle a él la culpa. Después de todo, tenía un maletero suficiente como para transportar un cadáver y un motivo para hundirle la vida. Eso cobraba más sentido para él. Era un plan impulsivo, visceral y lleno de venganza. No obstante, no dejaba de ser arriesgado y complicado, aunque más probable que el primer caso.

El agente sacó varias muestras de tejidos, guardó las botas y también los recipientes. A medida que cogía muestras y las metía en una bolsa, fotografiaba el interior del vehículo, sin dejar ningún rincón libre de inspección.

—Esto puede llevar días —explicó Pérez, al ver la cantidad de pruebas extraídas—. Tenemos el laboratorio hasta arriba y nos faltan recursos.

—Para entonces, quizás tengas más faena.

—A nosotros nunca nos falta el trabajo, Rojo.

—Venga, Pérez, sáltame en la cola, que esto urge, ya lo sabes... —insistió, remarcando con la voz la importancia del asunto—. Prometo compensarlo.

—Siempre dices lo mismo —respondió, metiendo las muestras en unas cajas de plástico para protegerlas del viaje. Luego se despidió de los agentes—. Por cierto, ¿has visto las noticias?

—No, conozco otras formas de castigarme.

—Bueno... Ya te enterarás... Me largo, antes de que se me haga más tarde —comentó y miró a ambos lados—. Tanta calma me da repelús. Te llamaré con lo que encuentre.

El agente Pérez subió al coche y desapareció por la carretera.

—Ahora no nos queda otra, que esperar los resultados.

—Ni de coña —respondió Rojo, tajante—. ¿Dónde está la Torre del Rico?

—A quince minutos.

—¿Cómo de fácil es llegar desde aquí?

—¿Qué está tramando, Rojo?

—Responda, sargento. Por favor...

Maqueda chasqueó la lengua y miró hacia la carretera.

—Hay dos vías, una más larga y otra...

—La que usted tomaría.

—Está bien... Suba la cuesta, siga recto en dirección a La Zarza y encontrará un camino que se desvía hacia la izquierda... Tómelo y siga recto... Irá campo a través, por una carretera secundaria en mal estado, así que no vaya demasiado rápido.

—Lo tendré en cuenta.

—Si no se pierde antes, no tendrá problema para llegar. ¿Le puedo preguntar a dónde va? Es obvio que no me acompañará.

—Usted encuentre al pastor y pregúntele dónde estuvo cuando murieron Claudia Berenguer y Jimena Ortiz. Ah, y averigüe cómo había terminado aquí esta furgoneta. Aproveche y dé un vistazo por la casa, en busca de alguna prueba que nos sea útil.

—No puedo hacer eso sin una orden. Es ilegal y esta gente no es estúpida.

—Tengo entendido que ese tal Pedro es noble. Seguro que no pone impedimentos.

—No sé lo que trama, pero no me gusta cómo suena.

—Sus métodos son lentos, sargento. Es hora de pisar un poco el acelerador... —dijo y caminaron hacia la entrada, donde estaban los dos coches—. No conozco al pastor, pero después de verlo y según lo que Mauricio ha contado, dudo que tuviera la fuerza y la sangre fría para cometer un doble asesinato. Sin embargo, me temo que alguien ha buscado meterlo en un grave problema... Vaya y sáquele todo lo que pueda.

—Y usted, ¿qué? Todavía no me ha dicho qué va a hacer.

Rojo extrajo la cartera del bolsillo del pantalón y le mostró la tarjeta del restaurante Casablanca. Por la parte trasera estaba el nombre de la camarera y su número de teléfono.

—No me gusta irme de los bares sin dejar propina.

30

Se sentía el calor en la frente, debido a la cantidad de pensamientos que recorrían su cabeza en ese momento. El tiempo se le echaba encima, aunque iba acercándose a la verdad. Tan sólo necesitaba tirar de un hilo que lo llevara hasta el sospechoso principal. Para él, ese Antonio tenía todas las papeletas, desde el principio. Es posible que la actitud del sargento se suavizara cuando le mostró las fotografías de la mujer, pero eso no significaba nada. Lo había visto otras veces, con otros temerarios peores que él. Que una persona se muestre afectada emocionalmente por una atrocidad cometida, no significa que se arrepienta de haberla cometido, o que no esté interpretando un papel que le ha funcionado perfectamente durante años. Para Rojo, el mundo era un lugar hostil en el que cada persona luchaba a diario tanto por sobrevivir como para prosperar, algunos de forma ética, otros sin ella, algunos con fortuna y la mayoría con la peor de las suertes.

Atravesó el camino hasta el final de la carretera, donde una curva cerrada lo obligó a frenar. Cruzó las fincas que quedaban a ambos lados de la carretera y llegó a la conclusión de que cualquiera podía enterrar un cadáver allí, en medio de aquella nada, y nadie lograría encontrarlo.

Finalmente, vio a lo lejos las grandes letras del restaurante. Salió de la carretera y se metió en el camino que llevaba a la explanada de asfalto que servía de aparcamiento. Dejó el coche y caminó hacia la puerta del local. Al abrir, dio un vistazo a las mesas. Ese día, el sitio estaba igual de lleno que el anterior, aunque no reconoció ninguna cara. Al girarse, la vio a ella, sonriente, mirándolo de soslayo, apuntándole con los pies y mordiéndose el labio.

—¿Mesa para dos o para uno?

—¿Cuándo acaba tu turno? —preguntó, directo y sin preámbulos.

Ella se rio con travesura y comprobó la hora. Era tarde y los últimos comensales estaban llegando al postre.

—En cuarenta minutos.

—Mesa para uno, entonces.

—Claro, por aquí, por favor —dijo y le indicó el camino a una mesa cuadrada.

***

Pidió el menú, que constaba de unos entremeses de espárragos como primer plato y unas chuletas de cordero como segundo. Desde su lugar, podía observar los movimientos de los demás comensales y también del personal que entraba y salía de la cocina. El responsable, el hombre

alto que les había impedido la entrada en la ocasión anterior, lo saludó desde lejos, pero lo miraba con recelo, con una leve sospecha en el rostro. El inspector estaba convencido de que sabía que era policía y que estaba investigando el caso de las mujeres asesinadas. Era probable que la camarera también lo supiera, pensó, aunque esto no parecía importarle. Poco a poco, el restaurante se vació, quedándose a solas con un par de clientes más que alargaban la sobremesa. No estaba allí para llenar el estómago, aunque le sentaba bien comer algo después de tantas horas de trabajo. Tan pronto como terminara el turno de esa chica, hablaría con ella para sacarle hasta el último detalle. Por desgracia, sospechó que ella, sin embargo, tenía otras ilusiones en mente.

—¿Todo a tu gusto?

—Me falta el café. Y la cuenta.

—Te lo traigo enseguida —dijo y Rojo la cogió del brazo antes de marcharse. Ella le regaló una sonrisa—. ¿Algo más?

—Tu compañero... No parece agradarle mi visita.

—¡Bah! Ese lo que quiere es terminar y marcharse a casa.

Ella se alejó, contoneando las caderas. Estaba contenta y parecía esforzarse por seducir al inspector. De haber sido en otra ocasión, hubiera sido diferente, lamentó mientras la observaba moverse, pero en este momento, su mente solo podía concentrarse en resolver el caso.

Cuando ella le trajo la cuenta y el café, pagó en metálico, dejando dinero de más para la propina. Dio un sorbo al café y echó un vistazo a las otras dos mesas que aún estaban ocupadas. Aquellos hombres seguían allí y no tenían intención de moverse. Al principio, no les dio importancia, pero ahora comenzaban a generarle suspicacia. Eran cuatro, vestidos con camisas de cuadros y vaqueros. Tenían el aspecto de la clientela que se movía por allí y pensó que serían jornaleros del campo o que trabajarían en alguna cantera. La camarera llegó para recoger la bandeja de aluminio con el dinero.

—Salgo en cinco minutos.

—¿Y ellos? —preguntó Rojo, terminando el café—. ¿No se van?

Ella los miró y él notó su gesto de asco.

—Son amigos del dueño.

Rojo asintió y prefirió no decir nada más.

—Te espero en el aparcamiento.

31

Salió del mesón y caminó hasta la explanada de asfalto donde había dejado su coche. El cielo se había nublado durante su estancia ahí dentro. Sacó un cigarrillo, lo prendió y se apoyó en el morro del Ford Focus, que comenzaba a acumular más tierra de lo habitual. Mientras aguardaba a aquella mujer, se fijó en el paisaje que tenía delante, cuestionándose por la vida de esas mujeres e intentando relacionar las incógnitas que flotaban en su cabeza. No podía alejar de su mente la imagen de aquella furgoneta aparcada en la parte trasera de la finca del terrateniente. ¿Quién estaba mintiendo en todo eso?, se preguntó agotado. Pero lo cierto era que no podía cesar en su intento. Si no averiguaba quién las había matado, estaba seguro de que el asesino volvería a actuar. «¿Fueron dos personas, como decía Maqueda?», se repitió en la cabeza, albergando una nueva teoría. Tal vez fuera la fatiga o la falta de recursos, pero no entendía cómo aquel caso se le estaba poniendo difícil. Cada minuto que pasaba, se presentaban nuevas y numerosas posibilidades de muerte.

La vio llegar a lo lejos. Ella se movía de una manera provocativa y no parecía estar nerviosa, ni intimidada por ser él quien era. Se aproximó al coche y se quedó parada ante él.

—¿Me invitas a uno? —Rojo sacó el paquete aplastado de tabaco y se lo ofreció. Ella alzó las cejas y cogió uno—. Un tipo duro... Estos los fumaba mi padre.

El inspector no comentó y le ofreció fuego. Ella apoyó la espalda en el capó del coche y fumó en silencio, exhalando el humo hacia delante. Era como un juego de niños, pero a Rojo no le gustaba jugar.

—¿Un día largo?

—Como siempre. Todos son iguales —comentó y lo miró de reojo. Luego se rio—. Bueno, casi todos.

—No me sorprende. ¿Quién te trae hasta aquí?

Ella señaló un Seat Ibiza antiguo de color rojo que estaba en un rincón del aparcamiento.

—Ese me trae y me lleva. Quizá hoy la cosa cambie. Mañana es mi día libre.

Rojo la miró y esbozó una sonrisa. No quería decepcionarla tan pronto.

—¿Qué me puedes contar de Antonio?

—¿Antonio?

—El Toni...

Ella arqueó las cejas y dio una chupada al cigarro. Después lo apagó en el suelo con un pisotón. Sus esperanzas de darse un revolcón con el inspector empezaron a decaer.

—Sí, ya sé de quién me hablas. No es buena gente. Para eso has venido, ¿no?

—No del todo, pero necesito que me eches una mano.

—Qué directo eres... —dijo, le puso la mano en el pecho y la bajó hasta la bragueta, pero Rojo se la apartó.

—Mira, yo no sé nada, ¿eh? —dijo, molesta por la trampa que le había tendido—. Ya bastante tengo.

Rojo se acercó a ella, la miró a los ojos y le acarició la cara. El simple gesto la paralizó. La presencia del inspector era como la de un león tranquilo, pero sus ojos hablaban por él.

—¿Qué quieres saber? —preguntó ella, cambiando el tono de voz. Su mirada se veía interrumpida por la del policía.

Él se apartó unos centímetros.

—¿De qué lo conoces?

—Es un camello... Para bien o para mal, todos lo conocen.

—¿Y a Mauricio?

Ella se rio al escuchar el nombre.

—Don Mauricio es buena gente. Un pobre diablo, perdidico... pero disfrutón.

—¿Has ido a alguna de sus fiestas?

—Fui solo a la última... y no porque no haya querido ir más, pero es que sus amigos... —explicó y se percató del rostro del inspector, quien la estaba juzgando sin conocer todos los detalles—. No te pienses algo que no es. Yo no soy de esas.

—No estoy pensando en nada y no he pronunciado una sola palabra. ¿Conocías a Claudia?

—¿La Berenguer? Sí, claro... —Miró a otro lado—. Pobre chica, aunque a esa sí que le gustaba sacarse un extra.

—¿A ti, no?

—¿Disculpa? —preguntó ofendida. La conversación giraba hacia un tono más tenso—. Ya te he dicho que no. ¿Es eso lo que pensabas de mí? Me gano la vida dignamente.

—No estoy aquí para juzgar cómo la gente se gana la vida, sino para averiguar quién ha matado a esas dos chicas.

—Te habrás quedado a gusto... Claudia era aficionada a los lujos, a la ropa cara, a los regalos y a pasárselo bien. Pero a mí no me van esas cosas...

—En la noche de la fiesta, ella se fue antes que el resto de la gente.

—Sí, montó un pollo que no veas... —contó, haciendo gestos de exageración—. Nos cortó el rollo a todos.

—¿Qué pasó?

—Empezó a dar gritos para que la llevaran a Pinoso.

—Y nadie quiso.

—Pero, zagal, si acabábamos de cenar... Era una niña caprichosa, quería todo y ya. Al parecer, el Toni se había puesto de morros porque ella estaba en casa de don Mauricio y ya se olía lo que pasaba...

—El Toni estaba celoso de que ella se acostara con el otro.

—¿Y tú eres policía? —preguntó, provocándole. Después sonrió, se acercó a él de frente y le puso la mano en el pecho, dejando que el perfume lo embelesara—. ¿Por qué no descansas un ratico, inspector?

—¿Quién la llevó al pueblo?

—Vamos a tu coche, media hora... y te lo cuento todo... —le susurró, buscando su boca.

—Alguien tuvo que hacerlo.

—¡Ay, por Dios! ¡Qué hombre! —exclamó, dándose por vencida y regresó donde estaba—. Yo qué sé. Nos encontrábamos en el patio y ella abandonó la casa. Alguien tuvo que venir a por ella... ¡Lo que ella se habría preocupado por mí!

—La mataron poco después.

—Ya...

—¿Crees que lo hizo Antonio?

—¡Uf! A saber... Aunque, ahora que lo dices... Recuerdo que habló con alguien por teléfono...

—Tenía entendido que no hay señal en esa zona.

—Y no lo hay, en general, pero es necesario salir a la era que hay abajo, donde el camino termina.

—¿Qué oíste?

—Nada... Estaba nerviosa.

—¿Algún nombre?

—¿Miguel?

«Miquel».

—¿Uno alto, larguirucho, con gafas...?

—¡Ay! Yo qué sé... Es lo que oí. Miguel, Miguel... No conozco de nada a esa persona.

—¿Oíste algo más?

—Ya te lo he dicho. Repetía el nombre, como si estuviera discutiendo. Luego encontré el baño y me dediqué a mis asuntos.

—Y no la volviste a ver.

—No... ¿Has terminado ya el interrogatorio, inspector?

—Sí. Has sido de gran ayuda.

Ella le rodeó con los brazos.

—¿Y no me vas a compensar por ayudar a la Policía? —preguntó y le acercó los labios. Se besaron durante unos instantes y Rojo sintió la presión de los pechos contra su cuerpo. Esa chica no se iba a dar por vencido tan rápido. Por desgracia, no era el momento adecuado.

Con tacto, se separó de ella y la miró fijamente.

—Todo llegará, ¿de acuerdo? —le dijo y ella aceptó el golpe con deportividad—. Me tengo que ir, pero te veré más tarde.

La mujer suspiró ante el rechazo. Rojo se puso las gafas de sol, a pesar de que el cielo seguía cubierto. Subió al coche, arrancó y la vio ahí plantada, a la espera de que cambiara de opinión en el último momento.

Pero no lo hizo.

Se despidió de ella y abandonó el restaurante, dirigiéndose a la casa del pastor. Algo en su interior ardía por dentro. Creía haber encontrado la respuesta al caso. Si lo que había oído esa noche era cierto, Miquel se convertía en el principal sospechoso de la investigación. Rojo sabía que ese chico se había aprovechado de su incapacidad, si es que esta existía, y tenía todos los motivos para cometer algo así. Debía hablar con Maqueda y colocar todas las pesquisas sobre la

mesa para llegar a una conclusión. El desenlace de aquel caso estaba cerca y también el fin de la pesadilla de todo un pueblo.

32

El inspector atravesó la carretera que conducía a la casa de don Mauricio, siguiendo las instrucciones del guardia civil. El teléfono no recibía señal, a pesar de los intentos que hizo por llamar a su compañero. Calculó que no recuperaría la cobertura hasta que alcanzara lo alto de la cuesta. No atendió a las advertencias que le dio el gendarme sobre el asfalto y aceleró el motor por una carretera llena de agujeros y de baches. Desde el asiento, vio a lo lejos la finca de Mauricio y las casas que quedaban más abajo. El paisaje, con el cielo cubierto y sin sol, tenía un aspecto grisáceo y tétrico, característico de un escenario de terror. Subió la cuesta, dejó a un lado un grupo de casas que parecían vacías y siguió adelante, esquivando los desniveles. Finalmente, divisó el caserío que Maqueda le había mencionado. La tensión se acumuló en la boca del estómago y frenó bruscamente cuando vio una curva cerrada y casi sin visibilidad, notando cómo la parte trasera del coche derrapaba sobre la grava.

Pensó que había estado a punto de volcar y, al ver el desvío, giró hacia él y se metió en otra carretera que pasaba por al lado de unas casas con aspecto de chabolas. A medida que avanzaba, se alejó de las viviendas de inmediato y volvió a estar rodeado de campo por los cuatro costados. La radio dejó de funcionar, solo producía interferencias y el teléfono seguía sin cobertura. Ahora, todas las casas quedaban lejos, como miniaturas a su vista. Estaba simplemente en medio de la nada. Avanzó medio kilómetro, seguro de que llegaría antes de lo planeado, cuando algo lo detuvo en seco.

—¡Joder! —exclamó, dejándose llevar por las circunstancias. El derrape había formado una polvareda que le impedía ver con nitidez. Con el corazón acelerado y la respiración entrecortada, se quitó el cinturón de seguridad, abrió la puerta y salió del vehículo. Entonces entendió lo ocurrido. Sobre la carretera había un conejo muerto, con las tripas esparcidas por el asfalto. Se cuestionó cómo había sido posible que no lo hubiese visto, o que el animal no hubiera sido lo suficientemente rápido como para saltar. Lo cierto era que ya no importaba. La rueda lo había matado al instante. Respiró hondo, más tranquilo, al comprobar que no había pinchado ningún neumático y se apresuró a regresar al coche, cuando oyó una explosión a lo lejos, como la de un trueno en el cielo.

—¿Qué demonios? —se preguntó en voz alta.

En un primer momento, pensó que serían los truenos que los agricultores utilizaban para romper las nubes y evitar que la tormenta cayera sobre las cosechas. Sin prestarle mayor atención, caminó hacia el vehículo y oyó una segunda explosión, esta vez, más cercana a él.

El sonido lo desalentó. Miró a ambos lados y no vio a nadie.

Entonces, una tercera explosión impactó contra la carretera, obligándolo a retroceder. No era un cohete, sino el sonido del disparo de un rifle. Rojo se agachó, sacó la pistola y se refugió en el lateral del coche para protegerse. El corazón le latía con fuerza y le faltaba el aliento. Si le disparaban allí, Maqueda tardaría en encontrarlo y sería su fin. De repente, se sintió viviendo como en un recuerdo que lo trasladó al día de la cacería de Miguel Díaz. Intentó deshacerse de la cruda sensación y pensó en salir del camino lo antes posible. Volvió a contemplar el paisaje y se dijo que el tirador debía de estar escondido en alguna montaña, pero no encontró a nadie. No obstante, su experiencia como policía y tirador le señalaba que las colinas más próximas estaban demasiado alejadas como para apuntar con tanta precisión. Sólo un francotirador profesional podía lograr aquello. Rojo disparó dos veces al aire, advirtiendo que iba armado y esperó una respuesta, para así averiguar desde qué dirección le habían disparado, pero esta nunca llegó.

De repente, el teléfono vibró en su bolsillo. La cobertura había regresado. Comprobó la pantalla con torpeza y vio que tenía un mensaje de texto de Maqueda.

«Ven a la Torre. Tienes que ver esto».

Contó hasta cinco y subió al vehículo, consciente de que podría ser su último movimiento. Luego arrancó de manera brusca y aceleró con rabia, tomando velocidad y alejándose del animal muerto. No volvió a oír más disparos.

33

Si el exterior parecía una jungla en medio de un vertedero, el interior de la casa no era muy diferente. La vivienda estaba compuesta por una sola planta y se conectaba con las dos salidas al exterior. La cocina estaba unida al salón y tenía dos dormitorios pegados. Rojo siguió los pasos de Maqueda, que iba delante de él, y aprovechó para ver lo que había ahí dentro. El pastor acumulaba una gran cantidad de periódicos viejos, revistas descoloridas, cintas de casete y libros amarillentos. En las paredes había cuadros de mala calidad y un calendario agrícola actual. Se fijó en una de las numerosas bolsas de plástico que guardaba y leyó el rótulo de una pollería de Pinoso.

—Perdón por el desorden, pero es que no sabía que venían —se excusó el anfitrión, poniendo el café molido en la cafetera. Un perro ladró al otro lado del corral. El pastor cerró la máquina de preparar café y la puso sobre un fogón—. Supongo que están aquí por el asunto de la furgoneta...

—Supone bien —dijo Rojo y miró de refilón en uno de los dormitorios. Supuso que era el del pastor, ya que había una fotografía de él con una mujer en la mesilla de noche. Junto a esta, divisó otro cuadro en el que aparecía Pedro, ataviado con el uniforme de legionario y sujetando un fusil.

—Nos gustaría que nos explicaras qué hacía la C-15 en la propiedad de don Mauricio —prosiguió el gendarme.

Rojo observó que la mirada de aquel hombre era noble y estaba llena de pena y remordimiento. Se preguntó cuántos secretos ocultaría.

—Sí, lo sé. No tengo ni idea, la verdad.

—Pero, es suya —matizó Maqueda.

El café comenzó a salir por la cafetera. El hombre apagó el fuego y sirvió el café en tres tazas pequeñas.

—Sí, es mía...

—Pedro, no me lo estás contando todo —le dijo Maqueda, tomando la taza con las dos manos.

—Sargento, le digo la verdad... Me imagino por qué están aquí y les digo la verdad. No sé cómo terminó allí.

—¿Eso es todo?

—Sé que sonará extraño y difícil de creer, pero me la robaron esa misma noche.

—Se la robaron y no puso una denuncia —comentó Rojo.

—No.

—¿Por alguna razón en particular?

—No estaba seguro de que me la hubiesen robado.

—¿Me toma el pelo?

—No, señor...

—Inspector Rojo —aclaró—. ¿Qué diablos me está contando?

El hombre dio un largo suspiro.

—Verá, pensaba que la habría cogido el muchacho... No le di importancia. Yo la uso muy poco, sólo cuando voy al pueblo a comprar o a la cooperativa... Así que no me preocupé.

—No ve el vehículo durante dos días y no se inquieta.

—Inspector, esto no es la ciudad. Aquí, en el campo, tenemos otros asuntos en los que pensar.

—Como que haya un asesino matando chicas inocentes.

—Por ejemplo... —dijo, con la mirada seria.

—Si afirmas que te la robaron, significa que tu hijo no la usó esa noche.

—Así es.

—¿Podríamos hablar con él? —inquirió el inspector y el hombre se mostró cauteloso.

—Ahora no está. Hoy le corresponde a él sacar el ganado. Volverá a la noche.

—Está bien, Pedro —dijo Maqueda.

—Por cierto, estuvo en la Legión, ¿verdad? —preguntó Rojo, desviando el tema.

—Sí, señor.

—Entonces, sabe manejar un arma.

—Por supuesto.

—¿Tiene armas en la vivienda?

—Tengo licencia para cazar —respondió—. No es ilegal, ¿no?

—Por supuesto que no —respondió, mordiéndose el labio y recordando el incidente de antes. Era demasiado retorcido para pensar que él le había disparado—. Es el primer ejemplo que conozco de un legionario que termina cuidando cabras.

—Le cogí cariño a la que teníamos —respondió, a modo de suavizar la conversación, pero a los agentes no les hizo gracia el chiste—. Mi vida pertenecía al campo, antes de entrar en la Legión. Aquello fue un capítulo que ya se acabó. ¿Quieren algo más?

—Me gustaría preguntarle por Antonio, el Toni... Nos han comentado que no se llevan muy bien.

Al oír el nombre del camello, cambió la expresión de la cara.

—Ni bien, ni mal, pero no hago excepciones con la mala gente. Ya vi suficiente en el ejército. No me gustan las drogas, ni quienes hacen negocio con ellas...

—Lo denunció y, por su culpa, perdió un alijo, en lugar de devolvérselo y hacer la vista gorda.

—¿Acaso obré mal? Lo que me faltaba por escuchar en mi propia casa... —respondió con desagrado—. Desde entonces, ese malnacido se dedica a matarme las cabras. ¿Eso justifica lo ocurrido? Verá, inspector, yo sólo actué con buenas intenciones.

—Su hijo, ¿consume algún tipo de estupefaciente?

El pastor cambió de actitud y se mostró decidido, alzando la barbilla. Dejó la taza sobre la encimera de la cocina y caminó hacia el inspector.

—¿Ha venido a decirme algo que deba saber?

—Sólo pregunto —contestó Rojo, impasible, sin ceder ante la presencia del exlegionario—. Puede que esa sea la razón para hacer lo que hizo. No le juzgo, al contrario... Hay que tener un par de cojones, yo habría hecho lo mismo.

El hombre se relajó ante la respuesta y bajó los hombros. Después dio media vuelta y volvió a su taza de café.

—Antonio es una mala influencia para cualquier persona que esté a su alrededor —dijo por lo bajo—. Por mi parte, ya habría dejado las cosas claras, pero hay demasiada gente interesada en que merodee por el pueblo... Me preocupa mi hijo y también me preocupa el ambiente en el que se mueve. Tarde o temprano, algo malo iba a pasar...

—¿Lo dice por esas chicas? —intervino Maqueda.

—No —reculó y miró a los dos hombres—. Lo digo, en general.

—¿Dónde estuviste la noche en la que mataron a Claudia Berenguer?

El interrogado reaccionó torpemente y dejó la taza en el fregadero.

—¿Ahora sospecha de mí, sargento?

—Responda —le ordenó Rojo y el otro lo miró con desaire.

—En el bar. Pueden preguntar.

—¿Hasta qué hora?

—Hasta que cerró.

—Y no se dio cuenta de que su furgoneta no estaba aquí... Un poco extraño, ¿no cree, Pedro?

Rojo estaba incomodándolo y los nervios eran palpables en él.

—Bebí más de la cuenta, ¿eso es lo que quieren saber? —preguntó, alterado—. Pues ya lo saben. Creo que es suficiente.

—¿Podría echar un vistazo al armario donde guarda el calzado?

—No. Traigan una orden.

—Pedro, por favor —dijo Maqueda, pero la amabilidad no sirvió para que cediera.

—Lo siento, pero estimo que he sido lo bastante amable con ustedes para que me traten como a un criminal. Si no les importa, me gustaría que se fueran. Necesito estar solo.

—Creo que eso ha sido todo —comentó Rojo—. Gracias por el café.

—Que tengan un buen día —respondió el pastor y los acompañó a la puerta hasta que salieron de la propiedad.

Rojo y Maqueda regresaron a los coches en silencio y reflexivos.

—Desconfías de él.

—Me has leído el pensamiento —dijo Rojo y se puso las gafas de sol—. Esa historia no me cuadra. O bien él mató a la chica, o bien oculta algo.

—No tenemos mucho tiempo para averiguar el qué.

—Ese es el problema.

—¿Cómo has sabido que era legionario? Yo no te lo conté.

—Lo he visto. Tiene una foto en el dormitorio —aclaró el inspector—. Como también tiene un problema con la bebida. Me pregunto por qué Mauricio nos lo ha ocultado.

—¿Qué más tienes?

—La primera víctima, Claudia Berenguer... Llamó a Miquel para que la recogiera de la fiesta.

—¿Qué? No, eso es imposible.

—Proteges demasiado a ese chico... Debes poner a un lado tus sentimientos.

—Miquel no tiene carné de conducir. Sólo se mueve en bicicleta.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Entonces, me temo que alguien nos está mintiendo para esconder lo que realmente sucedió esa noche.

34

Los dos automóviles regresaron a la casa cuartel de Pinoso, pero Rojo no entró en el interior de la propiedad y esperó a que el sargento estacionara su vehículo. Después, este subió al Focus y juntos fueron hasta el casco antiguo del pueblo.

—He visto esa bolsa cuando estábamos dentro de la casa —le explicó Rojo a Maqueda—. No he mencionado a la otra chica porque quería que creyera que estábamos allí por el lío con ese camello.

—¿Qué le hace pensar que esto no es una pérdida de tiempo? —preguntó, confundido—. Todo el pueblo compra pollos ahí. Lo que le pasó a esa chica es, simplemente, un daño colateral.

—Lo siento, sargento, pero dudo mucho que tenga razón. Los asesinatos que cometió Miguel Díaz no fueron al azar, aunque el informe indique lo contrario.

—¿Por qué?

—Existía una relación entre las víctimas y el asesino. El problema era que ellas nunca fueron conscientes de ello.

—¿Venganza?

—Puede ser.

—¿Puede ser?

—Nunca llegamos a saberlo del todo... —comentó y prefirió obviar la razón—. Puede que me equivoque, no lo descarto, aunque, si es cierto que existía una relación, por muy pequeña que fuera, con la segunda víctima, es probable que el móvil sea el mismo que el de Miguel Díaz.

—Y que tengamos un imitador.

—No... Ya se lo he explicado antes.

Rojo detuvo el coche frente al establecimiento. El local de pollos asados estaba cerrado, pero aún había actividad en el interior.

Bajaron del vehículo y tocaron la puerta. Del interior salió una mujer mayor con el pelo rizado. Miró de reojo hasta que reconoció al sargento y se dispuso a abrir.

—Estamos cerrando, sargento.

—¿Podemos hablar, Verónica?

Ella miró extrañada a los hombres.

—¿Es por Jimena? Ya le conté todo lo que sé...

—A mi compañero y a mí nos gustaría hacerle unas preguntas acerca de ella.

—Será breve, señora —intervino Rojo, cortando con las formalidades. En el fondo, a veces, Maqueda le parecía un blando—. ¿Podemos pasar?

—Sí, claro... —dijo y subió la persiana.

***

Al entrar, Rojo observó el establecimiento y reconoció el calendario que había colgado en la pared. Era el mismo que el de la cooperativa agrícola que tenía el pastor en su casa. A continuación, observó las bolsas con el logo del comercio y el horno vertical que asaba los pollos.

—Ustedes dirán, aunque me temo que no seré de mucha ayuda... Jimena era muy buena chica, pero hablaba poco sobre su vida privada. Era un poco celosa con su intimidad.

—¿Sabe si se llevaba mal con alguien del pueblo? —preguntó Maqueda mientras Rojo seguía dando pasos por el local. Sus movimientos inquietaban a la propietaria.

—¿Mal? Todo el pueblo la quería. La vida es injusta...

—Claro —dijo Rojo—. ¿Tenía alguna relación sentimental con alguien?

La mujer carraspeó y Rojo notó el gesto.

—No me meto en la vida amorosa de los demás, que bastante tengo con la mía...

—¿Sí o no?

—Por favor, Verónica —insistió el gendarme, presionándola—. Puede ser relevante para la investigación.

—Pero es que... yo no quiero problemas, sargento.

—Los tendrá si nos oculta información —dijo Rojo, volviéndose hacia ella—. Está entorpeciendo una investigación criminal.

Las palabras la intimidaron. Él sabía que no era cierto lo que decía, pero el farol solía funcionar con quienes no entendían el funcionamiento judicial. La mujer comenzó a temblar al pensar en el delito.

—Yo no les he dicho nada, no soy una chismosa.

—No se preocupe, no diremos nada —dijo Rojo, serio, intentando aguantar el temple—. ¿Con quién estaba?

—Con Pedro, el pastor —confesó, dejando perpleja a la pareja de agentes—. Sí, el de la Torre.

—Me está hablando de Jimena, la chica que trabajaba con usted.

Ella cruzó los brazos, indignada por la respuesta.

—Pedro es un hombre dulce. ¿Qué problema tienen?

—No soy quién para juzgar, pero ese hombre no presenta una imagen muy limpia.

—¡Ja! Hombres... —respondió, soberbia—. Tendrían que verlo bien vestido. Están acostumbrados a verlo con esos harapos para trabajar. Es un pastor, ¿qué esperan? ¿Que se ponga un traje para pastar con el rebaño?

—No, si tiene razón... —dijo el gendarme y se frotó la cara. La noticia lo había dejado sin palabras—. ¿Llevaban mucho tiempo saliendo?

—Desde principios de año, creo —confirmó y leyó los pensamientos del gendarme—. Oiga, sargento, no creerá que...

—¿Eh? No, no. En absoluto.

—Pedro, jamás le pondría una mano encima.

—¿Cómo puede estar tan segura? —preguntó Rojo, dudoso e intrigado.

—Lo conozco desde que éramos pequeños. Es del pueblo, como yo... y mi familia conocía a la suya. Desde que pasó la desgracia de su esposa, que en gloria esté, no había vuelto a recuperar la ilusión por nadie... Iba por ahí arrastrándose por los bares como un fantasma.

—¿Y ya no?

—Jimena le devolvió la alegría. Él la trataba bien y ella lo sacó del pozo.

—¿La bebida?

—Sí.

—Me temo que no lo sacó del todo... —añadió Rojo, poniendo la guinda al pastel—. ¿Le contó Jimena si habían discutido antes de la noche del crimen?

—No... Estaba contenta. Este verano se iban a ir de viaje a las playas de Mazarrón. ¿No es una lástima? El chico estuvo aquí esa misma mañana y ella le preparó unas arepas, unas tortas típicas de su país.

—Hablando del hijo... —comentó Maqueda, arqueando una ceja con interés—. ¿Cómo se llevaba con él?

La mujer puso los ojos en blanco y miró al mostrador.

—Bien, supongo. Un poco raro el muchacho.

—¿Por qué dice eso?

—Porque se ha criado en el campo, con las cabras... Es muy solitario.

Rojo suspiró lentamente y sintió una necesidad tremebunda de fumar. Puede que fuera el olor a pollo quemado, pero allí dentro no lograba pensar con claridad.

Agradecieron la atención y salieron de allí para poner rumbo a la casa cuartel. A pesar de la negativa, la propietaria del establecimiento insistió en aceptar una vianda con croquetas, alas de pollo y unas empanadillas de pisto, como agasajo. Rojo conducía silencioso, dándole vueltas a la conversación. Maqueda estaba cansado y lo expresaba en su rostro. Estaban siendo días demasiado largos y el agotamiento empezaba a hacer huella en la investigación. Ambos sentían que estaban atrapados en un laberinto sin salida.

—Debemos solucionar estoy hoy —comentó Rojo, llegando a la entrada del cuartel.

—No sé, Rojo. A veces, lo mejor es dejar que respire.

—No hay tiempo para respirar, sargento. Presiento que habrá otra víctima.

—¿Cuándo?

—No tengo ni idea, pero pronto.

—¿Qué le hace pensar eso?

Apagó el motor y miró al gendarme.

—¿Tiene cerveza fría?

—¿Seguimos de servicio?

—Me temo que sí. Hay algo que quiero explicarle.

—¿Alguna vez termina la jornada?

—El mal no descansa, yo tampoco.

Maqueda meneó la cabeza, como si tratara con un caso perdido, y abrió la puerta.

—Creo que hay una caja de botellines en la nevera.

35

El despacho del sargento olía a pollo recalentado. Maqueda, sentado en la silla de oficina, revisaba la documentación que Rojo había dispuesto sobre su escritorio. En una pared blanca, llena de cuadros, condecoraciones y fotografías, el inspector colocaba notas adhesivas en paralelo, lo que formaba una línea cronológica de las horas anteriores al primer y segundo asesinato. El esquema contenía los nombres de las víctimas, así como los de los principales sospechosos y las personas que podrían tener alguna clase de conexión con los asesinatos. Rojo estaba ensimismado en sus reflexiones, mientras Maqueda intentaba comprender hacia qué se dirigía, leyendo el sumario clasificado sobre las intenciones de Díaz para matar.

—¿Por qué nunca se publicó esto? No es la versión que me llegó a mí. Podría habernos ahorrado tiempo y situaciones como esta.

Rojo dio un trago al botellín de cerveza y se aclaró la garganta.

—No era oficial. Sólo lo vio mi brigada.

—¿Qué le hizo cambiar de opinión para que se publicara el otro?

—Deseábamos evitar un efecto dominó, que otros jóvenes siguieran el ejemplo del carnicero.

—Pero no lo hizo.

—Hasta hace poco, no sabíamos si esto era obra de un imitador o si alguien usaba un crimen reciente para enturbiar la investigación.

—La manera en que mató a esas chicas, no puede ser una casualidad. El asesino estudió el modo de operar de Díaz. No son crímenes pasionales, son premeditados.

—¿Cómo puede estar tan seguro de lo que dice? ¿Acaso estuvo presente?

El gendarme puso los ojos en blanco y resopló.

—Hay cosas que se saben.

—Perdone que cuestione su instinto...

—No me venga con eso ahora... Usted también lo sabía desde el principio, Rojo...

La respuesta de Maqueda no le agradó, ya que esa era una de las cosas que intentaba evitar a toda costa. Si el asesino actuaba movido por otra motivación, pero quería hacerles creer que existía una conexión con Díaz, estaban perdidos y la investigación jamás llegaría a ninguna parte. Ambos eran conscientes de esa pequeña posibilidad, pero Rojo prefería cuestionarlo todo hasta estar totalmente seguro.

—Pensemos, antes de sacar conclusiones, ¿de acuerdo? —preguntó pidiendo un tiempo extra y se dirigió a la pared—. Hay un detalle que esa mujer nos ha contado sobre Jimena y la relación con el pastor...

Rojo se acercó al nombre de la empleada y colocó el del pastor a un lado y el del hijo al otro.

—Es cierto que la coartada del pastor no es muy convincente, aunque es indiscutible. Sin embargo, sabe algo y nos miente... Esa mujer, Verónica, ha dicho que su hijo estuvo en la pollería por la mañana.

—Sí, ¿qué tiene eso de relevante?

Rojo despegó el nombre del hijo y lo colocó entre Miquel, Claudia Berenguer y Antonio.

—Vamos a descartar la hipótesis sobre Antonio y esa chica. Dudo que matara a Claudia Berenguer, a pesar de que sí la maltratara.

—¿Y ese cambio repentino?

—Luisa, la camarera, su confesión... —explicó—. La noche de la fiesta, Claudia llama a Miquel y no a su ex. ¿Por qué?

—Porque sabe que hará lo que sea por ella.

—Exacto —dijo el policía y despegó el nombre de Miquel—. Pero Miquel no puede conducir, no tiene licencia. Usted mismo me lo dijo.

—Así es.

—No obstante, su amigo Fran, el hijo del pastor, sí que la tiene.

—¿Cómo está seguro de que son amigos?

—El verano en que Miquel se transformó... —prosiguió—. Usted me lo contó. Todos le perdieron la pista a partir de las dos de la madrugada... Si no recuerdo mal, encontró al muchacho puesto hasta arriba. Sus amigos negaron haberlo intoxicado, así que cabe la posibilidad de que ocurriera más tarde, igual que sucedió con el tatuaje.

—Está hilando demasiado fino...

—Bueno, esa mujer, la vendedora de pollos, nos ha dicho que Fran es un solitario... ¿Se ha fijado en su dormitorio?

—No he tenido oportunidad.

—Había varios pósteres de bandas de heavy metal con simbología satánica.

—¿Eso qué tiene que ver? Ahora soy yo quien le pide que no sea tan ingenuo...

—Eche el freno, sargento. Soy el primero que escucha música rock, pero he visto antes esos pósteres musicales... —explicó, recordando el cuarto de Miguel Díaz—. Además, las huellas que encontramos en ambas escenas del crimen pertenecían a tamaños de calzado diferentes. Una de ellas era alargada como la planta del pie de un payaso, y solo he visto aquí a una persona con un pie tan largo. La otra, por el contrario, era más pequeña... No es necesario mencionar las botas que encontramos en el interior de la C-15 de su padre. Probablemente, sean las mismas que utilizaron las dos noches.

Maqueda se quedó pensativo. Las explicaciones de Rojo iban bien encaminadas. No obstante, había detalles que escapaban de su entendimiento.

—¿Por qué las botas de goma?

—Posiblemente, haya cientos de pares como esos por toda la zona. Si utilizaban unas zapatillas deportivas, existía el riesgo de que pudiéramos identificar el modelo y así acotar la búsqueda.

—A ver si me entero bien... —dijo Maqueda, observando al inspector y las conexiones que había formado—. Me intenta decir que Fran y Miquel son los autores de las muertes de esas jóvenes...

—Aparentemente, Miguel Díaz actuaba como un lobo solitario, escogiendo víctimas al azar, pero eso no era cierto... A medida que investigué a las chicas asesinadas, me di cuenta de que no existía ninguna relación entre ellas, aunque sí con él. Las tres lo habían rechazado en diferentes ocasiones, tanto de día como de noche. Su deseo de venganza fue lo que lo llevó a cometer los crímenes. Miguel Díaz era adoptado y jamás pudo superar el abandono de su madre biológica. De ahí que cometiera tales atrocidades.

—¿Y qué pasa con el metratón y toda esa mamarrachada satánica?

Rojo se dirigió a un mapa de la provincia que había en una pared y señaló con un dedo el pueblo de Pinoso y el de Monóvar con otro.

—Ya se lo dije, algo a lo que aferrarse, mire esto... —señaló, viendo cada vez más clara la conexión entre los homicidas. Después despegó la nota adhesiva con el nombre de Fran y lo pegó junto al de Miguel Díaz—. La distancia entre los dos pueblos es de unos veinte kilómetros. Estos dos debieron conocerse en algún momento de la línea temporal, antes de que comenzaran a actuar.

—¿Insinúa que...?

—Miguel Díaz no era un asesino solitario, pero no pudimos demostrar lo contrario —explicó, lamentando el final—. Antes de volarse los sesos, cuando estábamos a punto de detenerlo, nos aseguró de que los crímenes no cesarían.

—Y no le creyeron.

—No estaba en posición de hacerlo. No encontramos ningún rastro de un ayudante. Todas las pruebas de ADN y todas las pistas apuntaban a él. Sin embargo, todo ese tiempo tuve la sensación de que era un trabajo demasiado complejo para una sola persona... Llegaba, las sorprendía y las mataba. Pero... ¿cuándo las vigilaba?

—Era Francisco quien lo hacía. ¿Existe alguna manera de corroborarlo?

—Si tuviera una foto de él, podría enviar a alguien para que le preguntara a su tatuador. Tal vez aún se acuerde del chico.

—¿Y qué pasa con Miquel?

—Es obvio que necesitaban una tapadera. Si algo salía mal, el tonto pagaría los platos rotos. Pero salió peor de lo que esperaban y Fran necesitó un ayudante. Ya sabía lo que era hacerlo y conocía el protocolo. Sin Miguel, él tenía sus propios motivos ahora. Nadie lo podía parar. Primero fueron a por Claudia Berenguer. Los dos tenían razones para ir a por ella. Después de todo, se había aprovechado de Miquel...

—¿Jimena?

—Este es un asunto más personal. Estaba saliendo con su padre, reemplazando a su difunta madre —argumentó y dio un trago a la cerveza— y eso lo aceptaba, hasta que se dio cuenta de que también iba a las fiestas de Mauricio para verse con otros hombres... ¿Cómo lo sabía? Miquel se lo contaba. ¿Qué más motivos necesitaba para deshacerse de ella? A sus ojos, era una aprovechada.

—Comprendo.

—Mierda... No sé cómo no he podido verlo antes.

—No podíamos, Rojo, pero ahora sí podemos hacer algo al respecto.

—Tenemos que detenerlos. Es probable que haya una tercera víctima.

—¿Quién?

El rostro de la camarera iluminó su cabeza.

—Yolanda, la empleada del Casablanca —dijo y dejó la botella sobre el escritorio, luego cogió las llaves del coche—. No puedo consentir que le suceda algo.

—¡Rojo, espere! ¿A dónde cree que va? No puedo tolerar que conduzca bebido...

El inspector entornó los ojos y lo miró con desidia.

—No me toque los cojones, sargento...

El teléfono del escritorio interrumpió a los agentes. Maqueda descolgó y atendió la llamada.

—Agente Parcela... Sí, claro, claro... No se mueva de ahí, enseguida vamos.

—¿Qué pasa ahora?

—Los municipales han detenido a Toni en una de las salidas del pueblo. Le han sorprendido conduciendo por encima del límite permitido y ha intentado fugarse tras agredir a un agente.

—Genial, lo que nos faltaba... Está bien. Vaya a por él, yo iré a buscar a Miquel. Estoy seguro de que él lo cantará todo.

—No, Rojo. Estamos los dos en esto, pero no deja de ser mi caso —le indicó, recordándole quién estaba al mando—. Iremos juntos, nos traeremos a Antonio y después buscaremos a ese muchacho.

—Está cometiendo un error, sargento. Se largará cuando nos vea llegar. Es probable que ya lo haya hecho...

Sin desviar la mirada de sus ojos, descolgó el teléfono y marcó un número.

—Parcela, soy el sargento Maqueda... Vaya a casa de Miquel y asegúrese de que el chico está allí... Perfecto... Haga guardia y que no salga. Mientras tanto, iré a por Antonio. Adiós. —Colgó y suspiró sin pestañear—. En marcha. Me da que también esta noche será larga.

36

Maqueda y Rojo salieron disparados hacia la entrada del pueblo. Ahora tenían un motivo para detener a Antonio; si lo interrogaban, podrían unir los cabos sueltos que quedaban. El camello era el único que podía asegurarles la relación entre el hijo del pastor y Miquel. Si les confirmaba que era él quien les vendía los estupefacientes, saldrían de dudas.

El sargento conducía a toda velocidad por las calles desiertas de un pueblo que dormía, inconsciente de lo que estaba a punto de suceder. La detención de Antonio causaría revuelo y alegría en los habitantes. Sin embargo, eso no ayudaría a resolver el caso. Debían ser discretos y entregar la información necesaria, para no alertar a los asesinos. De repente, Rojo sintió la adrenalina del momento, al pensar que estaban tan cerca del final. Aquella extraña sensación lo sacó de una zozobra debida al cansancio y al agotamiento que arrastraba. Por desgracia, los asesinatos habían ido muy lejos y todo aquel asunto comenzaba a alargarse demasiado en el tiempo. Tenía más ganas que nadie de terminar con esa historia y de perder de vista aquel pueblo, la casa cuartel y a Maqueda.

—Haremos lo siguiente... —indicó el gendarme—. Una vez que nos cuente todo lo que necesitamos, presentaremos al juez toda la documentación para que nos entregue una orden de detención e iremos a por los otros dos.

—El trámite puede llevarnos más de un día —argumentó Rojo, dudando del plan.

—Descuide, conozco a alguien que nos puede ayudar, pero es la vía que debemos tomar, inspector. El agente Parcela hará guardia hasta que se lo pida. De ese modo, si Miquel intenta ponerse en contacto con Francisco, lo sabremos.

—Usted manda.

—Esto es un pueblo, inspector. Los mentirosos tienen las patas muy cortas, pero no conviene sembrar el pánico y la desconfianza. Existen muchas personas cansadas de lo que está sucediendo y a punto de perder la confianza en nosotros. Como le dije al principio, si eso ocurre, este lugar se convertirá en un auténtico infierno.

—¿No lo es ya?

Maqueda sonrió sin apartar la mirada de la carretera.

—Descuide, Rojo... Pronto podrá regresar a su querida ciudad.

A lo lejos advirtieron las luces azules del coche patrulla. El sargento redujo la velocidad mientras se acercaban a los vehículos que se habían detenido frente al polígono industrial que se encontraba en el acceso al pueblo. Allí, una pareja de agentes municipales los esperaba. Maqueda

detuvo el Patrol a escasos metros y la pareja bajó del vehículo. El camello estaba en el interior del coche policial, esposado por las espaldas y con el rostro magullado.

—¿Dónde está? —preguntó Maqueda, dirigiéndose a los policías. Uno de ellos le señaló la parte trasera del vehículo—. Este es el inspector Rojo, de la Nacional. A partir de ahora, nos encargamos nosotros del detenido.

—Quizá le interese saber que llevaba esto encima —dijo el agente y le mostró un pequeño fardo de cocaína—. Imagino que lo necesitará, si quiere presentar la denuncia.

—Gracias... —respondió mirándolo con sospecha y lo guardó consigo—. ¿Algo más?

—El muy desgraciado se ha intentado resistir cuando le hemos dado el alto —dijo el otro, sujetando una bolsa de hielo en la cara—. Primero ha intentado fugarse. Luego, cuando ha salido del vehículo, me ha pegado un cabezazo en el pómulo.

—Vaya, que le hagan un parte médico en el hospital de Elda. Eso constará en el informe.

—No, no es necesario —negó el agente—. Obviaremos las dos partes.

—¿Cómo? —preguntó Maqueda, desconcertado.

Rojo entró en la conversación. Puede que el sargento trabajara para la unidad más desarrollada de su Cuerpo, pero aún necesitaba entender ciertas idiosincrasias.

—Es su coche, ¿verdad? —preguntó Rojo y se fijó en un Audi A3, antiguo, de color azul metalizado.

—Sí.

—¿Lo han registrado?

—Teníamos órdenes de no tocarlo.

—¿Órdenes de quién?

Los agentes se miraron y se encogieron de hombros.

—¿De ustedes?

—Las llaves, por favor.

Maqueda observó a la pareja de policías municipales. Algo no encajaba en su comportamiento, aunque tampoco parecían estar al corriente de lo que sucedía. Era como si simplemente obedecieran órdenes.

—Inspector, ¿qué hace? Será mejor que no toque nada.

—Sólo quiero echar un vistazo. Las llaves, insisto.

—Claro, aquí tiene... —aceptó el guardia, sin oponer resistencia y cediendo finalmente.

—¡Eh! ¡Policía, ni se te ocurra tocarlo! —gritó el traficante desde el interior—. ¡Esto es ilegal, te van a caer las pelas!

El inspector se acercó al vehículo, bajo la atenta mirada de Antonio, que lo observaba por la ventanilla. De pronto, lo puso nervioso y esa era una buena señal. El detenido empezó a patear el interior del coche, que no estaba preparado para las detenciones y eso alertó al resto de los hombres. Rojo pensó que, si tenía algo que ocultar, estaría allí dentro.

Mientras se acercaba al maletero, se preguntó qué encontraría. Se dijo que solo había un modo de saberlo, así que introdujo la llave y subió la puerta.

La sonrisa desapareció de su rostro cuando vio el interior y la sorpresa provocó que retrocediera unos pasos.

«No puede ser...», pensó, confundido.

—¿Rojo?

El inspector pestañeó dos veces, miró al resto de los hombres y desvió la mirada hacia el detenido, que había dejado de patear.

—¿Qué sucede, Rojo? —preguntó de nuevo el sargento, ante el extraño comportamiento del compañero.

Finalmente, al no recibir respuesta, se acercó para comprobar qué había en el maletero del vehículo.

—¡Llamen a una ambulancia ya!

Por un instante, el tiempo se detuvo y el cielo se tiñó de rojo.

Rojo y Maqueda observaron el cuerpo de Yolanda, la camarera del restaurante, con el rostro magullado por los golpes, amordazada con un trozo de tela y atada de pies y manos, acurrucada en posición fetal, con los ojos cerrados, como si durmiera placenteramente. Junto a ella, vieron unas botas de goma con una suela igual a la que habían encontrado en la escena de los crímenes.

Rojo pensó que no podía ser cierto y su plan se derrumbó como un castillo de naipes al sentir una brisa inesperada.

—Dios mío, sargento... Voy a matar a ese hijo de puta.

37

En el interior de una sala contigua al despacho, Antonio los miraba en silencio, esposado y sentado en una silla.

—Atentado contra la autoridad, desobediencia, posesión de estupefacientes, agresión física, secuestro e intento de asesinato... — enumeró el sargento, hablándole en voz alta—. Te va a caer una temporada larga en Fontcalent si no colaboras...

El detenido negaba con los ojos cerrados, meneando la cabeza a ambos lados, como si estuviera escuchando estupideces.

Rojo no podía quitarse de la cabeza la imagen de esa pobre chica acurrucada como un animal moribundo. Con el café recién hecho en la mano, se acercó al sospechoso y se lo lanzó a la cara. El líquido quemó su piel, provocándole un grito de dolor.

—¡Ah, hijo de puta!

Acto seguido, Rojo le cogió del pelo, le estampó la cara contra la mesa y se oyó un crujido. Después se separó y respiró profundamente.

Maqueda retrocedió, asustado por la reacción del compañero.

Rojo se acercó a la grabadora y detuvo la cinta antes de dirigirse al detenido.

—Escúchame bien, hoy no vas a tener tanta suerte como el otro día. Empieza a hablar o te correré la cara a hostias hasta que te quedes sin aliento.

—Inspector... —dijo Maqueda, intentando controlar la situación, pero ya era tarde. Rojo le hizo un gesto para que se mantuviera al margen y activó la grabación.

—Mataste a esas dos chicas. Confiesa.

—Joder... —lamentó, aturdido, y levantó la cara del tablero para mirarlos—. No, no y no... Yo no toqué a esas chicas. Os estáis equivocando, soy inocente...

Detuvo la cinta otra vez. Se acercó a él y le propinó un puñetazo en la cara que lo echó hacia atrás con tal fuerza que se pegó contra la pared. Regresó a la mesa y reactivó la grabadora.

—En el maletero de tu coche había un par de botas idénticas a las que se utilizaron para los asesinatos... ¿Qué ibas a hacer con Yolanda Molina? ¿Por qué la habías narcotizado y secuestrado en el interior de tu coche? Más vale que hables...

—Esa zorra... —maldijo, con esfuerzo—. Tiene la lengua muy larga...

Rojo apretó los puños y se dirigió hacia la grabadora, pero Maqueda lo detuvo y retiró el dispositivo, impidiéndole que la cinta se interrumpiera. A pesar de la advertencia de que seguiría grabándolo todo, Rojo se mostró indiferente. Se acercó al detenido y le abofeteó la cara hasta tres veces, sintiendo cómo la sangre corría debajo de su mano, provocándole un picor.

El detenido escupió sangre y comenzó a mostrar signos de debilidad y aturdimiento. La sacudida había sido intensa, pero el inspector parecía estar dispuesto a continuar.

El gendarme no daba crédito a lo que veía. Intentaba mantener el temple, pero no sabía cómo reaccionar ante las formas del compañero, que se comportaba de un modo agresivo, errático e imprevisible. De repente, sacó el paquete de cigarrillos, se puso uno entre los labios y le ofreció otro al sospechoso, que no había abierto la boca. Encendió ambos y vio cómo Antonio le daba una calada sin fuerzas.

—Yo no maté a Claudia, ni a la otra...

—Pero sí ibas a deshacerte de Yolanda...

—Quería darle un escarmiento, nada más... Se lo había ganado a pulso...

—¿Por qué dices eso?

—Tengo oídos en toda esta zona, madero... —respondió, sonriente, a pesar de que no lograba vocalizar con normalidad—. Sé que está liada contigo... y que ha ido contando que maté a la otra... Ya os dije que eso era mentira, que yo no le hice nada a la pobre Claudia, pero ahora todo el pueblo lo cree y eso me ha jodido el negocio...

Rojo pensó en la chica y en el encargado del restaurante. No necesitó profundizar más para atar los cabos.

—Yolanda no sabe nada.

—Ya... Protégela, mientras puedas...

Rojo dio un golpe en la mesa.

—¿A dónde ibas?

—Lejos... muy lejos...

El inspector se acercó y lo cogió del cuello. El cigarrillo que el detenido tenía entre los labios cayó al suelo.

—No te lo repetiré, cabrón... ¿Qué hacías con un par de botas de goma en el maletero? ¿La ibas a matar?

—¡Sí! —exclamó y el inspector lo soltó—. ¡Iba a matar a esa puta e iba a disfrutar con ello! ¡Ya está dicho! ¿Es lo que querías? ¡Ahí lo tienes!

La pareja de agentes se miró en silencio. No obstante, había algo que rechinaba en todo aquello para el inspector. Rojo no le había soplado nada a la chica, ni ella estaba al corriente de la investigación.

—¿Por qué las botas?

—¿Por qué no te vas a tomar por culo?

Cada segundo que pasaba aumentaba en su interior las ganas por destrozarle la cara hasta que quedara irreconocible.

—Lo intentaremos una vez más...

—Rojo, es mejor que lo dejemos aquí —intervino Maqueda—. Está demasiado alterado y él ya ha dicho lo que queríamos.

—Eso, madero, hazle caso a tu novio...

Rojo dio una calada al cigarrillo y lo miró con atención. Luego se acercó a él y le echó el humo a la cara.

—¿Quién te ha soplado que Yolanda ha estado hablando mal de ti?

—Piérdete, madero...

—Te voy a sacar las palabras, aunque tenga que arrancarte los dientes de cuajo. ¿A quién defiendes?

—A nadie, joder...

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mis clientes... Los pocos que me quedan...

De pronto, se oyó el chirrido de unas pastillas de freno en el exterior del edificio. La conversación se interrumpió y Maqueda salió a la puerta de la oficina para ver qué ocurría. No pudo reconocer el todoterreno, porque que tenía los faros encendidos. Se dirigió hacia la cámara de seguridad y vio que del vehículo bajó una sombra, a la que reconoció por la frondosa barba. Seguidamente, el timbre de la casa cuartel comenzó a sonar.

—¿Pedro? —preguntó el guardia civil—. ¿Qué sucede?

—Necesito hablar con el inspector Rojo, sargento —dijo, apresurado—. Hay un asunto importante del que debo hablarle, por favor.

Desconcertado, abrió la puerta y el pastor, que iba vestido con camisa y vaqueros, caminó hacia el interior, con celeridad.

—El inspector está en medio de un interrogatorio en este momento y no le puede atender. ¿Qué es tan importante, Pedro?

—De verdad, sargento. Debo decírselo personalmente a él.

—Puede decírmelo a mí y yo le transmitiré el mensaje.

—Es sobre esa chica.

—¿Qué? —preguntó, confundido.

Al final del pasillo, se oyó un golpe procedente de la sala de interrogatorios.

El pastor se abrió paso y corrió hacia ella.

—¡Oiga, Pedro! ¡Deténgase, no puede entrar ahí!

Pero el hombre no hizo caso de la orden y abrió la puerta.

Su aparición sorprendió al inspector y al detenido.

—¿Qué cojones...? —preguntó Rojo al verlo de manera inesperada y sin entender qué sucedía.

De pronto, sin que nadie lo supiera, el pastor extrajo un revólver de la cintura, encañonó la sien del detenido y disparó a quemarropa, volándole los sesos y dejando un rastro de sangre sobre la pared.

La explosión retumbó en la sala.

Rojo sacó su arma y le apuntó a la cabeza.

Pedro soltó el revólver y este cayó al suelo. Luego alzó las manos, ante las miradas de los dos agentes que le apuntaban, dispuestos a disparar.

—Confieso y me declaro culpable por los asesinatos de Claudia Berenguer, Jimena Ortiz y Antonio Prats.

38

Un año antes.

Dos meses después de cerrar el caso de Miguel Díaz, el carnicero de Monóvar.

Aunque las noticias sobre el caso ya no eran tan relevantes en la televisión, eso no era una razón para que Rojo siguiera sin poder dormir por las noches. Tenía aún presente la mirada nublada de Miguel Díaz antes de apretar el gatillo de la escopeta y quitarse la vida.

Habían pasado dos meses desde el fin de la investigación y el juez había cerrado el caso. Para Robles y el resto, fue un alivio, ya que aquella investigación se había pegado a ellos como la resina de un árbol. Sin embargo, a Rojo todavía le quedaban dudas sobre lo ocurrido, aunque no estaba preparado para conversar con nadie sobre el asunto. No existía peor sensación que la de saber que otra desgracia podía ocurrir y las últimas palabras del carnicero seguían resonando en su cabeza.

Después de la jornada de papeleo, salió de la comisaría para regresar al apartamento, cuando uno de los agentes de la entrada lo llamó.

—Ahí fuera preguntan por ti.

—¿Quién?

—Es el padre del chico ese...

El inspector no necesitó más información para saber que el señor Díaz había dado su brazo a torcer. Se apresuró en salir del edificio y encontró a un hombre más envejecido de lo que recordaba. El estrés, la pena y la mala alimentación empeoraba el aspecto físico de cualquiera. El hombre fumaba tabaco negro en las escaleras que subían a la comisaría. En cuanto vio Rojo, apagó el cigarrillo y trató de quitarse las arrugas de la camisa, con un gesto inconsciente de nerviosismo.

Rojo se acercó a él y le ofreció la mano.

—Me alegra verlo de nuevo —dijo, sin preámbulos—. Me han dicho que preguntaba por mí. ¿En qué puedo ayudarle?

Sus ojos, vacíos por dentro, observaban al inspector, lidiando una guerra interna.

—He venido a hablar.

—Adelante —respondió, ofreciéndole pasar al edificio.

—Pero no ahí dentro. No quiero que esto conste en ninguna parte. He venido a hablar con usted.

—Entiendo —comentó el inspector, sabiendo que era su primera y última oportunidad. Alzó la vista y miró al bar que había enfrente, que se encontraba vacío a esas horas.

***

Miguel Díaz apoyaba los codos sobre la mesa de madera que había en el rincón de la cafetería y daba vueltas con la cucharilla en la taza de café, formando un remolino. Rojo estaba expectante por entender qué le había hecho cambiar de opinión. Como padre, comprendía su actitud y sospechó que debía de cargar con algo muy pesado como para seguir viviendo con ello.

—¿Qué tal todo, han descubierto algo nuevo? —preguntó el hombre, como si lo conociera de siempre—. Ya casi no se habla del asunto en las noticias...

—El caso ha sido archivado por el juez —contestó y notó una ligera decepción en su expresión—. ¿Cómo se encuentra su esposa?

—Con medicación. La depresión ha empeorado.

—Vaya, lo lamento. No estaba al corriente...

En ese momento, dejó la cucharilla sobre el plato y levantó la vista para dirigirse de frente al policía.

—Dígame, inspector. ¿Lo hizo todo él solo?

La pregunta lo cogió desprevenido.

—¿Cómo dice?

—Mi hijo, Miguel... Sé que mató a esas chicas, no lo voy a negar y espero que esté pagando por lo que hizo, allá donde esté, si es que hay algo, pero, le pregunto a usted, ¿actuó él solo o le ayudó alguien?

Rojo no pudo evitar morderse el labio al oír aquello. Demasiadas casualidades, pensó, y él no creía en estas. Debía hacer las preguntas oportunas para conseguir las respuestas adecuadas.

—¿Qué le hace pensar eso?

El señor Díaz dio un respingo.

—Como padre, a pesar de que mi hijo fuera un monstruo, quiero pensar que lo conocía bien... Tal vez la vida sea blanco o negro, pero las personas somos algo más complejas... Miguel hizo lo que hizo, pero me cuesta negar todos esos momentos que guardo con él, comiendo arroz un domingo, en familia, paseando por el campo, saliendo a cazar perdices, pasando el día en la playa...

—No sé a dónde quiere llegar.

—No piense que estoy justificando lo que hizo, no me malinterprete...

—Descuide, no le juzgo. No debe de ser fácil estar en su lugar ahora mismo.

—Intento decirle que conocía a mi hijo y sé que él no pudo haber planeado lo que pasó...

—¿En qué se basa?

—Lo sé. ¿Le gusta cazar?

—Sí, criminales.

El hombre intentó sonreír, pero no pudo.

—Los perros... no todos sirven para olfatear. Un sabueso no es un mastín y el pitbull y el pastor alemán pueden ser muy nobles, pero uno es mucho más limitado que el otro.

—¿A dónde quiere llegar?

—Miguel tenía buen corazón, pero necesitaba descargar de alguna manera toda esa energía reprimida... Cuando lo hacía, se comportaba como una persona relajada, pero cuando no podía, algo en su interior lo quemaba...

—¿Cuándo se dio cuenta?

El hombre se frotó la barbilla y alzó las cejas.

—Al poco de adoptarlo —explicó—. Sabíamos que había tenido una infancia dura y eso se queda a fuego. Mi mujer no veía el problema o no quería verlo, pero yo no nací ayer, ¿entiende? Lo único que podía hacer era agotarlo, darle actividad para que se calmara... Pero sabía que no podría estar supervisándolo para siempre y que, con la edad, me evitaría y se buscaría otras aficiones. Era un desastre anunciado.

—¿Por qué no lo llevaron a un psicólogo?

—O mantenía la calma y aparentaba normalidad o mi esposa recaería en su depresión. No era una decisión ligera, inspector.

—Comprendo... ¿Qué razón tiene para sospechar que no actuaba solo? Más allá de cuestionar su inteligencia... ¿Conoció a alguien que lo influenció? Su mujer me contó que estudiaba por las noches.

El gesto del hombre le dio a entender que no estaba al tanto de la visita que la esposa había hecho a la comisaría. Era tarde para arrepentimientos. Resopló, dio un sorbo a la taza de café y se aclaró la garganta.

—No estudiaba un carajo, se iba de fiesta, que es otra cosa... —explicó, arrepentido—. ¿Qué iba a hacer yo? ¿Negárselo? Sé que no era la mejor de las ideas, pero pensé que le vendría bien relacionarse. Parecía estar más centrado.

—¿Fumaba, se drogaba?

—No, no que yo supiera. Siempre estaba, ya sabe, espabilado.

—¿Conoció a sus amistades?

Negó con la cabeza.

—Me dijo que había conocido a una chica de Alicante por Internet y le creí. Cuando no trabajaba en el supermercado, vivía pegado a la pantalla. En fin, la juventud de hoy en día es así, pero estaba contento, relajado... y no olía a alcohol ni parecía tomar nada extraño. Era un milagro para todos, así que hice la vista gorda y preferí no molestar. Quise creer que algo había cambiado... Luego supe que no era así.

—Los chats que encontramos no tienen relación con ninguna mujer. De hecho, son registros de un canal sobre satanismo, por hacerle un resumen rápido.

—Ya, me di cuenta de ello tarde...

—No obstante, cualquier dato o referencia que pueda tener, sería de gran ayuda para reabrir el caso. Si eso es verdad, lamento contarle que su hijo eliminó todos los registros de las conversaciones privadas y se encargó de borrar cualquier huella que lo relacionara con otras personas.

El hombre dio un golpe en la mesa y la cucharilla sonó. Apretó los puños, impotente, y miró al policía.

—Inspector, sé lo que digo, como padre y como hombre, porque sé lo que vi... Miguel no actuaba solo y, lamentablemente, el tiempo me dará la razón cuando ese descerebrado vuelva a matar a otra chica... Le estoy contando todo lo que sé y he tardado mucho en dar este paso, por mí y por mi mujer. Así que haga lo que deba, porque ninguna familia merece pasar este infierno.

39

Los servicios médicos no pudieron hacer nada por salvar la vida de Antonio Prats, quien murió instantáneamente al recibir el disparo. Mientras limpiaban el interior de la sala donde había ocurrido el desastre, Rojo fumaba en el jardín de la casa cuartel, apoyado en el Nissan Patrol de la Guardia Civil y de espaldas a la calle donde se había congregado el pueblo tras escuchar el rumor de lo sucedido. Quizás por la prisa, había dejado su coche aparcado en el paseo y ahora estaba rodeado de gente que se acercaba a la entrada de la casa cuartel. La confusión reinaba entre los habitantes, ya que nadie podía creer que Pedro, el pastor, un hombre de carácter suave y una educación que pocos tenían, hubiera cometido algo tan horrible. Sin embargo, la opinión social cambió en unas pocas horas, confabulando historias y rumores que lo señalaban como el asesino desde el principio.

Rojo escuchaba los insultos y chismes que corrían por los alrededores de la finca. Apuró el cigarrillo sin ganas, hastiado por la situación y decepcionado consigo mismo. Reflexionó sobre lo que había visto y pensó que jamás debió haber aceptado ese caso, aunque eso le hubiera costado el azote del comisario. Tanto él como Maqueda habían tocado fondo. El sargento intentaba mediar con todo el mundo, pero su torreón de fortaleza y saber estar comenzaba a derrumbarse lentamente, por mucho que pretendiera mostrar lo contrario.

Rojo, que ya había pasado por esa situación, comprendía lo difícil que era mantener la cabeza bien alta, incluso por segunda vez. El sabor amargo del final quedaba como un regusto que nunca se olvida del todo.

Apagó el cigarrillo sobre la grava del suelo y notó cómo el teléfono se movía en el bolsillo del pantalón.

—¿Sí?

—¿Qué cojones está pasando, Rojo? —preguntó el comisario, con voz ronca, como si lo hubieran sacado de la cama. El inspector miró al cielo estrellado y resopló—. Me han despertado para avisarme de lo ocurrido. Se supone que esto era una cosa de la UCO y que tú sólo estabas colaborando...

—Comisario, acabo de ver cómo un hombre le volaba los sesos a otro, a un metro de mí.

—Te mandé para que resolvieras el asunto de esas chicas y no has hecho más que empeorarlo.

—Si me llamas para darme ánimos, es un poco tarde.

—Puedes recoger tus cosas y regresar a Alicante.

—¿Qué, a estas alturas? —preguntó, indignado—. Ni de broma. No pienso irme a ninguna parte.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí.

—Creo que no me has entendido. Es una forma educada de decirte que te largues de ese pueblo.

—El que no se ha explicado bien soy yo, Maruenda. No voy a irme hasta que cierre este caso...

—Ya lo creo que sí. Estás cesado, Rojo. Lo siento —dijo y colgó, dejándolo con la respuesta atragantada.

Lleno de rabia, cogió el teléfono y lo lanzó contra el suelo, para después patearlo. En ese momento, Maqueda salía de la oficina y lo vio, desatado.

—¡Basta, basta ya! —exclamó, frenando su impulso para que se calmara—. ¿Se puede saber qué estás haciendo, con toda esa gente delante?

A Rojo ya no le importaba lo que sucediera a su alrededor.

—Me largo.

—¿Qué? No, no puedes dejarme ahora con esto.

—Se acabó, sargento. Me han cesado.

—¿Cómo? Esto es absurdo... Hablaré directamente con tu comisario.

—Al carajo el comisario, el caso y todos. ¿Está claro? He llegado hasta aquí, he hecho lo que he podido y no hay más —dijo y señaló al interior de las dependencias—. Ahí tienes al asesino y también su confesión. Mañana, el pueblo querrá un héroe y yo lo veré desde la televisión.

—Rojo, no vas a ninguna parte. Este caso aún no está resuelto ni cerrado.

Lo miró y le hizo un gesto con las dos manos.

—Déjame en paz, ¿vale?

—Es una orden, inspector. Tengo suficientes pruebas para detenerte si quiero.

—¿Sí? ¿Le vas a preguntar a un muerto?

—Ponme a prueba.

En ese momento, un vehículo de la Policía Municipal se abría paso entre la multitud a golpe de claxon. Del interior bajó el agente Parcela, vestido de uniforme y moviéndose con dificultad. El sobrepeso le impedía ir más rápido. Entró en la propiedad y se acercó a la pareja, con paso ligero.

—¿Qué haces aquí, Parcela? —preguntó Maqueda, extrañado por su aparición.

El hombre, con el rostro brillante a causa del sudor, intentaba recuperar el aliento.

—¡Habla, coño! —exclamó el sargento, cansado de esperar.

—Miquel... es Miquel.

—¿Qué le pasa?

—Lo siento, pero... no está en su casa.

Rojo giró la cabeza y escuchó con atención.

—¿Cómo? No, será una broma...

—De verdad que lo siento, sargento... —se excusó, avecinando lo peor—. Me quedé dormido en el coche... Tengo problemas de somnolencia, el médico dice que es por las digestiones...

—¡No me cuentes tu vida, joder! ¿Dónde está el chaval?

—Se ha fugado de su habitación... Le dije a su madre que me avisara si hacía algo extraño, pero se ha escapado.

—¿Se ha escapado? ¡Dios, Parcela! ¡Eres imbécil! ¿A dónde se ha fugado? ¡No habrá ido muy lejos! —gritó y dio una palmada sobre el capó del todoterreno, manifestando su enfado. En ese momento, buscó a Rojo, pero el inspector había desaparecido de su vista—. Mierda, ¿dónde se ha metido?

—¿Quién, sargento?

—¡El inspector Rojo!

Ninguno de los dos supo cómo lo hizo, pero lo cierto era que había conseguido salir de allí y abrirse camino entre el montón de gente que taponaba la entrada. Al otro lado de la verja de la propiedad, se encendieron los faros del Ford Focus del inspector. Después, escucharon el rugido del motor y vieron cómo el coche se perdía por el paseo en dirección a la salida del pueblo.

40

Dos horas antes del suicidio de Miguel Díaz, el carnicero de Monóvar.

Miguel Díaz había cometido un error que le iba a costar muy caro. Después de matar a su tercera víctima en Alicante, cometió el error de parar en una gasolinera, a la altura de Monforte del Cid. Entró directo al baño y se limpió las manchas de sangre reseca que le habían quedado en la camisa. Después, en lugar de marcharse, decidió comprar algo de comida para rebajar la adrenalina. Aunque estaba acostumbrado a pagar en efectivo para no dejar rastro, esa noche tuvo que hacerlo con tarjeta. A pesar de su aspecto pulcro que nada tenía que ver con el de un delincuente, el empleado se fijó en las partes húmedas de la ropa y en el extraño tatuaje que llevaba en la mano, antes de ocultarla en el bolsillo del pantalón.

—Un desliz, un error humano, eso es lo que necesitamos —les decía Rojo a los de la brigada, para mantenerlos motivados—. Cuando eso ocurra, lo atraparemos como a una mosca.

Al día siguiente de lo sucedido en la estación, cuando se hizo pública la noticia del asesinato, la comisaría recibió una llamada del trabajador de la gasolinera, que explicaba lo que había visto y proporcionaba una descripción del sospechoso. A pesar de que Rojo y su brigada no tenían ningún sospechoso principal, los detalles del tatuaje y el tique de compra sirvieron para localizar a Miguel Díaz e investigarlo. Al descubrir que los movimientos estaban relacionados con el crimen, examinaron todas las cámaras de tráfico de la ciudad, hasta que reconocieron el vehículo del asesino, que estaba a nombre de su padre.

La brigada interrogó al gasolinero con el objetivo de esclarecer si Díaz iba solo o acompañado, pero el nerviosismo del empleado le impidió ver más allá esa noche. A lo largo de su declaración, afirmaba haberlo visto llegar solo, pero días después se descubrió que las cámaras de seguridad habían capturado una silueta irreconocible en el asiento del copiloto. Por desgracia, jamás averiguarían de quién se trataba.

La primera y última visita policial para interrogar en persona a Díaz no tuvo éxito y este trató de escaparse, armado y sin un rumbo claro.

La reacción errática, improvisada y pasional, alertó al inspector de que algo extraño sucedía. No era una reacción habitual para una mente retorcida que había planeado los crímenes con premeditación y a sangre fría.

Aunque no tenía pruebas que lo confirmaran en aquel entonces, tampoco tenía dudas de que el cómplice del carnicero lo había dejado tirado.

Y en esos momentos vio la oportunidad para atrapar a Díaz, que huía perdido, sin esperanza y abocado al abismo.

41

Un viaje de noche cerrada, a toda velocidad, por una carretera sin más luz que la de los faros del Focus. Rojo conducía concentrado en lo que tenía delante, a la vez que repetía una oración para que Yolanda estuviera a salvo. La historia se repetía, con la diferencia de que, en esta ocasión, sería él quien cerrara el círculo, para bien o para mal, de por vida. Ni el comisario ni Maqueda iban a frenarlo a él ni a los dos asesinos que habían perpetrado los dos primeros crímenes. «¿Cómo no lo has podido ver antes?», se planteaba una y otra vez, fustigándose con un látigo cargado de rabia. Ahora todas las piezas encajaban. Francisco Amadeo era el asesino en serie que había sembrado el pánico por la provincia durante los últimos dos años. Primero, con la ayuda de Miguel Díaz. Ahora, con Miquel, un nuevo ayudante que levantaba menos sospechas. El demente había urdido un plan de emergencia en caso de que descubrieran quién lo había hecho.

Con las tres primeras víctimas y las dos segundas, sólo quedaba una para cumplir la herejía y completar las seis esferas del metratón, o lo que es lo mismo, la ofrenda al Diablo. De nuevo, recordó la conversación que había mantenido con Yolanda. Algo en su interior hizo clic en cuanto ella se refirió al muchacho. Por desgracia, Rojo lo había confundido con el ayudante, sin llegar a darse cuenta de que se refería a Francisco, el único que podía pasar sin llamar la atención y merodear por la casa de Mauricio, el dueño de la finca donde celebraban las fiestas. «Maldita sea mi sangre», lamentó a medida que cambiaba de marcha y pisaba a fondo el acelerador.

Rojo adelantaba con ferocidad a los escasos vehículos que encontraba a esas horas por la carretera. Alcanzó la autovía y puso rumbo al hospital de Elda, donde habían llevado a Yolanda tras encontrarla en el maletero del coche del traficante. Probablemente, se trataba de un ajuste de cuentas, sospechó, y utilizaba las botas para protegerse a sí mismo y fingir que era el asesino que buscaban. Pero sabía que ese camello no era tan inteligente como para tramar un crimen así. Movido por las emociones, su acto era más pasional que premeditado. De hecho, él mismo había confesado que quería llevarla lejos de allí, algo que el verdadero asesino no haría. Francisco, en todo momento, deseaba que los sacrificios se hicieran públicos para que la gente hablara de ellos y la verdadera historia de las víctimas saliera a la luz. Se trataba de una forma de demostrar que nadie era tan noble como la impresión que daba.

Lo había conseguido en Alicante con esas tres chicas, que no solo habían destrozado las vidas de sus familias con un profundo poso de dolor, sino que también habían dejado un recuerdo de infidelidad y traición a sus parejas sentimentales. Y todo por un rechazo a destiempo, lamentó el inspector. Claudia Berenguer no tuvo mejor fortuna, como tampoco la tuvo Jimena. Bastaba un error humano para convertirse en el objetivo de un sádico demente.

Aquella deducción lo llevó a Yolanda, la joven camarera del restaurante. ¿Cuál habría sido su pecado?, se preguntó y la respuesta lo llevó a él. Es posible que rechazara al chico en algún momento o que tuviera una relación con otra persona antes de que el rumor de su encuentro con el policía corriera como la pólvora por el pueblo. Pero aquel no era el pueblo de Yolanda. Las dudas lo abrumaban mientras sujetaba el volante. Manteniendo el vehículo en el carril izquierdo, aceleró tanto como le permitía el coche, sin tener en cuenta los límites de velocidad ni las curvas que había en el camino. Tomó la salida que indicaba el hospital y llegó al aparcamiento.

Bajó del coche buscando el rostro de esos chicos y no reconoció a nadie. Luego, se dirigió a Urgencias, se identificó y preguntó por la camarera, pero le dijeron que ya había sido dada de alta voluntariamente.

—¿Cómo es posible? —preguntó, incrédulo.

—Yolanda Molina, ¿verdad? —preguntó la enfermera que lo atendió, leyendo un informe médico que entregó al inspector—. Mire, aquí está. Sólo tenía algunas contusiones y le hemos dado tres puntos en una herida. Parece que se ha desmayado, pero no ha sido nada grave.

—¿Dónde está?

—Ya le he dicho que se ha ido de manera voluntaria.

—¿Con quién? —preguntó, nervioso. No podía ser cierto.

—Han venido unos familiares a por ella.

—¿Está segura de que eran familiares?

—No lo sé. Había dos chicos esperándola. Ella los ha acompañado a la salida y se han marchado en un coche.

—¿Qué coche era?

La enfermera se cruzó de brazos y lo miró enfadada.

—Inspector, esto es Urgencias —replicó, ofendida—. Eche un vistazo. ¿Cree que tengo tiempo para hacer su trabajo?

Después le pegó el informe en el pecho, arrugando el papel y Rojo lo cogió.

—La próxima vez, sea más amable si quiere que le ayuden.

42

Debía salvar a esa chica y era consciente de que no lo lograría sin la ayuda del sargento. Sin embargo, si pedía refuerzos, Maqueda insistiría en detener a los dos chavales, dejándolo sin opciones de matarlos. Cara o cruz, pensó. Arriesgarlo todo actuando de manera solitaria... o hacerlo por la vía legal.

«¿Por la vía legal? ¿En qué demonios piensas?», se preguntó, sorprendido por su propia respuesta. Poco a poco, sentía cómo aquel caso lo estaba contaminando tanto, que llegaba a reflexionar como el propio asesino. La sed de venganza se transmitía de un cuerpo a otro como un virus letal, provocando que el efecto dominó fuera imparable. Durante años, había trabajado arduamente para encontrar a su mujer, sin una razón aparente, aunque con la esperanza de obtener una explicación de por qué los había abandonado, a él y a su hijo. A medida que pasaba el tiempo y se revelaba más sobre el pasado de su cónyuge, Rojo tiñó aquella esperanza de odio, asco y resquemor. Pronto, la motivación para encontrarla no era a cambio de respuestas, sino de venganza, de poder desquitarse por todo el sufrimiento que había acumulado durante años. Por desgracia, en lugar de aceptar la pérdida y pasar página, se enfrentó al mayor de los temores y descubrió que había muerto, sin más, quedándose con el vacío interior para siempre, con las preguntas en la boca y con una sensación inmensa e desagradable de haber perdido el tiempo y un pedazo de su vida.

No había perdón para tantas noches sin dormir, para los excesivos quebraderos de cabeza que lo habían arrastrado casi a la locura. Por suerte, el trabajo siempre había sido su válvula de escape, una salida para equilibrar sus emociones, descargar la ira que corría por sus venas y donde los pecadores pagaban los daños colaterales de su pérdida.

Durante un breve periodo de tiempo, el inspector llegó a pensar que aquel episodio había quedado enterrado de por vida, ingenuo de él, hasta que una mañana sonó el teléfono de la oficina para informarle que el cadáver de una joven había aparecido a orillas de la playa del Postiguet. Lo que comenzó como un crimen más, que inicialmente se atribuyó a un robo nocturno, evocó los viejos fantasmas del pasado, no solo los de Elsa, sino también los de la inseguridad, el insomnio y los sentimientos que había estado ocultando durante mucho tiempo. Miguel Díaz actuaba, sin sombra de duda, en solitario, causando terror y poniendo a la ciudad en pánico. Cada noche de trabajo se convertía en una jornada interminable de sueño acumulado, cafés de máquina, preguntas sin respuesta. No existían patrones, ni testigos, ni cámaras de vigilancia. Sólo quejas, insultos, demandas y presiones. Nunca había sido tan difícil atrapar a un asesino, hasta que este arrebató la tercera vida humana y se convirtió en un asesino en serie,

manchando la ciudad de sangre, ahuyentando a los turistas y provocando que toda la fuerza política quisiera aplastarlo.

Cuando lo tuvo delante, aquella mañana en Monóvar, le hubiera gustado hacerle una última pregunta antes de ser él quien lo abatiera a tiros hasta vaciar el cargador. Una vez más, el mal, disfrazado de aquel joven homicida, se burló en su cara, dejándolo sin respuesta.

Esa noche, eso no volvería a ocurrir. Necesitaba hacerlo si quería cerrar un capítulo de su vida. Retomó la autopista y se dirigió a la casa del pastor, pues sospechó que la pareja de asesinos no debía estar muy lejos de la finca. Los dos crímenes se habían cometido cerca de allí. Ahora que Pedro Amadeo había sido detenido y había confesado los crímenes de su hijo, este tenía carta blanca para reírse una vez más de ellos. Ese era el propósito: burlarse de cada uno de los que intentaban ponerse en el camino del Diablo.

«Pobre hombre», pensó al recordar la escena del disparo. Intuyó que el padre habría descubierto las actividades del hijo, si es que no era consciente ya de ellas y la única manera de salvarlo antes de que la policía lo descubriera, era justificando su actuación. Se dijo que, desafortunadamente, eso tampoco lo salvaría por lo que había hecho.

Activó el manos libres y encendió el teléfono. De repente, el buzón de voz se llenó de mensajes del número del sargento. Rojo los borró y marcó su número.

—Al fin responde... ¿Dónde carajo...? —espetó el sargento.

—Maqueda, voy de camino a la Torre del Reloj, a la casa de Pedro Amadeo... Necesito refuerzos, todos los que sean posibles... Avise a los cuarteles de los alrededores, incluidos los de Murcia —explicó, con voz pausada y manteniendo la cordura.

—¡Pero, Rojo, Pedro Amadeo ha confesado cómo mató a las chicas! Su testimonio encaja con las pruebas que tenemos y la línea cronológica marcada. El chico no tiene nada que ver con esto...

—No sea estúpido, Maqueda. Amadeo es inteligente y conoce el código penal. Está defendiendo a su hijo a ultranza. Créame, yo haría lo mismo por evitar que el mío fuera a la cárcel.

—¿Dónde está?

—Ya se lo he dicho. Regreso del hospital de Elda. Por la descripción que me han dado, Francisco y Miquel han recogido a Yolanda y van a cometer el último crimen.

—No tiene sentido. Esa chica iba con...

—Sí, eso es lo que creemos. Escuche, Maqueda, sé que tiene sus dudas sobre mi forma de proceder, pero necesito su ayuda o lo haré sin usted... Francisco es el asesino que estamos buscando, el mismo que organizó los asesinatos de las chicas de Alicante... y no su padre... Es demasiado largo para explicárselo ahora. Si confía en mí, apóyeme... De lo contrario, me dirijo a frenarlo de su último asesinato y no responderé de mis actos.

43

Media hora más tarde, Rojo dejaba atrás Pinoso y se adentraba en la carretera que lo llevaba al caserío de la Torre del Rico. A lo lejos, podía ver las luces de algunos coches. El teléfono sonó.

—Maqueda...

—Hay unidades patrullando la zona en busca de una C-15 —dijo con un gesto de irritación en su voz—. Rojo, si esto sale mal...

—Todo irá bien, sargento.

—Eso espero. ¿Dónde se encuentra en este momento?

Rojo no sabía exactamente dónde estaba. Conocía el camino, aunque la oscuridad le impedía dar una referencia.

—No lo sé bien... Debo estar a la altura del barranco... He tomado el desvío hacia la Torre del Rico... —explicó y notó cómo la voz del sargento se cortaba—. ¿Maqueda?

—Rojo... Bi... Ro...

—¿Sargento, me oye?

La llamada se cortó debido a la falta de cobertura.

«Perfecto», pensó y miró al asiento del copiloto, donde tenía el arma. De repente, avistó las farolas públicas de algunas de las casas que había a la entrada de la aldea. Frenó con brusquedad y aminoró la velocidad, cauteloso y precavido de lo que pudiera suceder. Los habitantes dormían y no había rastro de actividad a su paso. Comprobó el teléfono por última vez, pero la falta de cobertura no le permitía tener señal telefónica. En la esquina, al final de la calle y frente al bar que ya estaba cerrado, reconoció la parte trasera de la furgoneta blanca que había sido aparcada junto a la finca del pastor. Aparcó el coche unos metros antes de llegar a la entrada de la propiedad del pastor y se bajó del coche con la pistola en la mano.

La penumbra le impedía ver lo que había detrás de la maleza. Una brisa fresca, típica del comienzo del verano soplaba y agitaba los arbustos y matorrales que habían crecido en el patio. De repente, avistó el rebaño de cabras en un almacén cercado y protegido por una verja metálica. Se movió con sigilo para no despertar a los animales y caminó sobre el asfalto, calculando cada paso con el fin de evitar hacer ruido. Desde su posición, debido a la llanura y a la falta de construcciones en los kilómetros que separaban aquel caserío del pueblo más cercano, podía ver el rápido movimiento de los coches patrulla de la Guardia Civil, que se desplazaban en la oscuridad como farolillos en el espacio.

Miró otra vez hacia la propiedad que tenía delante, dispuesto a entrar si los refuerzos no llegaban. Cada segundo que pasaba, la vida de Yolanda estaba en juego. Contó hasta diez en

silencio, respiró profundamente y decidió cruzar el umbral de la entrada cuando unos aspavientos rápidos se movieron entre la maleza.

De repente, uno de los perros guardianes comenzó a gruñirle. Rojo lo mandó callar con un gesto e intentó disuadirlo para que se apartara. No lograba calcular el tamaño del animal, pero no quería dispararle de manera innecesaria. El can aumentó los gruñidos.

—¡Aparta, joder! —le susurró.

En ese momento, se oyó un portazo y un grito que venía del interior de la casa. Con la bota, el inspector tocó algo que parecía un tronco o una rama gruesa. Viendo que el animal estaba dispuesto a proteger la puerta, se vio obligado a defenderse.

«Lo siento, chico, pero no me dejas alternativa».

Antes de que el can se lanzara a por él, agarró el tronco y lo lanzó hacia el otro lado del jardín, con la esperanza de que el animal se confundiera.

La sombra voló por encima de él, despertando su interés y desviando su atención del policía. Él aprovechó el desliz para abalanzarse contra la puerta y abrirla de una patada. La madera se partió y el olor a almizcle entró de nuevo en su nariz. Se oyó un segundo grito femenino, esta vez, procedente de detrás de la puerta de la cocina. Rojo cruzó el pasillo principal de la entrada y abrió la puerta de aluminio.

No podía creer lo que veía. Antes de que pudiera reaccionar, una silueta saltó por encima de un pequeño muro de cemento que conectaba el patio interior con el corral donde estaban las cabras. Giró la vista hacia el centro del patio y encontró a Miquel con la mirada nublada, empuñando un cuchillo de monte. Atada de muñecas y tobillos, con una tirita en la ceja y varios arañazos en los muslos, Yolanda observaba aterrorizada al cuchillo, mientras yacía semidesnuda en el suelo.

—¡Miquel, suelta eso! —ordenó Rojo, apuntándole con su arma, pero el chico no respondía —. Estás a tiempo de salvar una vida...

El muchacho, fuera de sí, negó con la cabeza y miró a la chica. Después, levantó el puñal con intención de clavárselo en el pecho. Rojo no vaciló y disparó dos veces, llenándole el pecho de plomo hasta en tres ocasiones y obligándolo a retroceder. El cuchillo cayó al suelo y el chico se desplomó lentamente. Un charco de sangre se hacía más grande a su alrededor.

«Te he advertido... Nunca me diste buena impresión», pensó Rojo y socorrió a la camarera, que lloraba tendida en el suelo. La liberó de las bridas con las que estaba atada.

—Por Dios, inspector... —dijo, entre sollozos.

Rojo miró al exterior y oyó un motor que intentaba arrancar.

—Quédate aquí, Yolanda. El sargento está a punto de llegar.

—¡No, no me deje sola, no aquí! —exclamó ella, tirando de su camiseta.

Rojo pensó que, si perdía la ocasión y le hacía caso, dejaría que el asesino se marchara. No lo dudó y se incorporó del suelo, ignorando por completo las súplicas de la víctima. Echó a correr hacia la calle y vio cómo la furgoneta se alejaba cuesta abajo. Apuntó con ambas manos, a pesar de la penumbra y disparó dos veces, sin éxito. Después, corrió hacia su coche, lo arrancó y salió tras él.

44

No conocía el camino, pero tenía la convicción de que alcanzaría a su presa antes de que llegara a una bifurcación. Su coche ganaba en potencia, pues el modelo de furgoneta que conducía el asesino no alcanzaría los cien kilómetros por hora sin mostrar dificultades. Pero el problema era que el asesino conocía la zona y podía despistarlo en cualquier momento. Se concentró en la carretera secundaria llena de parches que lo obligaban a maniobrar con agilidad para no salirse de ella. Poco a poco, se acercaba a su oponente. Podía sentir su miedo en la huida, apurando aquel cacharro hasta su final. Una curva cerrada lo obligó a frenar y perdió de vista al objetivo durante unos segundos. Después, los pilotos rojos del vehículo aparecieron a lo lejos. Encendió las luces largas para deslumbrarlo, arriesgándose a que viniera alguien de frente. De ser así, el accidente sería inevitable, pero no tenía otra opción. Aunque no podía ver más allá de lo que permitían las luces traseras del vehículo, intuyó que, tras la curva, se encontraba en una recta que bajaba hacia otro camino. Aceleró con ferocidad, cambió de marcha, revolucionó el motor y sintió la presión del vehículo bajo sus pies, notando cómo se acercaba como un proyectil al maletero de la furgoneta.

—Ya eres mío, desgraciado... —murmuró, apretando la mandíbula, con los ojos en llamas y las manos fijas sobre el volante.

Pero, de pronto, sin esperarlo, las luces de la furgoneta se apagaron. Rojo frenó y dio marcha atrás, confundido, sin entender qué pasaba. El vehículo desapareció por un camino de tierra y las luces no alcanzaron a seguirlo.

—¡No, mierda! —exclamó, dejándolo atrás. Respiró profundamente en silencio, impulsado por la adrenalina y calculó la distancia que los separaba. No estaba dispuesto a dejarlo escapar. Pisó el embrague, dio marcha atrás y volvió al camino por el que había huido. Después maniobró y se adentró en él, notando bajo las ruedas el camino de tierra y piedras. Las luces de la furgoneta se encendieron de nuevo. Allí, el coche del inspector ganaba en estabilidad. Aceleró violentamente, esta vez para asustarlo y lo alcanzó antes de lo imaginado. A escasos metros de la furgoneta, aumentó la velocidad para embestirlo por detrás. El choque desestabilizó al asesino, obligándolo a girar hacia un lado. Rojo frenó y vio cómo el asesino perdía el control y la furgoneta se detenía en seco, metiendo el morro en un bancal de tierra. Se quitó el cinturón de seguridad y bajó del coche, sin olvidar que el chico podía estar armado. Vio cómo este salía del vehículo y corría hacia la oscuridad. La noche impedía ver más allá de lo que permitían los faros delanteros. Si escapaba en medio del campo, habría malgastado la oportunidad.

Corrió tras él, pisando la tierra blanda de los bancales y apuntando a la sombra que se movía entre los olivos. El primer disparo no lo alcanzó, pero estuvo cerca y lo obligó a esconderse tras un árbol. Rojo disparó contra el tronco varias veces, con la intención de asustarlo y logró que saliera por uno de los laterales. En ese momento, apuntó a la sombra y apretó el gatillo. El olor a pólvora contaminaba el aire. Las explosiones ahuyentaron a los pájaros y el ruido se expandió por la inmensidad del campo. Al último disparo le acompañó un gemido de dolor y un ruido en el suelo. Sabía que había dado en el blanco. Caminó entre los almendros y lo vio tendido en el suelo, moribundo, con una herida en el muslo. El resplandor de las luces aún permitía verlo allí, aunque cada vez más débil.

—Estás perdido... —le dijo el inspector, acercándose a él desde lo alto y apuntándole al pecho—. Tu carrera ha llegado a su fin.

Entonces lo vio tirado en el suelo, débil y desprotegido como un animal indefenso, como un ratón atrapado en un cepo. El sádico asesino no era más que un joven con aspecto frígido y la cara afectada por el acné. Un muchacho de apariencia insulsa, pero con la demencia suficiente para cometer una atrocidad.

Francisco ni siquiera habló, solo intentó arrastrarse hacia la oscuridad.

Rojo se adelantó y le pisó la pierna para que se detuviera. Presionó la herida de bala con la punta de su bota y los gemidos se convirtieron en un grito a pleno pulmón.

—Ahora te toca a ti, bastardo... —dijo, levantando el arma—. No te imaginas lo que he esperado este momento...

A pesar del dolor, el muchacho comenzó a reír y lo miró con una mirada tenebrosa que puso en guardia al inspector.

—Mátame, Rojo... —le dijo, con la mirada perdida—. Vamos, mátame...

Rojo levantó el arma y apuntó con firmeza a su rostro. El corazón le palpitaba con fuerza y se le aceleró el ritmo de la respiración. De repente, recordó el día en que tenía delante a Miguel Díaz y se arrepintió de no haberlo hecho.

—Cierra la jodida boca —respondió cuando notó el movimiento de luces y vehículos que se aproximaban a ellos. Era el sargento y dos patrullas más. Debía tomar una decisión rápida: matarlo antes de que llegaran... o entregarlo vivo.

—No tienes las agallas para hacerlo, inspector...

Rojo tensó la mandíbula y bajó el cañón para apuntarle al pecho.

—Le has arruinado la vida a tanta gente, que encerrarte en un agujero no servirá para que pagues por lo que hiciste...

—Hice lo que era justo. Y ahora tú debes hacer lo mismo. ¡Mátame! ¡Es lo que quieres!

—¡Rojo! —exclamó Maqueda acercándose por detrás junto a dos hombres—. ¡No lo haga!

—Es tu última oportunidad, inspector... Mátame o iré a por ti cuando salga...

—Te vas a pudrir en la cárcel.

—No, no lo haré... Ingresaré en una institución mental y saldré antes de lo que imaginas... ¿Recuerdas al que le cortó la cabeza a su familia con una katana? Estaba ingresado no muy lejos de aquí...

—¡Cierra la boca!

—¡Rojo! —insistió el sargento, acercándose a él.

—Lo conocí y ahora es pastor evangélico... —dijo el detenido—. Saldré e iré a por tu familia, te lo juro...

—¡Baje el arma, inspector! —exclamó el compañero y le tocó el brazo—. Si lo mata, me obligará a detenerlo...

El chico reía en el suelo.

Rojo contuvo la rabia, levantó el arma y apuntó a su cabeza. Después disparó hasta vaciar el cargador. El guardia civil se echó atrás ante los disparos. Los otros tres gendarmes apuntaron al inspector y un largo silencio se posó en la noche, hasta que Rojo se acercó al cuerpo y le presionó la herida de la bala con todas sus fuerzas.

Se oyó un doloroso grito y esa fue la señal de que aún seguía vivo. Guardó el arma y caminó hacia su coche.

—¡Inspector! —exclamó Maqueda, viendo cómo se marchaba. Rojo no respondió y se dirigió a su coche. Los otros dos gendarmes corrieron hacia el lugar, pasando por su lado, sin mediar palabra con él. El asesino reía, tendido en el suelo. A lo lejos, escuchó cómo le advertían de que había sido detenido. La función había terminado para él. Subió al Ford Focus, sacó un cigarrillo y lo encendió con el mechero del coche. Después hizo marcha atrás y abandonó aquel lugar.

45

Algunos días después.

Rojo reflexionaba en la barra del bar Guillermo, mientras tomaba un café solo y leía los titulares del periódico de la mañana.

«La UCO demuestra una vez más su capacidad para estar a la altura», decía uno de los titulares, citando las palabras del director general de la Guardia Civil. En la fotografía aparecía Maqueda, recibiendo una medalla por su mérito, junto al ministro del Interior y al alto mando de la Benemérita.

Después de hacer el trabajo sucio, todas las ratas asomaban la cabeza para morder el queso, pensó el inspector.

Pasó las páginas y no encontró su nombre por ninguna parte. Un hecho que, en cierto modo, le alegró.

Entonces vio una fotografía del pastor y recordó su mirada llena de temor por si la verdad salía a la luz.

«El miedo es la emoción que lleva a las personas a hacer daño a otras personas. Miedo al rechazo, a la pérdida, a que algo salga mal, a no ser aceptado... Se tiende a ver el miedo como un sentimiento de debilidad y flaqueza, pero poca gente es consciente del poder que habita en él. El miedo, como el petróleo, transformado en rabia, en odio, es el combustible más poderoso que arde por dentro de las personas y que las mueve para cometer los actos más despreciables. Por desgracia, la naturaleza del miedo no permite saciar su vacío. El miedo solo se alimenta con más miedo, con más odio, con más dolor, pero nunca se llega a saciar del todo».

Pedro Amadeo había confesado los crímenes que no había cometido, por miedo: miedo a que su hijo viviera preso el resto de su vida, miedo a que se supiera la verdad y con la esperanza de que el sacrificio del padre le hiciera cambiar de parecer. Miedo a la vergüenza de un padre por quedarse de brazos cruzados ante la detención de un hijo. Miedo a no perdonarse a sí mismo por no haber hecho nada al respecto.

Tras la detención del asesino, Pedro Amadeo se resquebrajó al escuchar la noticia y confesó la verdadera razón de sus actos. Reconoció que su hijo Francisco había actuado de manera muy extraña durante los últimos dos años, pero siempre miró hacia otro lado, ya que parecía que el chico estaba comenzando a tener una vida social. La relación con Jimena le dio alas al muchacho y desató la atención que el padre solía tener sobre él.

—Incluso antes de la muerte de mi esposa, siempre supe que había algo extraño en él —confesó durante la grabación—. Pero nunca somos capaces de aceptarlo cuando nuestros hijos

son el problema y no los hijos de otros.

En cuanto al asesinato de Antonio Prats, el pastor no mostró ningún signo de arrepentimiento por lo que hizo.

—A ese cerdo le llegó su San Martín —afirmaba.

Tanto Pedro como su hijo fueron detenidos e ingresaron en prisión preventiva sin fianza. A pesar de la buena salud que gozaba el padre, la presión mediática y el dolor que albergaba dentro de él le provocaron un paro cardíaco en prisión, que no pudo superar. El juicio de Francisco Amadeo sería largo y ocuparía los informativos y las portadas de los diarios durante meses. La lista de delitos por los que se le juzgaba era interminable. Los abogados mediáticos se frotaban las manos para trabajar con él, a pesar de que el chico no tenía dinero para pagar una buena defensa. Los periodistas se las ingeniaban para ponerle el apodo más original y las productoras de televisión ya ideaban series basadas en lo ocurrido y documentales sobre la mente de un asesino en serie.

El inspector pensó que el morbo estaba asegurado.

Salió del bar y encendió un cigarrillo antes de dirigirse a la comisaría. A pesar de haber detenido al asesino, el caso no había hecho más que empezar para él. Era como si esa maldita pesadilla nunca fuera a terminar. Ahora debía lidiar con el informe oficial, con las irregularidades, con lo que había hecho bien y mal, justificándose ante el comisario y la atenta mirada de Asuntos Internos. Tan solo esperaba que Maqueda lo dejara en buen lugar, aunque tenía sus dudas. El sargento no parecía una mala persona, pero era demasiado estricto como para ignorar ciertos aspectos.

46

—Soy inocente —declaraba Fernando Amadeo ante las cámaras de televisión momentos antes de ingresar en prisión—. El asesino de esas chicas sigue ahí fuera. Solo soy una víctima más de un complot institucional para silenciar a la población.

La muchedumbre lo abucheaba con insultos e intentaba golpearlo desde la distancia. Escoltado por la policía, estaba acompañado también por su abogado, que lo sujetó para que no siguiera hablando. Amadeo subió al coche patrulla que lo llevaría a prisión.

El comisario apagó la televisión de la sala de juntas y miró a Rojo, que estaba sentado en una de las sillas.

La sala estaba vacía para ellos dos.

—Inocente, dice el desgraciado...

—Hará lo que sea con tal de que le reduzcan la pena.

—Pues, la lleva clara...

—Hay que sumarle los crímenes cometidos con Díaz.

—A esto le doy un año y medio, a lo sumo... Lo novedoso es efímero hoy en día, por lo que me temo que se pudrirá ahí dentro.

—Eso espero.

—¿Cómo te sientes?

—¿Yo? Bien. Cansado. Hasta los cojones de todo. Como siempre.

—Sé que estás molesto porque no han reconocido tu labor, pero sé que has sido una pieza clave. Insistiré en que lo consideren. Después de todo, tendrás que declarar en el juicio.

—No es necesario que te molestes.

—Rojo... no te hagas el humilde, no conmigo. Tú relacionaste a Díaz con Amadeo.

—No. Fue Maqueda quien llevó la investigación e introdujo esa posibilidad. El reconocimiento es suyo. Yo solo aporté mi punto de vista.

—Tú diste la información que les faltaba para unir las piezas, no me jodas... De lo contrario, ese cabrón seguiría suelto.

Rojo se pasó la lengua por los dientes y miró a su superior. Entendía lo que estaba sucediendo. A él no le importaba en absoluto la popularidad ni el reconocimiento, especialmente después de haber conocido cómo funcionaba el sistema. En cambio, el comisario pensaba diferente y sentía la urgencia de demostrar que uno de sus subordinados había sido la mente maestra detrás de ese rompecabezas. Sin embargo, después de haber sido presionado para tomar el caso, a pesar de haberse negado y después de haber recibido una reprimenda por teléfono que

cuestionaba su trabajo, su forma de trabajar y su eficacia, lo último que quería era escuchar una serie de falsos elogios y recibir una palmada en la espalda. En el fondo, al comisario no le importaba cómo se sintiera Rojo y él estaba cansado de ese tipo de favores.

—Fue instructivo. ¿Algo más?

—Sí —dijo, acercándose a él con interés—. ¿Por qué no lo mataste?

El inspector recordó los rostros de Mauricio, la vendedora de pollos, Yolanda, Miquel, el agente Parcela, los cazadores, el pastor, Maqueda y el asesino. Tenía la sensación de que había pasado una larga temporada allí, cuando de hecho, fueron solo unos días. A pesar de que se sentía nervioso, no expresó ninguna emoción en su rostro.

—No soy como él.

El comisario lo miró durante unos segundos, esperando que dijera algo más, pero solo hubo silencio.

—Bien hecho.

—¿Todavía piensas que maté a Díaz?

—No, en absoluto.

—Ya veo. ¿Algo más?

—Tómate unos días libres, te vendrán bien.

Rojo se levantó del asiento para irse.

—Esta vez, no te llevaré la contraria.

Al abandonar la sala, Robles lo interceptó.

—Rojo...

—Estoy de vacaciones.

—Esto ha llegado para ti —dijo, entregándole un sobre de papel blanco—. Es de Pérez.

Rojo lo sujetó, con intriga.

—No he pedido nada a la Científica.

Robles se encogió de hombros y esperó a que finalmente lo cogiera.

—No lo sé. Ha indicado que es para ti. —Señaló el apellido del inspector escrito a bolígrafo en la parte frontal—. Debe de ser importante.

Rojo frunció el ceño y guardó el sobre.

—Gracias.

—Por cierto... —comentó el subinspector, continuando la conversación—. Enhorabuena...

—¿Por qué? —preguntó Rojo.

—Ya sabes... por lo de ese cretino. Lograste cerrar el círculo.

—Sí, supongo —contestó, recordando las esferas del metratón y el círculo restante que no había logrado completar con el alma de Yolanda—. Uno menos.

—Sí, uno menos —dijo su compañero retirándose sin decir más. Ambos sabían que la lista de criminales era infinita y que cuando uno caía, otro aparecía. Siempre era solo cuestión de tiempo.

***

En las escaleras de la entrada del edificio, encontró la melena cobriza y la silueta de una espalda que le resultaron familiares. La chica vestía una americana azul y vaqueros, y esperaba sentada

en los peldaños mientras escribía a toda velocidad en la pantalla de su teléfono móvil.

Rojo pasó por su lado y la miró desde arriba. Sus ojos hicieron contacto y la pusieron nerviosa. La chica guardó el teléfono, agarró su bolso y se puso en pie para seguirlo.

—Inspector...

Sin hacerle caso, se puso las gafas de sol y caminó por la calle hacia su coche.

—Inspector Rojo, por favor... Sólo un minuto.

Él se dio la vuelta y la encaró, quedándose quieto como una estatua.

—¿Qué tengo que hacer para que me dejes en paz?

—Responda a mis preguntas.

—No.

—Sé que estuvo involucrado en el caso de Francisco Amadeo y nadie está hablando de la importancia que tuvo su participación.

—Te equivocas, no la tuvo.

—¡Venga, hombre! Yo lo vi, sé lo que pasó en Pinoso.

—No sabes nada —dijo dándole la espalda para dirigirse a su coche. Sacó el mando a distancia y desbloqueó el cierre.

—Estoy haciendo un reportaje sobre la salud mental y el desgaste psicológico que generan este tipo de investigaciones en los agentes del Cuerpo... —dijo, vacilando, sin saber cómo reaccionaría—. Sé que usted tuvo problemas en el pasado, que Asuntos Internos le abrió un expediente y que acudió a terapia a causa de la pérdida de su mujer. Es importante que la gente sepa que los agentes que nos defienden son humanos, de carne y hueso, como el resto...

Rojo dio un respingo, cogió aire y dio un paso al frente.

—Óyeme bien, chica —le dijo con un tono autoritario y amenazador—. Si te has quedado sin exclusiva, búscate otro cadáver al que rapiñar, pero no te metas en un terreno en el que puedes salir perjudicada... Mira, a la gente le importa un carajo cómo soy, siempre y cuando haga bien mi trabajo. Fin de la historia.

—Yo también tengo que hacer mi trabajo.

—A mí, tú y tu trabajo me importáis un carajo, ya que eres incapaz de hacerlo bien.

—¿Me está increpando? No le he faltado al respeto.

—Sólo digo lo que pienso —respondió, entró en el coche y arrancó—. El minuto ha terminado. Suerte con tu investigación.

—¡Es usted un cretino!

Rojo tomó la avenida de Óscar Esplá y salió en dirección a la autovía.

47

Desde la detención de Francisco Amadeo, la radio era un carrusel informativo y monotemático. Todas las emisoras hablaban sobre lo ocurrido en Pinoso. Las noticias habían trascendido a nivel nacional, ocupando los debates de las tertulias y de los programas de investigación, no sólo en las ondas radiofónicas, sino también en la pantalla. Rojo vivía ajeno a Internet, pero estaba al corriente de que las redes sociales se habían convertido en foros de debate sobre la enfermedad mental del homicida y en caldos de cultivo para las teorías conspirativas que lo habían llevado a la cárcel.

Para el inspector, todo era mucho más simple, pero entendía que la población necesitaba pan y circo para olvidarse de los verdaderos problemas. Por desgracia, sabía de sobra que perfiles como el de Francisco Amadeo o Miguel Díaz eran recurrentes. Cada cierto tiempo, a lo largo de su carrera, habían comprobado que la desgracia sucedía, sin marcharse del todo. El bien y el mal operaban de la misma forma. Por un lado, se graduaban nuevos policías que llenaban las filas del Cuerpo. Por otro, aparecían bestias humanas dispuestas a hacer daño y causar pavor.

En un planeta poblado por tantas personas, era inevitable que ocurriera algo así, aunque nadie lo deseara. No tenía importancia el motivo ni las creencias, ya que la mayoría de los perfiles actuaban por una serie de razones comunes, que se procesaban a través de los traumas de la infancia, en muchos casos, y con patrones similares.

Desafortunadamente, a diferencia de lo que la gente creía o de lo que predicaban las religiones, las fuerzas del bien y del mal no estaban equilibradas. A golpes, Rojo había comprendido que las reglas que regían el mundo no contemplaban la equidad. Lo justo para unos era lo injusto para otros y la naturaleza, al igual que ningún otro ser vivo, vivía en un cambio constante, desechando lo inútil y quedándose con lo necesario para progresar.

Una cuestión que carcomía lentamente a Rojo eran todas esas chicas muertas, todos los agentes caídos a manos de la locura de un psicópata y todas las vidas inocentes que desaparecían de la noche al día. ¿Era acaso un capricho de la naturaleza o una necesidad para que el mundo avanzara?

Esa mañana, lo único que tenía en mente eran las vacaciones que iba a tomar para concluir el caso y dar carpetazo al asunto. La manera en que Pedro Amadeo había defendido a su hijo lo hizo reflexionar sobre el poco tiempo que pasaba con su hijo, un tiempo que, una vez pasado, jamás recuperaría.

Aparcó el Ford Focus frente a la casa cuartel de la Guardia Civil de Pinoso. El paseo de la Constitución gozaba de la tranquilidad del primer día que visitó al sargento. Era como si nada

hubiera ocurrido, aunque la realidad distaba mucho de esto. Miró al sobre que había al lado y vaciló ante la decisión de abrirlo. No recordaba la razón por la que Pérez le había enviado aquello y era probable que no la hubiera. Antes de perder más tiempo allí dentro, bajó del vehículo y decidió que lo averiguaría más tarde.

Pero no llegó a tocar el timbre, porque la puerta automática se abrió hacia dentro y el sargento apareció por la entrada que llevaba a las dependencias de la Guardia Civil. Lo observó desde la distancia, con una mirada relajada. Parecía alegrarse de verlo por allí. Rojo caminó hacia él, oyendo solo el crujir de la suela de sus botas sobre la grava. Lo saludó estrechándole la mano.

—Maqueda.

—Pensé que el monte se lo había tragado, inspector —dijo, apretándole la mano—. Ni siquiera una llamada.

—No lo tome como algo personal. Detesto las despedidas.

—¿Qué lo trae por aquí, Rojo?

—He venido a despedirme... oficialmente.

Maqueda lo miró desconcertado. No entendía sus intenciones.

—¿Puedo invitarlo a un café?

Rojo sopesó la oferta, pero no tuvo otra opción que aceptarla.

—Por supuesto.

Subieron al coche patrulla y el sargento condujo hasta el bar de carretera en el que se habían encontrado por primera vez. El Bar Isabel estaba abierto a esa hora, aunque el aparcamiento estaba desierto. Los sucesos de los últimos días habían entristecido a la población y alejado a los visitantes.

Bajaron del coche, después de haber echado un vistazo alrededor. Rojo notó el camino que se perdía detrás de un pequeño montículo, el mismo lugar donde apareció el cadáver de Claudia Berenguer.

Decidió no hacer preguntas al respecto.

—Esta gente tardará en recuperarse de lo ocurrido —comentó el sargento y lo invitó a entrar.

Dentro, el ambiente era parecido. Olía a café recién hecho, pan tostado y magra frita con tomate, pero no había rastro de los cazadores ni de la efusividad con la que habían recibido al guardia civil en otras ocasiones. Saludaron a los empleados, que se limitaron a dar los buenos días y a prestar atención a la televisión encendida.

Se acercaron a la barra y pidieron dos cafés y medias tostadas con jamón. En la pantalla aparecía constantemente el director general de la Guardia Civil, repitiendo una y otra vez lo mismo. Rojo observó a Maqueda y sospechó que intentaba decirle algo. Desayunaron en silencio, bajo la atenta mirada del camarero, que parecía estar excesivamente interesado en la conversación entre la pareja.

—Dime que te debo.

—Pago yo esto —dijo Rojo, dejando un billete de diez euros—, por los gastos de pensión.

—Gracias, supongo.

Salieron de allí y regresaron a la explanada del exterior. Rojo sacó un cigarrillo, pero Maqueda lo detuvo:

—Antes de fumar, suba al coche. Quiero mostrarle algo.

48

El sargento dejó el restaurante atrás, cruzó el límite de provincias y se adentró por una carretera cuesta abajo, hasta que se detuvo en un cruce con una señal de STOP. Frente a ellos se podía contemplar la inmensidad de la sierra del Carche y dos señales que indicaban las direcciones hacia Jumilla y Pinoso. Maqueda paró el coche, al lado de la carretera y apagó el motor. Bajaron los dos y Rojo se apoyó en el capó del coche para contemplar las montañas que tenía delante.

—¿Qué es esto, Maqueda? ¿Una declaración de amor? —bromeó, ofreciéndole uno de sus cigarrillos, que el guardia civil rechazó.

—He decidido dejarlo —explicó, refiriéndose al tabaco—. Esta investigación casi me cuesta un pulmón...

—No está acostumbrado a lidiar con el estrés.

—Sí que lo estoy.

—No de este tipo... Volverá a fumar, ya lo creo. Todos lo hacemos.

—Espero que no.

—En ese caso, será una buena señal —dijo Rojo y exhaló el humo hacia arriba—. Bueno, ¿me va a decir qué diantres hacemos aquí? Ya le he dicho que no me gustan las despedidas... y esta se está alargando demasiado.

—No sé, Rojo... Todo ha sido tan intenso que tengo la impresión de que este caso ha durado años, en lugar de unos días.

—Porque esta es la verdad —respondió, pensativo. Para él, habían sido dos años completos sin descanso—. No se preocupe. Volverá a dormir tranquilo en unas semanas. Si no, el médico le recetará algo. Tome mi consejo y no le dé más vueltas. En el futuro, me lo agradecerá.

Finalmente, Maqueda tendió la mano para aceptar uno de sus cigarrillos. Rojo chasqueó la lengua y sonrió.

—Lo sabía.

—No lo entiendo, la verdad.

—Es sencillo. En ocasiones, es mejor no buscarles un sentido a las cosas. La vida es así.

—¿Ha leído el informe?

—No estoy autorizado —mintió, pues el comisario había recibido una copia por parte de Maqueda, pero se negó a echarle un vistazo.

—Encontramos información reveladora en el dormitorio de Amadeo... Al parecer, no se escondía —explicó—. El ordenador era un archivo de fotografías e información de las víctimas. Tenía carpetas en las que almacenaba toda la información de sus perfiles sociales, ya fueran

imágenes, comentarios, localizaciones... Sabía dónde vivían esas chicas de Alicante, había estudiado sus movimientos al detalle...

—Propio de un psicópata.

—Debo admitir que estaba en lo cierto cuando me explicó la razón que lo llevó a hacerlo, pero estaba equivocado respecto a Miguel Díaz y por eso tardó tanto en dar con él.

Rojo alzó las cejas y lo miró de lado.

—¿Equivocado en qué?

—Miguel Díaz era un sádico y Francisco Amadeo el cerebro de los dos —aclaró—. Desde el principio, Amadeo supo que su compañero cometería un error y tendría que deshacerse de él. Era frío, pero demasiado impulsivo. En el fondo, solo le atraía la adrenalina del sufrimiento, ver cómo les rebanaba el cuello.

—¿Lo ha confesado?

—No ha hecho falta. Está todo escrito en los diarios que guardaba en el ordenador. Son cien páginas de texto detallado. Un gesto muy poco inteligente, para alguien tan audaz.

—El exceso de confianza lo volvió débil. Siempre buscaba a personas menos inteligentes que él.

—Sí... y los dos murieron. En el fondo, también fueron víctimas suyas.

—No, no lo fueron. Esos dos merecían arder en el infierno.

Maqueda resopló y dio una calada, mirando al infinito.

—Se han perdido muchas vidas y los daños colaterales dejarán huella durante años en los seres queridos y en la población. El daño es irreparable.

—Eso es lo que nos convierte en humanos, ¿no? Es la característica innata de nuestra especie. Avanzar, sobrevivir. Esa es nuestra única función.

—Quiero creer que somos algo mejor que una plaga.

—Su credo se basa en la fe. Siento decirle que la esperanza solo es una herramienta más para rechazar la verdad.

—La verdad en la que usted cree, intuyo.

—Yo no creo en nada, sargento. He hecho cosas muy malas y he visto otras peores. Por eso me limito a cumplir con mi función humana, que es sobrevivir.

—Nuestra existencia está regida por las decisiones que tomamos. La mayoría están basadas en un acto de fe.

—Soy de ideas fijas.

—Algún día, cambiará de opinión.

—Entonces ya no seré la misma persona —respondió con desdén—. ¿Qué era eso tan importante que quería mostrarme? Me tiene intrigado.

Maqueda le pidió que no se moviera del sitio y caminó hacia la parte trasera del coche. Rojo oyó cómo abría y cerraba el maletero. Segundos después, apareció con un paquete entre las manos.

—Supongo que, a lo largo de todo este tiempo, se ha hecho infinidad de preguntas que todavía guarda sin respuesta en la cabeza —dijo y le entregó el paquete—. Aquí están todas, o eso quiero pensar.

—Vaya, pensaba que traería bombones.

—Son los diarios completos de Francisco Amadeo, desde el principio hasta el final. Es un regalo.

Rojo le clavó la mirada. Era un gesto por su parte, pero no estaba seguro de si quería aceptar aquel obsequio. Pensó que lo decidiría más tarde.

Leyó la portada, titulada «El trabajo del Diablo».

—Muy original. Gracias por la molestia.

—Únicamente existe otra copia y está en mi poder. Usted me ha ayudado a encontrar al asesino. Esta es mi forma de agradecérselo.

—Hubiera bastado con un buen almuerzo, pero aprecio el detalle. ¿Qué hay del archivo digital? Puede que estas páginas estén circulando por el ciberespacio...

—Esa era su intención, cuando completara el hexágono. Esparcir sus conocimientos a otros como él, pero sólo después de haberse transformado por completo. Era su particular viaje del héroe. Por suerte, nunca llegó al capítulo final.

—Entiendo. Poético a la par de macabro. Demasiado tiempo solo con el rebaño.

—Eso sí —advirtió, poniendo un dedo sobre el paquete—. Léalos cuando esté preparado para hacerlo.

—He visto suficiente a lo largo de esta carrera, sargento. Dudo que me tiemble el pulso.

—Sé de sobra que usted se ha implicado demasiado en este caso y en el anterior... y comprendo el desgaste emocional y físico que puede suponer. Sólo le advierto que lo que está escrito en esas páginas parece dictado por el mismo Satanás, por lo que temo que tendrá mucho que digerir sobre el trabajo que desarrolló antes.

—¿Está cuestionando el desempeño de mi brigada?

—No, no me malinterprete. Usted hizo lo que creyó oportuno en ese momento, bajo su juicio y experiencia... y estoy seguro de que yo no lo habría hecho mejor. Pero todo habría cambiado si hubiera leído esto antes.

—Muy acertado.

—Lo sé, era imposible y ahora es tarde para lamentarse, pero ¿quién sabe? Tal vez esta documentación le ayude en el futuro a atrapar al siguiente.

—No habrá otro, sargento.

—Siempre hay otro, inspector.

49

Se despidió del sargento con un apretón de manos en la casa cuartel, sabiendo que sus caminos podrían cruzarse de nuevo, aunque pensó que era algo improbable. Cuando Maqueda le informó que pediría destino al sur para cambiar de aires y olvidar lo sucedido, el inspector no pudo evitar pensar en lo mismo que él había sentido cuando se fue de Cartagena: la necesidad de pasar de página y cerrar un horrible capítulo para retomar la vida mundana que habían dejado atrás. A pesar de esto, Rojo no le había advertido que huir no servía de nada y que el destino terminaría encontrándolo si se ponía caprichoso.

De regreso a Alicante, deseó más que nunca las merecidas vacaciones que tenía pendientes. Condujo en silencio, sin encender la radio y con el teléfono apagado. Sabía que aquel viaje sería el último a esa zona. Por desgracia, no podía quitar los ojos del sobre que Robles le había entregado, ni del paquete que contenía los diarios del asesino.

Respiró hondo varias veces para calmarse, pero la presencia de ambos objetos y la intriga repiquetearon en su cabeza hasta ponerlo nervioso. Echó un vistazo al paraje y sólo encontró campo y un desvío que llevaba a unas casas que se encontraban a lo lejos.

Se apartó del camino y tomó la salida para detenerse frente a unos contenedores de basura. La zona estaba desierta. Se quitó el cinturón de seguridad y echó un vistazo al sobre. Lo cogió y lo abrió. Del interior sacó dos folios en blanco y negro. Era un informe de la Científica y estaba relacionado con el caso ya cerrado. Leyó con atención lo que Pérez había subrayado a mano. En efecto, aquel documento confirmaba que Miguel Díaz no había actuado solo en los tres crímenes cometidos.

En el caso de la tercera víctima, la brigada cometió un error al considerar que se había besado con otra persona antes de su encuentro con Díaz. Sin embargo, las muestras de ADN recogidas en su cuerpo coincidían con las de Francisco Amadeo.

—Maldito salvaje... —murmuró mientras imaginaba la escena—. Tuvo que arrebatarle la vida y dejar ese asqueroso recuerdo...

Pero el informe no terminaba ahí. Pérez había tomado la molestia de recoger un análisis extraviado que aportaba información sobre las escenas del crimen. Aquel documento, por alguna razón desconocida, nunca había llegado a manos del inspector. En él se mostraban las fotografías de los cadáveres, algo que Rojo ya sabía y se destacaba la presencia de una colilla de tabaco L&M Light con el ADN de una tercera persona. A Rojo se le encogió el estómago. Nadie le había informado sobre ese detalle en los dos años transcurridos.

«He decidido dejarlo. Esta investigación casi me cuesta un pulmón...»

«Conozco su historial, su experiencia en el Cuerpo y los casos que ha resuelto».

«Justo lo que nunca quise».

«No me refiero a lo de esas chicas. Sé que lo piensa. Yo también lo he hecho».

«No, no tiene la menor idea de lo que pasa por mi cabeza».

Dejó el diario y se quedó congelado. Pensó que estaba perdiendo la cabeza, que no tenía sentido y que todo era una macabra coincidencia para que actuara de ese modo. No estaba dispuesto a pasar por ello otra vez.

«Tal vez esta documentación le ayude en el futuro a atrapar al siguiente».

«No habrá otro, sargento».

«Siempre los hay, inspector».

«Estás perdiendo la cabeza», se dijo y se quedó contemplando el paquete que Maqueda le había regalado.

«Me temo que tendrá mucho que digerir sobre el trabajo que desarrolló antes», repitió, recordando sus palabras.

De repente, sintió cómo el mundo explotaba a su alrededor, como en un Big Bang. Estaba exhausto y no podía seguir con aquello. Fuera cierto o no lo que decía el gendarme, tuviera sentido o no lo que le indicaba la intuición, la única certeza que tenía era que no podía seguir por ese camino.

Bajó del coche, agarró los documentos y abrió el maletero. Del interior sacó una pequeña lata de gasolina que siempre llevaba para emergencias. Después caminó hasta el interior de un bancal de almendros y comenzó a cavar con las manos un agujero en el suelo. Cuando logró una profundidad suficiente para que las hojas no volaran, echó el informe y encima tiró el paquete. Finalmente, abrió la lata de combustible, la roció por encima y prendió la llama con el mechero. El olor a gasolina era fuerte, pero el aire de la mañana lo diluía con facilidad. Se apartó unos metros, viendo cómo las llamas y el humo convertían en ceniza el papel y esperó a que el fuego consumiera hasta el último gramo.

«Soy de ideas fijas».

«Algún día cambiará de opinión».

Rojo había tenido la opción de elegir y había tomado la decisión de sobrevivir a sus propios demonios, cerrando un capítulo para siempre, antes de perder el juicio y caer en la trampa de las preguntas en espiral. Había decidido enterrar la incertidumbre, mirar hacia adelante, seguir caminando y obviar lo que contenían esos diarios.

Nunca sabría a quién pertenecía la colilla que habían encontrado, ni qué contaban los diarios de Francisco Amadeo, el asesino en serie más peligroso de toda su carrera. Pero no le importaba. Era un superviviente y sabía cómo cargar con ello a sus espaldas. Ya lo había hecho antes con la pérdida de su mujer y estaba decidido a hacerlo de nuevo.

Libros



Otros libros de Pablo Poveda

Serie Gabriel Caballero

Caballero

La Isla del Silencio

La Maldición del Cangrejo

La Noche del Fuego

Los Crímenes del Misteri

Medianoche en Lisboa

El Doble

La Idea del Millón

La Dama del Museo

Los Cuatro Sellos

El Último Adiós

Muerte en el Mediterráneo

El arte del engaño

Pack Trilogía 1-3 (Caballero, La Isla del Silencio, La Maldición del Cangrejo)

Pack Trilogía 4-6 (La Noche del Fuego, Los Crímenes del Misteri, Medianoche en Lisboa)

Pack Trilogía 7-9 (El Doble, La Idea del Millón, La Dama del Museo)

Serie Don

Odio

Don

Miedo

Furia

Silencio

Rescate

Invisible

Origen

Pack Trilogía 1-3 (Odio, Don, Miedo)

Pack Trilogía 4-6 (Furia, Silencio, Rescate)

Pack SERIE COMPLETA (8 libros)

Serie Dana Laine

Falsa Identidad

Asalto Internacional

Matar o Morir

Fuego Cruzado

Pack Trilogía 1-3 (Falsa Identidad, Asalto Internacional, Matar o Morir)

Serie Rojo

Rojo

Traición

Venganza

Desparecido

Secuestrada

El trabajo del Diablo

Pack Rojo 1-3 (Rojo, Traición, Venganza)

Serie Javier Maldonado (Detective Privado)

Una Mentira Letal

Una Apuesta Mortal

Un Crimen Brillante

El Caso del Tarot

Una Amistad Peligrosa

El asesinato del casino

Pack novelas 1-3

Trilogía El Profesor

El Profesor

El Aprendiz

El Maestro

Pack trilogía El Profesor

Otros:

El secreto de la señora Avignon

¿Quién mató a Laura Coves?

El misterio de la familia Fonseca

Perseguido

Motel Malibu

Sangre de Pepperoni

La Chica de las canciones

El Círculo

Sobre el autor

Sobre el autor



Pablo Poveda (España, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como la serie Caballero, Rojo o Don. Ha vivido en Polonia durante cuatro años y ahora reside en Madrid, donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y El Misterio de la Familia Fonseca.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario en Amazon. Las reseñas mantienen vivas las novelas.

Contacto: pablo@elescritorfantasma.com
Página web: elescritorfantasma.com
Instagram: @elescritorfantasma
Facebook: facebook.com/elescritorfant